ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

Misterio del peñón del náufrago

Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores - 41

ePub r1.1

Titivillus 27.06.17

Título original: *The Mystery of Wrecker's Rock*
William Arden, 1986
Traducción: Conchita Peraire del Molino
Ilustraciones: R. Escolano
Diseño de cubierta: José María Miralles

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





4º Aniversario
Proyecto Scriptorium
EDICIÓN
SCRIPTORIUM
PROYECTO
EX-LIBRIS
CONMEMORATIVA
4
Más libros, más libres.
epublibre
Edición conmemorativa

UNAS PALABRAS DE HÉCTOR SEBASTIÁN

¡Bienvenidos, amigos de los misterios! Una vez más es hora de poneros al corriente de las últimas hazañas de los Tres Investigadores. Esta vez nuestros incansables y jóvenes detectives se ven complicados en el caso, cuando inocentemente retratan una reunión familiar. Las reuniones suelen ser acontecimientos festivos, pero ésta resultó estar llena de amenazas misteriosas…, fantasmas, aullidos en la noche… ¡y gente que no quería que la retrataran!

En caso de que todavía no conozcáis a los Tres Investigadores, permitidme que os los presente: En primer lugar, tenemos a Jupiter Jones, el peso pesado y jefe del equipo; Jupe, como le llaman los demás, destaca por su notable inteligencia. Luego está Pete Crenshaw, un muchacho alto y buen atleta, pero al que los fantasmas le ponen un poco nervioso. Y, por último, pero no menos importante, Bob Andrews, un chico menudo y estudioso, con un gran sentido del humor y facilidad para la investigación documental en archivos y bibliotecas.

Los tres muchachos viven en Rocky Beach, California, una ciudad de la costa del océano Pacífico, muy cerca de Hollywood. Su cuartel general es un remolque sagazmente oculto en el Patio Salvaje, la chatarrería de los Jones, propiedad del tío y la tía de Jupiter, que son sus tutores.

Esto es suficiente por ahora. ¡La aventura nos espera en el Peñón de los Náufragos!

CAPÍTULO 1
UNA BATALLA NAVAL

La motora fueraborda cabeceaba sobre la extensa rompiente del océano Pacífico, cerca de una pequeña isla con una gran roca en su extremo oeste.

—Parece el Peñón de Gibraltar —dijo Bob Andrews.

—Un parecido muy remoto, Archivos —le respondió Jupiter Jones—; es un poco más pequeño, ¿no te parece?

—¡Miles de veces! —exclamó Pete Crenshaw—. ¡Le llamaré el Guijarro de Gibraltar!

Los tres miembros del equipo de jóvenes detectives se hallaban pescando en el mar, a unos diez kilómetros al sur de Rocky Beach, California. Jupiter, con su fluorescente chaleco salvavidas, parecía un rechoncho tubo de neón. El Primer Investigador, aun siendo un atleta mental, distaba mucho de serlo físicamente. La acción convenía más a Pete, el alto y musculoso Segundo Investigador, que parecía un anuncio de artículos deportivos con su chaleco salvavidas. Bob, alias Archivos, el Investigador encargado de los informes e investigaciones, miraba el mar fijamente como si así pudiera hacer surgir un pez.

Los muchachos lanzaban sus anzuelos cebados con anchoas vivas cerca de los lechos de algas donde moraban las lubinas. Pero, hasta el momento, las lubinas habían demostrado muy poco interés por sus esfuerzos. Sólo tres pececillos medianos nadaban perezosamente en su pozal.

—Os dije que sería mejor volver al arrecife Genoa —se lamentó Pete recogiendo el sedal para cambiar el cebo—. ¿Qué es lo que tu padre quiere que fotografiemos aquí, Archivos? —El padre de Bob

era periodista de uno de los diarios de la tarde de Los Ángeles.

—No me lo dijo —replicó Bob, mientras largaba el sedal suavemente y alerta por si sentía el rápido mordisco de la lubina—. Únicamente dijo que el martes viniésemos a pescar al Peñón Ragnarson y que trajéramos nuestra cámara. Y que nos pagaría bien si tomábamos buenas fotos, pero no dijo de qué. Cuando se lo pregunté, se limitó a reír diciendo que lo sabríamos en cuanto lo viésemos.

—La pasta es lo que más me interesa —dijo Jupiter—. La caja de los Tres Investigadores está abismalmente vacía. Si no reponemos pronto nuestras reservas tendremos que trabajar para tía Matilda.

—Oh, no —gimió Pete.

Todos se estremecieron ante la penosa perspectiva de tener que trabajar en la chatarrería de los Jones para la tía Matilda de Jupiter. El joven equipo de detectives disfrutaba de sus vacaciones veraniegas y la formidable tía consideraba que había llegado su oportunidad dorada para conseguir que efectuasen algunos trabajos extra. Los muchachos concentraron sus esfuerzos en tentar a las esquivas lubinas y sacarlas del amparo de las algas. Si cogían pescado suficiente, podrían ganar el ansiado dinero para sus gastos. Pero ningún pez estaba dispuesto a cooperar. Pete bostezó mientras escudriñaba las aguas que les rodeaban.

Sus ojos se desorbitaron.

—¡Mirad eso, amigos! —gritó el Segundo Investigador mientras señalaba la isla de medio kilómetro Peñón Ragnarson.

Una larga y baja nave vikinga navegaba bordeando su extremo este. El sol de la tarde se reflejaba en los escudos que colgaban de sus costados. La cabeza de un fiero dragón con la boca abierta y llena de dientes afilados cortaba el aire mientras el barco avanzaba. Guerreros con cuernos en sus cascos, barbas y gruesas chaquetas de piel blandían espadas y hachas de guerra. Las banderas ondeaban en el mástil y en la alta quilla de popa. Los guerreros lanzaban gritos de guerra.

—¡Eso es! —exclamó Jupiter—. ¡Es «eso» desde luego!

Bob sacó su cámara.

—Papá dijo que compraría todas las fotos que tomásemos.

La nave vikinga se fue acercando. Los muchachos pronto comprobaron que en realidad no era más que una gran lancha

motora cubierta con una reproducción de una nave vikinga. A bordo, iban seis o siete «guerreros» nada más y la mayoría de las espadas eran de madera pintada, y las barbas postizas. Los hombres blandían sus armas de madera y reían mientras la «larga nave» pasaba junto a los muchachos para entrar en una pequeña cala de la isla.

—¿Qué es esto? —dijo Pete, intrigado.

—No lo sé —contestó Bob—, pero les he sacado unas buenas fotografías.

—Yo creo… —comenzó a decir Jupiter.

El macizo Primer Investigador se detuvo con la boca abierta. Un segundo bote se acercaba velozmente desde el extremo este de la isla.

—¿Y eso qué es? —dijo Pete sin aliento.

El segundo bote era largo y bajo, mitad bote de remos, mitad canoa.

Estaba construido con unas planchas gruesas con los extremos más altos que el centro, como una gran barca de pesca con los extremos puntiagudos.

Aquel insólito bote era impulsado por seis «indios» que remaban al unísono vestidos con sus penachos de plumas, barbas y pieles de ante.

—¡Es una canoa chumasa! —exclamó Jupiter—. Eran nuestros indios locales. Construyeron un gran poblado en Santa Bárbara y se han encontrado restos de sus canoas para navegar por alta mar. Al parecer salían a pescar y a cazar ballenas y focas. Eran muy pacíficos y algunos de ellos vivieron aquí cerca, en las islas Channel.

—No tienes por qué darnos una lección de historia, Jupe —replicó Pete—. Los recuerdo desde el «Misterio de la sombra riente». —Se refería a un caso anterior resuelto por los muchachos en el que intervinieron los indios chumasas de la tribu local—. No sabía que viviesen aquí en el Peñón Ragnarson.

Jupiter meneó la cabeza.

—No lo hicieron, Segundo. Vivieron más arriba de esta costa en las islas mayores.



—¡No importa dónde vivieran! —exclamó Bob—. Mantén la lancha quieta para que yo pueda sacar más fotos.

El chico de los Informes e Investigaciones de los Tres Investigadores enfocó su cámara hacia la canoa con sus indios que blandían sus lanzas y proferían gritos de guerra y se dirigían a toda prisa hacia la misma cala donde desembarcaran los vikingos. También ellos desembarcaron y comenzó una parodia de batalla entre vikingos e indios por la posesión del Peñón Ragnarson. Las banderas ondeaban y las armas entrechocaban. Los penachos se ladeaban y las lanzas eran arrojadas contra los escudos. Del cinturón de cada vikingo y de cada indio pendía un trozo de trapo… rojo para los indios y blanco para los vikingos. Los hombres se arrancaban las «banderas» unos a otros y corrían hacia la roca gigantesca.

En la lancha, los tres muchachos reían y les vitoreaban, Pete y Bob animaban a los indios y Jupiter se puso del lado de los vikingos. Cuando la batalla se aproximó a la gran roca del extremo oeste, Bob volvió a cargar su cámara con otro rollo.

—¡Acerquémonos más! Si conseguimos fotografiar toda la batalla tendrá un gran interés humano para el periódico de mi padre y nos comprarán más fotos.

—Excelente idea, Archivos —convino Jupiter.

Pusieron en marcha el motor y Pete les llevó hasta la boca de la cala. Bob continuó tomando foto tras foto hasta que la batalla hubo terminado y los vikingos se alzaron sobre la roca con todas las banderas rojas. Blandían dichas banderas y también sus blancos estandartes. Todos los de la isla reían ahora y se felicitaban mutuamente.

En la lancha, Bob dejó de hacer fotos. Los tres muchachos sonreían ante la divertida escena de la isla. Hasta que Jupiter miró por casualidad por encima de su hombro.

—¡Segundo! ¡Archivos!

¡Una lancha estaba a punto de colisionar con ellos!

CAPÍTULO 2
LA LANCHA VACÍA

La pequeña motora iba directamente hacia ellos…, pero les golpeó con suavidad, y siguió meciéndose sobre las leves olas de la cala. Después volvió a golpearles.

—Va a la deriva —comprendió Pete—. Ni siquiera lleva el motor en marcha.

—¡Y no va nadie en ella! —exclamó Bob—. Mirad, una cuerda arrastrada por el agua. Debe de haberse roto y soltado de donde estaba sujeta.

Pete examinó el extremo del cabo.

—Seguro que no ha sido cortada. Parece como si se hubiese desgastado mientras la lancha estaba amarrada. Tal vez por el roce contra las rocas, el muelle o cualquier otra cosa.

Jupe no había dicho nada; sus ojos examinaban con rapidez la embarcación vacía. De pronto, el Primer Investigador señaló la borda cerca del asiento central.

—Mirad, camaradas. ¡En el escálamo y cerca del asiento!

Los otros dos Investigadores examinaron la mancha oscura en el metal gris de la horquilla del remo y en el borde de la lancha… una mancha roja oscura, casi negra a la luz del sol poniente.

—Pa-parece… —Pete se estremeció.

—¡Sangre! —concluyó Bob.

—Sí —asintió Jupiter—. Como si alguien se hubiese cortado… —El macizo jefe del equipo vaciló, mientras miraba a sus compañeros—, o quizá se cayera y su cabeza golpease contra la horquilla del remo.

Pete mantuvo su lancha cerca para observar su interior. Había

una caja de aparejos en el fondo, cerca del asiento central, un cubo con agua donde flotaban unas anchoas muertas, una fiambrera abierta que aún contenía algunos bocadillos y una manzana, y un gran chaleco salvavidas parecido al que los muchachos llevaban puestos.

—Todo —observó Jupiter despacio—, excepto una caña de pescar con su carrete.

—¿Jupe? —dijo Bob intranquilo—. Debajo del asiento. ¿Lo ves? ¿No es una gorra?

Pete sujetó la lancha abandonada con una mano y alargó la otra hacia el asiento central. Sacó una gorra de pescador de larga visera. Estaba desgarrada por un lado y tenía varias manchas iguales a las de la borda. Jupiter habló con gran seriedad.

—Alguien se hirió en esta lancha, camaradas. La pregunta es: ¿dónde estaba la motora cuando esto ocurrió?

—¿Qué quieres decir, Primero? —Pete había fruncido el entrecejo—. ¿Qué importancia tiene dónde estuviera la lancha?

—Jupe se refiere a si estaba en el mar o tal vez amarrada en la playa —dijo Bob—. Hay una gran diferencia.

—¿Y estaba el pescador solo en la lancha? —añadió Jupe—. Quiero decir: ¿se acercó alguna otra embarcación para llevarle a tierra y curarle, y la lancha quedó abandonada a la deriva? ¿O acaso su propietario se cayó sencillamente por la borda?

Pete y Bob se miraron alarmados.

—O había alguien más en la motora —dijo Jupiter. Pete palideció.

—¿Tú crees que el pescador fu-fue asesinado?

—No saquemos conclusiones precipitadas —repuso Jupiter con cautela—. Todo lo que tenemos aquí son pruebas circunstanciales.

Los tres muchachos guardaron silencio unos instantes contemplando las manchas oscuras de la lancha vacía.

Por fin habló Bob:

—Quizás esta lancha pertenezca a alguno de esos vikingos o indios de la isla. Se habrá cortado con algo.

—Es posible, Archivos —convino Jupiter—. Sugiero que lo averigüemos.

Mientras Bob y Jupiter sujetaban el cabo raído de la lancha vacía, Pete puso el motor de la suya en marcha para acercarse más

a la isla. Los vikingos e indios descendían en tropel por la gigantesca peña en dirección a la cueva, todavía blandiendo sus banderas guerreras mientras se daban palmaditas amistosas en la espalda. Varios de los jubilosos combatientes vieron a Bob y su cámara. Gritaron a los muchachos mientras su lancha se aproximaba a la playa de la cala donde estaban atracados la nave de los vikingos y la canoa chumasa, así como algunas otras embarcaciones.

—¡Eh! ¡Hacednos una foto!

—¡Desembarcad y posaremos!

—¡Retrata a los indios!

—¡No, a los vikingos! ¡Hemos ganado!

—¡Venid a comer con nosotros!

Los tres niños rieron mientras asentían con la cabeza.

—¿Esta lancha pertenece a alguno de vosotros? —les gritó Jupe desde el agua.

—¡A nosotros no! —respondió a gritos un vikingo.

—¡Vamos, hacednos más fotos! —les apremió uno de los indios.

Para animar a Bob, varios vikingos e indios adoptaron posturas agresivas manteniendo sus lanzas y hachas cerca de las gargantas de su contrario.

Bob, sonriente, tomó más instantáneas de las actividades que tenían lugar en la isla. Varias tiendas eran montadas en hilera en el acantilado sobre la playa de la cala y, alrededor de una gran hoguera, mujeres y niños preparaban la comida. Bob tomó más fotos, dirigiendo el objetivo de su cámara por toda la isla sin árboles.

—Date prisa —le apremió Pete—, o no tendremos tiempo de conseguir suficiente pescado para vender.

—Casi he terminado el carrete —repuso Bob.

—Lo siento, Pete, pero creo que debemos devolver la lancha vacía inmediatamente —intervino Jupiter—. A su dueño puede haberle ocurrido algo terrible.

—Tal vez podamos hablar por radio con la policía —sugirió Pete —. Alguna de esas embarcaciones ancladas en la isla puede que lleven radio.

—Buena idea, Segundo —exclamó Jupiter y gritó a los guerreros que ahora estaban comiendo—. Perdonen, ¿son suyas esas lanchas?

Varias cabezas asintieron.

—¿Alguno de ustedes tiene radio en su embarcación?

—No, lo siento —gritó un indio.

—¡La mía no funciona! —exclamó un vikingo.

Bob disparó la última foto.

—Se acabó la película. ¿Qué hacemos, pescar o volver a tierra?

—Supongo que devolver la lancha —repuso Pete contrariado.

—Esa es nuestra primera obligación —insistió Jupiter—. Alguien puede necesitar ayuda desesperadamente.

Ataron el cabo de la lancha vacía a su popa, y Pete puso rumbo a casa. Estaban lejos y Jupiter miraba nervioso su reloj de vez en cuando, mientras Pete les conducía saltando sobre las largas olas del océano. Buscaron una embarcación con radio pero no se cruzaron con ninguna. Bob limpió los pocos peces que habían cogido.

—Por lo menos pescamos lo suficiente para nuestra cena —dijo Bob para animarles.

El remolque de la segunda lancha retrasaba su marcha, y eran ya más de las cuatro cuando llegaron a la marina de Rocky Beach.

—Eh —exclamó Pete desde la popa donde gobernaba el timón —. ¿No es el comisario Reynolds el que está en el embarcadero?

Jupiter y Bob se volvieron a mirar.

Pudieron ver la imponente figura del comisario de policía de Rocky Beach en el largo muelle público, donde la mayoría de gente amarraba sus barcas. Él y tres de sus hombres sin uniforme rodeaban a una mujer esbelta con un vestido verde muy a la moda. Sus cabellos rojos reflejaban los últimos rayos del sol poniente y parecía muy afectada. Se enjugaba los ojos y tenía los mismos puestos en el mar mientras el comisario le hablaba.

—Cielos, no la conozco —replicó Bob—. ¡Pero no hay duda de que nos está mirando!

La mujer había dejado de escudriñar el mar y tenía la vista fija en los tres muchachos. Sus ojos azules estaban muy abiertos.

—No nos mira a nosotros, camaradas —declaró Jupiter—, sino a la lancha vacía. Creo que la ha reconocido.

—Eh, tal vez también reconozca la gorra —dijo Pete.

Al acercarse al malecón, Pete desembarcó a toda prisa blandiendo la gorra del pescador manchada de sangre. La mujer se

puso pálida como una muerta y se desmayó en los brazos del comisario Reynolds.

CAPÍTULO 3
UN VIKINGO FURIOSO

Los policías y los tres muchachos rodearon a la mujer que el comisario Reynolds había llevado hasta un banco del muelle.

—Hacedle un poco de aire, muchachos —les dijo el comisario—. Y ahora decidme dónde habéis encontrado esa lancha.

Pete y Bob se apresuraron a dar cuenta de los acontecimientos que tuvieron lugar en el Peñón Ragnarson. El comisario Reynolds les escuchó atentamente y, cuando hubieron terminado, la mujer abrió los ojos e intentó levantarse.

—¡Tengo que ir allí! —exclamó.

Los policías sujetaron a la desesperada mujer y el comisario Reynolds le habló sosegadamente para tranquilizarla.

—Tendremos aquí a un helicóptero dentro de veinte minutos, señora Manning. Ahora siéntese y trate de relajarse. No hay nada que usted pueda hacer que no se haya hecho.

El comisario sonrió y la señora se sentó de nuevo en el banco. Sus ojos azules les fueron mirando a todos. El comisario Reynolds se dirigió a los muchachos.

—El esposo de la señora Manning salió anoche a pescar y le dijo que volvería esta mañana, a las ocho y media, a tiempo para trabajar. Solía pasar la noche pescando. Llevaba luces y radio para transmitir y recibir, y nunca se alejaba demasiado de la costa. Pero esta mañana no regresó a casa, y al mediodía la señora Manning nos llamó. Vinimos aquí y encontramos su automóvil todavía cerrado, pero ni rastro de él. Nadie había visto la lancha desde anoche hasta este momento.

Habló con calma para no alarmar a la señora Manning, pero se

le veía preocupado mientras examinaba la lancha ahora vacía y amarrada al malecón.

La señora Manning parpadeó confusa.

—¿Qué estaría haciendo Bill allí? Nunca iba tan lejos solo. No sabía nadar… por eso llevaba siempre chaleco salvavidas.

—No podemos asegurar que fuera tan lejos, señora Manning —repuso el comisario Reynolds—. Hay siempre una fuerte corriente desde la playa al Peñón Ragnarson. Los muchachos encontraron la lancha a la deriva a media tarde. Pudo haber llegado allí desde la orilla.

—Entonces —continuó ella—, ¿dónde está Bill?

Hubo un silencio tenso.

—Eso es lo que hemos de averiguar, señora Manning —dijo el comisario Reynolds con firmeza—. Estoy seguro de que existe una explicación bien simple. Quizá bajó a tierra y la lancha rompió amarras y salió al mar.

—Entonces —dijo la señora Manning—, ¿por qué no ha vuelto a casa? ¿O ha recogido el coche por lo menos?

—Lo averiguaremos —respondió el comisario—. Ya nos hemos puesto en contacto con el Servicio de Guardacostas para que inicie la búsqueda y todos los departamentos de policía de ambos lados de la costa lo están buscando. También es posible que él mismo aparezca y dé una explicación razonable.

—¿Posible? ¿Nada más?

La señora Manning miró con ojos extraviados a los hombres de la patrulla, a los muchachos y al comisario Reynolds. Estaba blanca como el papel. Por un momento los muchachos pensaron que iba a volver a desmayarse. Luego meneó la cabeza muy despacio.

—Es posible que aparezca sano y salvo, pero no es probable, ¿es eso lo que quiso decir? —De pronto se puso en pie y cogió la gorra desgarrada de manos de Pete—. Esta es su gorra. Y esto es sangre, ¿no?

—Podría serlo —admitió el comisario—. Sí.

—¿Y la hay también en la lancha? —Contempló la embarcación atada al embarcadero—. Hay sangre en la borda y en la horquilla del remo. No está su caña de pescar, ni el carrete, ni el sedal. —Meneó la cabeza—. Algo ha sucedido…, lo sé. Algo ha ocurrido y Bill no volverá nunca.

Se echó a llorar mientras se dejaba caer de nuevo en el banco y se enjugaba con su pañuelo. Los muchachos y los policías la contemplaban incapaces de encontrar algo con que consolarla.

—Siempre hay esperanza, señora Manning —dijo Jupiter al fin —. Su… chaleco salvavidas sigue en la lancha. Puesto que no sabe nadar, probablemente lo llevaría puesto todo el tiempo que estuviera en el agua. De modo que es muy posible que desembarcara, como ha sugerido el comisario.

—Seguro —intervino Pete—. Quiero decir que no iba a llevar puesto en tierra algo tan grande y pesado como un chaleco salvavidas.

—Y no quiso dejar su caña y su carrete —añadió Bob—. Podían habérselo robado.

Ella sonrió con tristeza al tiempo que meneaba de nuevo la cabeza.

—Veo que sois unos muchachos muy amables, pero Bill odiaba llevar puesto el chaleco salvavidas mientras pescaba. Decía que entorpecía sus movimientos. Lo tenía siempre a mano, pero le gustaba pescar sin trabas y escuchar su radio transmisor portátil. La radio debería estar en el bolsillo de su chaqueta y tampoco está, ¿verdad?

Pete tragó saliva.

—Er… sí, señora, no está, pero… pero… —Se detuvo sin saber qué decir. La señora Manning continuó moviendo la cabeza.

—No, Bill no volverá a mi lado. Ha ocurrido algo. Se caería y probablemente perdería el conocimiento al caer por la borda. —Les miró a todos—. Siempre le decía que llevara puesto el chaleco, pero no me hacía caso, y ahora ha desaparecido.

Se hizo otro silencio.

—Lo siento, señora Manning —dijo el comisario Reynolds—. Admito que esto presenta mal cariz, pero siempre cabe una posibilidad.

—Quizá fue recogido por algún bote que no tiene radio y aún no ha regresado —dijo Jupiter para animarla.

—¡O tal vez el golpe en la cabeza le haya producido amnesia! — añadió Pete.

—¡O ha desembarcado en el Peñón Ragnarson! —dijo Bob.

La señora Manning se puso en pie y alisó su vestido con una

sonrisa triste.

—Gracias, muchachos. Y a usted también, comisario. Sé que todos tienen buena voluntad. Pero Bill no hubiera ido nunca tan lejos por nada del mundo. Pescaba como máximo a una milla de la costa. Siempre decía que probablemente podría mantenerse a flote una milla con el chaleco salvavidas. No, nunca volverá. Esa lancha estaba vacía mucho antes de ir a la deriva hasta esa isla. Me llevaré nuestro coche a casa, comisario Reynolds, y esperaré a que usted me llame y me diga que han encontrado su cuerpo.

Se dirigió lentamente hacia el automóvil aparcado cerca de la rampa del embarcadero. El comisario hizo señas a algunos de sus hombres para que la acompañasen. Él se volvió hacia los muchachos.

—Hicisteis un buen trabajo, chicos, al traer la lancha.

—¿Caben… caben muchas posibilidades de encontrarle con vida, comisario? —preguntó Pete.

—Parece que se dio un golpe en la cabeza y cayó por la borda, Pete, tal como ella dijo. Estaba solo en la lancha, era de noche… —El comisario se encogió de hombros y no terminó—. Pero buscaremos a conciencia. ¿Visteis alguna cosa más que pudiera decimos lo que le ha ocurrido al señor Manning?

—Nada, comisario —repuso Pete.

—Está bien, muchachos, si se os ocurriera algo, decídmelo —concluyó el comisario. Los Tres Investigadores habían cooperado con la policía de Rocky Beach en varios otros casos difíciles y el comisario Reynolds respetaba su sagacidad.

Los tres muchachos asintieron mientras el comisario Reynolds regresaba a su automóvil. Cuando los policías y la señora Manning se hubieron marchado, amarraron bien su lancha y fueron en busca de sus bicicletas que estaban con sus candados en el aparcamiento del muelle.

—¡Eh! ¡Chicos!

Una motora fueraborda se acercó al malecón con uno de los vikingos del Peñón Ragnarson al volante. Agitaba el brazo para llamar su atención.

—Esperad. Quiero hablar con vosotros.

El vikingo amarró su bote junto a la rampa del embarcadero y saltó a tierra. No era muy alto y su pesada túnica de piel le hacía

parecer casi tan ancho como alto. Sus piernas, por debajo de la rodilla, iban envueltas en unas polainas de trapo sujetas con tiras de cuero. Llevaba una barba postiza amarillenta y descolorida y un casco con cuernos y un protector para la nariz tan largo que casi ocultaba su rostro por completo. Sólo sus ojos azules eran claramente visibles cuando se acercó a los muchachos.

—¿Sois vosotros los que estuvisteis haciendo fotografías tan alegremente hoy en el Peñón?

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Bob extrañado.

La voz de Jupiter tenía un tono frío.

—Tenemos perfecto derecho a fotografiar un espectáculo público.

—Eh, calma, calma —dijo el vikingo—. Yo sólo quiero comprarlas. Os compro todas las fotos que habéis hecho.

—Todavía no las hemos revelado —replicó Bob—. Además, mi padre tiene preferencia. Las quiere para su periódico.

—Está bien, iré con vosotros para ver cómo las reveláis. En realidad no quiero más que un par, pero quiero asegurarme de que son las que me interesan.

—Me temo que el padre de Bob querrá verlas todas —dijo Jupiter—, y las que escoja serán exclusivamente suyas. Pero estamos dispuestos a enseñarle las que el señor Andrews no quiera.

—Eso es —convino Bob—. Me encantará venderle las que quiera mañana, después de que mi padre haya escogido las suyas, señor…

—Sam Ragnarson —repuso el vikingo—. Escuchad, os pagaré muy bien. Dejad que les eche una ojeada.

Bob vacilaba…, la verdad es que los Tres Investigadores necesitaban dinero.

—Lo siento, señor Ragnarson —dijo Bob a pesar suyo—. Mi padre cuenta con esas fotos para publicarlas en el periódico en cuanto yo las revele. Vuelva mañana.

Los ojos de Sam Ragnarson relampaguearon y su voz se tomó de pronto desagradable mientras avanzaba hacia ellos con aire amenazador.

—Dije que las necesitaba ahora, y las quiero ahora. Si sois tan estúpidos que no queréis atender a razones puedo usar otros…

Los muchachos retrocedieron alarmados. Se oyó el chirrido de neumáticos y luego una voz les gritó:

—Muchachos, olvidé preguntaros si habíais recogido algo más de la lancha —les decía el comisario Reynolds desde la ventanilla de su coche.

—Sólo la gorra, señor —contestó Jupiter acercándose rápidamente al comisario. Y a continuación le enumeró todo lo demás que vieran en la lancha.

El comisario asintió con la cabeza y se dispuso a marcharse de nuevo. Los muchachos se volvieron al instante. No se veía por ninguna parte a Sam Ragnarson. Incluso su lancha había desaparecido. Corrieron a coger sus bicicletas.

—Me parece que no le gustan los policías —observó Pete.

—¡Y que lo digas! —añadió Bob—. Ni siquiera esperó para que le diera mi nombre y dirección. Ahora nunca conseguirá ésas fotos.

—Me llevaré el carrete al Puesto de Mando —se ofreció Jupe—. Mañana a primera hora puedes venir a revelarlo, Bob. Entretanto —agregó—, escuchad vuestras radios. Tal vez averigüemos algo del pobre señor Manning.

CAPÍTULO 4
PERSEGUIDOS

A la mañana siguiente Bob bajó a desayunar temprano para explicar a su padre lo de las fotografías. La noche anterior, sus padres habían salido a cenar y luego fueron al teatro de Los Ángeles. Bob estaba demasiado cansado para esperarles. Su padre leía el diario de la mañana cuando Bob entró en la cocina. El señor Andrews levantó la cabeza al oír a su hijo.

—Veo que ayer tuvisteis una triste experiencia.

Bob asintió.

—¿Han encontrado ya al señor Manning?

—No tengo ni idea, Bob. Esto lo imprimieron anoche.

La señora Andrews conectó la radio.

—Están a punto de dar las noticias.

El locutor terminó el noticiario internacional, informó de un incendio en la localidad y luego dijo:

—La guardia costera sigue buscando a William Manning, un comerciante de automóviles de Rocky Beach, cuya lancha vacía fue encontrada cerca del Peñón Ragnarson por tres muchachos de Rocky Beach: Robert Andrews, Peter Crenshaw y Jonathan Jones.

—¡Oh, no! —exclamó Bob—. ¡Han vuelto a equivocar el nombre de Jupe!

—La esposa del señor Manning dijo que no sabía nadar y hay pocas esperanzas de encontrarle con vida.

—Esa pobre mujer —dijo la señora Andrews con tristeza.

—Un accidente desagradable —convino el señor Andrews—. ¿Pero no tienes algo más que decirme, Bob?

—¡Desde luego, papá! —Y se apresuró a contarle los

acontecimientos del día anterior en el Peñón Ragnarson mientras engullía sus cereales. El señor Andrews se echó a reír.

—Eso suena tan descabellado como nos imaginábamos. Mañana llenaremos toda una página.

—¿Por qué? —exclamó la señora Andrews sorprendida—. A mí no me parecen más que una pandilla de niños grandes y alocados.

—¿Por qué te interesan tanto? —preguntó Bob.

—Son parte de la historia de California —explicó el señor Andrews—. En 1849, Knut Ragnarson vino aquí desde Illinois cuando la Fiebre del Oro. Era zapatero y ganó mucho más dinero vendiendo botas a los mineros que la mayoría de mineros ganaron jamás buscando oro. De manera que, al año siguiente, embarcó en San Francisco para volver al este y traer a su familia. El barco llevaba un cargamento de oro además de pasajeros. La segunda noche de navegación, el capitán abrió las compuertas para hundir el barco, y, tras coger el oro, huyó en un bote. La mayoría de los pasajeros fueron presa del pánico y desaparecieron, pero Knut Ragnarson se agarró a la tapa de una escotilla y fue remando con los brazos hasta esa pequeña isla. Allí encontró una canoa chumasa abandonada y en ella llegó hasta la costa. Desde entonces se ha llamado a la isla Peñón Ragnarson. Los Ragnarson y sus amigos se reúnen cada cinco años para representar una batalla fingida y «reclamar» la isla. Acampan allí una semana entera. Karl Ragnarson, el director de vuestro colegio, me lo contó.

—¿El señor Karl? —exclamó Bob—. ¿Estaba allí también durante la batalla?

—Estoy seguro de que estaría —repuso el señor Andrews—, aunque creo que deja la mayor parte de estas actividades a los jóvenes. A él le interesa más la historia familiar.

—Hablando de historia —intervino la señora Andrews—. ¿Qué fue del oro robado?

—¿Y cuánto tiempo permaneció Knut Ragnarson en la isla? —quiso saber Bob.

El señor Andrews alzó ambos brazos y se echó a reír.

—¡Ja! Esto es todo lo que sé. Ahora, uno de nuestros reporteros anda buscando detalles. Con las fotos de Bob, será un buen material para mañana.

Bob acabó de beberse la leche.

—Jupe tiene la película. Iré ahora mismo a revelarla. Podríamos…

—Alto, jovencito —dijo su madre—. ¿Has olvidado que hoy te toca limpiar los cristales de las ventanas en casa de los Andrews?

—¡Mamá! —protestó Bob—. ¡Tengo que revelar esas fotografías para papá!

—Ya conoces las reglas, Robert —declaró la señora Andrews—. Una mañana a la semana durante el verano tienes que ayudar en casa. Tú mismo escogiste los miércoles para no tener que alterar constantemente tus planes. Convinimos en que no habrían excepciones y que yo no tendría que andar persiguiéndote todo el verano, o nunca harías nada.

—Mamá —suplicó Bob—, sólo por hoy. Ya lo haré…

—Yo llevaré el negativo a la oficina y haré que lo revelen allí —intervino su padre—. Esta mañana voy a trabajar en casa. No me iré a la oficina hasta mediodía. Así tendrás tiempo de limpiar las ventanas y traerme el negativo.

Bob se avino de mala gana y telefoneó al Puesto de Mando. Jupiter suspiró al oír las malas noticias de Bob.

—Pete también ha tenido que quedarse en casa. Ha de ordenar su habitación. Ha prometido venir en cuanto termine. Ven tú también tan pronto como puedas, Archivos.

Bob corrió en busca de trapos y el limpiacristales. Trabajaba muy deprisa, pero habían muchas ventanas. Eran casi las once cuando terminó. Guardó el limpia cristales, tiró los trapos al cesto de la ropa sucia y salió corriendo en su bicicleta.

—¡No olvides que tengo que marcharme dentro de una hora, Bob! —le gritó su padre.

—¡De acuerdo, papá! —exclamó Bob antes de salir disparado en su bici. Al salir de la avenida tuvo que desviarse para esquivar una desvencijada camioneta blanca aparcada precisamente delante de su casa. Le sorprendió porque casi nunca aparcaba nadie frente a su vivienda. Desde el «Misterio de los cristales rotos», sus padres guardaban sus coches en el garaje. Tuvo que concentrarse tanto para no darse contra ella, que no vio quién iba sentado al volante de la camioneta.



Desde la esquina se volvió a mirar. La camioneta se había separado de la acera y avanzaba despacio tras él. Podía oír los crujidos y chirridos del lastimoso vehículo.

Pedaleó más deprisa doblando varias esquinas a toda velocidad. Cuando se volvió una vez más, la camioneta continuaba siguiéndole. Intentó ver el número de la matrícula, pero no llevaba placa en la parte delantera.

Alarmado, pedaleó todo lo aprisa que pudo y, de vez en cuando, miraba por encima del hombro para ver si la camioneta le seguía. Y así era.

Bob pensó con rapidez. Ahora ya estaba llegando al Patio Salvaje y, si es que le estaban siguiendo, significaba con toda probabilidad que alguien quería saber a dónde iba, o averiguar dónde tenían su cuartel general los Tres Investigadores, o ambas cosas. Bob decidió que lo mejor era alejarse de la chatarrería y telefonear a Jupe y Pete.

Giró en el último cruce antes del Patio Salvaje y se detuvo en una estación de servicio donde había un teléfono público en el exterior. A toda prisa marcó el número privado de los Investigadores en el Puesto de Mando.

¡No contestaron!

Bob colgó decepcionado. Pete y Jupe no estaban allí.

Al salir de la cabina, miró a un lado y a otro de la calle.

No se veía por ninguna parte la camioneta blanca. Dio una vuelta a pie para asegurarse de que se había ido. Quizá no le había estado siguiendo a él, después de todo. Pudo tratarse de una mera coincidencia.

Bob volvió a montar en su bicicleta y pedaleó hasta una manzana más allá de la chatarrería. No vio ni rastro de la camioneta. Le pareció que ya no era peligroso volver allí.

Cautelosamente se acercó hasta la cerca posterior del Patio Salvaje. Años atrás habían pintado en ella un enorme mural del incendio causado en San Francisco por el terremoto de 1906. Estaba lleno de edificios en llamas, coches de bomberos arrastrados por caballos y gente que huía con sus pertenencias a la espalda. A unos diez metros de la esquina, un perrito pintado contemplaba con tristeza el edificio en ruinas que fuera su casa.

Bob miró una vez más a su alrededor, para estar seguro de que

la camioneta no le había seguido, y luego sacó un nudo de la madera que era uno de los ojos del perro. Buscó rápidamente en su interior, y presionó el resorte que hizo que se corrieran tres tablones. Ésta era la Puerta Roja, una de las entradas secretas de los muchachos en el patio de la chatarrería. Bob estaba seguro de que nadie le había visto entrar. Completamente oculto del despacho de la chatarrería y de la entrada principal, aparcó su bici y se puso a gatas. Delante de él, en un montón de materiales de construcción, había una especie de abertura en forma de cueva. Bob gateó por debajo de aquel montón hasta llegar a un túnel estrecho entre la chatarra. Este conducía hasta la Puerta Cuatro, uno de los cuatro caminos secretos para llegar hasta el Puesto de Mando, base de operaciones de los Tres Investigadores. El último tramo hasta la Puerta Cuatro era tan estrecho y tortuoso que el macizo Primer Investigador apenas lo utilizaba. ¡Podía quedarse atascado!

El pasadizo se estrechaba más y Bob tuvo que volver a ponerse a gatas para recorrer los últimos metros. Se puso en pie, golpeó un panel una… dos… tres veces.

Si Jupe y Pete estaban allí el panel se abriría. Si no…

¡El panel se abrió!

Penetró en el viejo remolque que era el Puesto de Mando. Oculto bajo montañas de chatarra y olvidado de todos, su escondite secreto estaba equipado con una cámara oscura, un laboratorio completo, mesa escritorio, máquina de escribir, teléfono, grabadora, contestador automático, y un surtido de otras piezas de equipos que Jupiter había conseguido reparar o construir en la chatarrería.

—¿Dónde estabais vosotros dos? Telefoneé, pero nadie contestaba.

—Cometimos el error de salir del taller —dijo Pete con disgusto —. Tía Matilda nos vio y nos hizo trasladar mobiliario.

Jupiter miraba a Bob.

—¿Qué ha ocurrido, Archivos? ¿Por qué nos llamaste?

Bob les habló de la camioneta blanca destartalada. Jupe y Pete le escucharon con atención.

—¿No sabes quién iba en la camioneta? —preguntó Pete.

—No, no conseguí ver al conductor.

—¿Estás seguro de que te seguía? —preguntó Jupiter.

—Lo estuve hasta que me detuve para telefonearos —replicó

Bob—. Cuando volví a la calle, había desaparecido. Quizás a mí me dio la impresión de que me seguía.

—Tal vez —repitió Jupiter con el ceño fruncido—, pero mantendremos los ojos bien abiertos. Y ahora, ¿qué hay de los negativos?

—¡Casi los olvido! —exclamó Bob mientras miraba el reloj de la pared. Eran casi las once y media—. ¡Tengo que llevárselos a papá antes de media hora!

—No podemos revelar dos rollos en media hora —dijo Pete.

—Papá dice que le entreguemos la película y él la hará revelar en la redacción.

—Eso no será necesario —declaró Jupiter—. Esta mañana, mientras vosotros dos trabajabais, yo revelé los dos rollos. Los negativos están ya bastante secos, de manera que puedes llevárselos a tu padre en vez de las copias.

—¿Dónde están?

Jupiter entró en la cámara oscura y salió con todos los negativos dentro de un sobre marrón. Bob lo recogió y abrió el panel de la Puerta Cuatro.

—Volveré en cuanto se los haya entregado a papá.

El responsable de los Informes e Investigaciones se agachó para entrar por el pasadizo estrecho, gateó por él hasta llegar a su bicicleta y abandonó la chatarrería por la Puerta Roja del perrito.

Dobló la primera esquina y subió por la calle principal donde estaba la entrada del Patio Salvaje. Al girar a la izquierda para dirigirse a su casa, oyó un motor que se ponía en marcha. Bob miró inmediatamente por encima de su hombro. ¡La camioneta estaba allí!

CAPÍTULO 5
UN BANCO MÓVIL

Bob pudo distinguir dos cabezas en la camioneta blanca antes de correr cuanto pudo manteniéndose muy pegado a la acera.

¡La camioneta estaba justo detrás de él!

Pedaleó con fuerza, pero la camioneta se acercó hasta quedar a un palmo de su rueda posterior. Intentó volver la cabeza para ver por lo menos a una de las personas que iban dentro, pero todo lo que vio fue la parrilla del radiador.

La camioneta se mantenía tras él, avanzando despacio a la misma velocidad que la bicicleta, como si esperara algo.

Bob vio que en la próxima manzana no había casas, únicamente los patios posteriores a un lado, y un parque pequeño con árboles y arbustos y algunos senderos al otro. De pronto comprendió que eso era lo que sus perseguidores estaban aguardando: una manzana vacía.

Siguió por la manzana sin casas. ¡La camioneta le adelantó para cruzarse delante y cerrarle el paso!

Frenó en seco. La camioneta siguió adelante hasta que pudo frenar en seco sin salirse de la calzada.

Bob pudo ver la matrícula de California que empezaba por «56», antes de meterse en uno de los senderos del parque. Pedaleó por sus curvas hasta la salida por el lado opuesto.

Miró una sola vez hacia atrás. Nadie le seguía. Entró disparado en la calle paralela a la que antes recorriera y tomó el camino de regreso al Patio Salvaje en vez de seguir adelante. Un gran camión de transportes iba tras él evitando el que fuese visto. Al mirar atrás sonrió al ver aparecer la camioneta por el extremo de la calle y

girar en sentido equivocado.

Cuando estuvo bien seguro de que los dos hombres de la camioneta no podían verle, dio la vuelta y recorrió todavía otra calle antes de reanudar el camino hacia su casa.

Entonces la oyó. El ruido del motor, el inconfundible tintineo y los mismos chirridos. Volvió a mirar por encima del hombro. ¡La camioneta estaba otra vez detrás de él!

Esta vez se aproximó a él rápidamente y sin esperar tocó su rueda posterior. Bob se tambaleó asido con desesperación al manillar mientras pedaleaba.

La camioneta volvió a empujarle.

Bob vio la cuneta profunda a lo largo de la carretera, sintió que su bici caía en ella y saltó.

Apenas consciente de que la camioneta se detenía, aterrizó en el fondo de la cuneta, dio una voltereta y quedó de pie. Su camisa y sus pantalones estaban rotos, y sus manos y rodillas arañadas y cubiertas de barro, pero no se detuvo para mirar atrás. Corrió por la cuneta de la que fue a salir cerca de una casa. Respiró con fuerza y escuchó. No se oía a ningún perseguidor. Ni pasos, ni gritos.

Se volvió a mirar. El patio donde estaba, la cuneta y la calle estaban desiertas. Vio su bicicleta a media manzana tendida al borde de la cuneta, pero eso fue todo lo que vio. Nadie intentaba atacarle, nadie le perseguía.

¡La camioneta blanca había desaparecido!

Momentáneamente aturdido, de pronto empezó a buscar en sus bolsillos y a mirar sus manos vacías. ¿Dónde estaba el sobre marrón?

Regresó corriendo a la cuneta y fue caminando por ella con cuidado hasta el lugar donde había caído de su bici. Ni rastro del sobre.

Subió a la carretera. Allí estaba su bicicleta tendida sobre un costado. El sobre había desaparecido.

¡Le habían robado los negativos!

¡Debió haber comprendido lo que querían y haber protegido mejor el sobre! No estaba seguro de cómo lo habría hecho, pero se lo reprochó mientras recogía su bicicleta. Luego se sacudió de encima su autocompasión. Como Jupiter decía siempre, no sirve de nada preocuparse por lo que ya ha ocurrido.

¡Lo que Bob tenía que hacer ahora era pensar el modo de recuperar los negativos!

Montó de un salto en su bici y pedaleó deprisa hacia la chatarrería. Esta vez entró por la puerta principal. Ya no había necesidad de ocultar su destino. La camioneta blanca había desaparecido.

Bob fue rápidamente hasta el rincón del patio donde Jupiter había instalado un taller al aire libre. Allí era donde reparaba los cachivaches que luego se convertían en el equipo detectivesco de los Investigadores. El responsable de los Informes e Investigaciones se dirigió a un trozo de rejilla metálica que se apoyaba contra la boca de una enorme tubería de uralita. Esta tubería era en realidad el Túnel Dos, otra de las entradas secretas del Puesto de Mando de los Tres Investigadores. Bob se deslizó por ella con toda la rapidez que le permitieron sus maltrechos huesos y fue a parar bajo una trampilla que daba al suelo del Puesto de Mando. Al levantarla y entrar por ella, Pete y Jupiter le miraron con asombro.

—Eso sí que es ir deprisa, Archivos —dijo Pete.

Jupiter vio la camisa y los pantalones rotos de Bob, y sus manos sucias de barro.

—¡Te han atacado los de esa camioneta blanca!

—No, sólo me echaron a la cuneta. ¡Pero se llevaron los negativos! —gritó Bob desesperado—. ¡Todos!

—¿Viste quiénes eran? —le preguntó Jupiter a toda prisa.

—¡No nos pagarán! —se lamentó Pete.

—Cuéntanos lo que ha ocurrido exactamente, Archivos —le pidió Jupiter. Bob les contó cómo habían arremetido contra su bicicleta.

—Yo creo que eran dos. No pude verlos con claridad, todo lo que conseguí fue que la matrícula era de California y empezaba por cincuenta y seis. Hemos de recuperar esos negativos.

—¿Sin el número de la matrícula ni la menor idea de quienes son? —dijo Pete—. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—Y de todas formas tardaríamos días —gimió Bob mientras consultaba su reloj—. Y papá tiene que salir para la oficina dentro de media hora.

Jupiter asintió.

—Bob tiene razón. Primero tiene que llevar las fotos al señor

Andrews y luego nos ocuparemos de nuestros ladrones.

Bob y Pete le miraron.

—Pe-pero Jupe —tartamudeó Pete—, las fotos las tienen los ladrones.

—Las tienen todas, Jupe —añadió Bob.

—No —respondió Jupe con una sonrisa—, no todas. Casualmente esta mañana no tenía nada que hacer e hice una serie completa de copias. Todavía estaban húmedas cuando llegaste, Bob, por eso sólo te di los negativos.

El Primer Investigador entró en la cámara oscura de la que salió con una serie de fotos en la mano, todavía húmedas. Pete lanzó un grito de júbilo y Bob saltó de alegría.

—¡Asombroso! ¡Deja que se las lleve a papá!

—¡Aguarda! —exclamó Pete—. Echemos un vistazo para averiguar por qué los ladrones las deseaban tanto.

Colocó las fotos rápidamente encima de la mesa. Bob y Jupiter se inclinaron a ambos lados del Segundo Investigador para observar las instantáneas. Había cuarenta y ocho en total, y llenaron el escritorio por completo. Cada uno de ellos comenzó a menear la cabeza.

—No veo más que los indios y vikingos en plena batalla —dijo Bob.

—Incluso en los primeros planos que tomaste, sólo se ve que están comiendo —convino Pete. Jupiter asintió lentamente.

—Desde las primeras fotos que sacaste desde el mar, no veo más que lo que vimos con nuestros propios ojos. Pero debes haber captado algo que esos ladrones no quieren que vean otros.

—¿Como por ejemplo lo que comían? —bromeó Pete.

—Quizá quieran las fotos para ellos solos —dijo Bob— como recuerdo.

—¿Hasta el punto de lanzarte fuera de la calzada con peligro de lesionarte? —preguntó el Primer Investigador—. No tiene sentido.

—¡Eh! Puede que sea ese Sam Ragnarson —exclamó Bob.

—Eso ya se me había ocurrido a mí, Archivos —dijo Jupiter—. Pero será mejor que llevemos estas fotos a tu padre. Le pediremos que nos haga duplicados para poder estudiarlas más detenidamente.

—Claro, Jupe —convino Bob—. En el laboratorio de la oficina de papá podrán tener los duplicados para esta noche.

Metieron las fotografías en otro sobre color marrón y salieron a gatas por el Túnel Dos hasta donde estaban sus bicis. Esta vez llegaron a la casa de Bob sin incidentes. El padre de Bob se disponía a subir a su automóvil en la avenida.

—Ya pensaba que no venías, Bob —dijo el señor Andrews al ver el sobre marrón en manos de Jupiter—. ¿Son éstas las fotos? Le dije a Bob que no se entretuviera en revelarlas… Por poco no me pescáis.

—Yo ya las había revelado, señor Andrews —explicó Jupiter—. No es ése el motivo de nuestra tardanza.

Bob explicó a su padre el asalto de los dos hombres de la camioneta blanca.

—De modo que éstas son las únicas copias, papá. ¿Podrías hacer que nos sacasen duplicado en tu oficina?

—De acuerdo —replicó el señor Andrews—. Utilizaré éstas para el artículo y haré que os hagan otras copias en el laboratorio.

—Se lo agradeceremos mucho, señor —contestó Jupiter—. Queremos averiguar por qué esos dos hombres deseaban tener estas fotos con tanta desesperación.

El señor Andrews se echó a reír.

—Puede que Bob haya exagerado lo ocurrido, muchachos. Ya sabéis que siempre tiene la cabeza metida en un libro de misterio. Esa gente de la isla probablemente querían las fotos e intentaron pedírselas a Bob, pero él pensó que le perseguían.

Jupiter suspiró mientras intercambiaba miradas de simpatía con los otros investigadores. Ya estaba acostumbrado a que las personas mayores pensaran que jugaban a ladrones y policías.

—Quizá… —comenzó a decir el jefe del grupo.

Bob estaba furioso.

—¡Me han echado de la calzada, papá! ¡*No* estoy exagerando!

—Bueno, es posible. —El señor Andrews sonrió—. Pero…

—¡Mayores! —exclamó—. Algunas veces…, pero ahora recuerdo que papá me contó algunas cosas del Peñón Ragnarson.

Jupiter se volvió hacia sus dos compañeros mientras miraba su reloj.

—He llegado a varias conclusiones —declaró—: Una, que Bob ha tenido una mañana muy complicada y se merece una buena comida. Dos, la caja de los Tres Investigadores no está tan agotada como

para que tengamos que contentarnos con una *pizza*…

—¿Espaguetis con mucho queso? —le interrumpió Pete.

Jupe asintió antes de continuar:

—Como iba diciendo, Bob puede contarnos lo del Peñón Ragnarson mientras comemos. Y tres, tenemos que saldar cuentas con Sam Ragnarson.

CAPÍTULO 6
UN EXTRAÑO ENCUENTRO

La dirección de Sam Ragnarson resultó ser una casa en ruinas cerca de las playas en el extremo superior de Rocky Beach. La pintura que en un tiempo fuera verde se había desconchado y vuelto gris por la espuma del mar y el abandono, y el pequeño porche se venía abajo. El jardín delantero, a ambos lados de las casas, era una espesa jungla de hibiscos, buganvillas, enredaderas, hiedras y distintos cactus.

—Vaya —dijo Pete—, seguro que no es jardinero.

—Ni pintor, ni carpintero —añadió Bob.

Jupiter observó aquel edificio destartalado con desagrado.

—Desde luego es una birria. Pero me parece que hay algo que quiere ser un garaje en la parte de atrás. Sugiero que miremos si está ahí la camioneta blanca antes de enfrentarnos con Sam Ragnarson.

Dejaron sus bicicletas encadenadas a la verja de la casa de al lado y se deslizaron rápidamente por entre el espeso follaje hasta llegar al garaje. Despintado y con algunas de sus tablas podridas, estaba en peores condiciones que la propia casa. Los muchachos atisbaron el interior de las grandes ranuras que había entre los tablones.

—¡Amigos! —exclamó Pete—. ¡Veo una camioneta de reparto! ¡Y está toda abollada y oxidada!

—Tienes razón, Segundo —asintió Jupiter—. ¿Es ésa la que te siguió, Archivos?

Bob hizo visera con su mano para paliar el fuerte sol y miró fijamente dentro del garaje.

—El color es distinto. Ésta es *beige*, y la que me persiguió era bien blanca. Y, además, la forma también es distinta. Y mirad la matrícula. No empieza por cincuenta y seis.

—Bien —dijo Pete decepcionado—, por lo menos conduce una camioneta. Tal vez tenga otra.

—Hay sitio para otro vehículo en este garaje —observó Jupiter pensativo—. Pudo enviar a sus amigos en otra camioneta para robar los negativos. Vámonos.

Volvieron sobre sus pasos hasta el jardín delantero y subieron los escalones del ruinoso porche. Detrás de las dos ventanas habían cortinas transparentes de lunares. Jupiter pulsó el timbre.

No sonó. Volvió a intentarlo.

—Probablemente el timbre estará roto como todo lo demás —rió Bob.

—No me extrañaría —convino Jupiter.

El macizo jefe del equipo llamó a la puerta con los nudillos. Los muchachos aguardaron. No hubo respuesta. Jupiter golpeó con más fuerza.

—Supongo que no estará en casa, tendremos que volver.

Pete intentaba ver a través de las cortinas de una de las ventanas.

—¡Espera, Primero! Creo haber visto algo que se movía ahí dentro.

—¿Estás seguro, Segundo? —dijo Jupiter atisbando su vez.

El oscuro interior estaba tan abandonado y roto como el exterior y el garaje. Vieron el relleno que se les salía a las butacas y los muelles del sofá. Una mesa larga, varias sillas de madera cubiertas de polvo, alfombras raídas amontonadas en los rincones…, todo estaba roto, torcido o cayéndose en aquella penumbra.

—Mirad hacia el fondo —les aconsejó Pete.

A través de las sucias ventanas y las cortinas les pareció ver a alguien, o algo, que se movía en la habitación de atrás. Quien fuera —o lo que fuese— se movía de un modo muy peculiar. Agitaba los brazos y luego se quedaba inmóvil mirando hacia un lado. Luego, se acurrucaba y miraba, y después se inclinaba hacia adelante como si fuera a saltar. Sus movimientos eran afectados… como los de los actores en el celuloide rancio.

—¿Qué-qué es eso? —tartamudeó Pete—. Acabo de acordarme

que tengo una cita con una hamburguesa.

—¿Es Sam Ragnarson? —susurró Bob.

Pete cubrió sus ojos de nuevo para evitar los reflejos del cristal.

—Sea lo que sea, lleva puesto una especie de uniforme.

—En realidad —observó Jupiter sin dejar de mirar al interior— no sabes qué aspecto tiene Sam Ragnarson. La única vez que le vimos iba disfrazado de vikingo.

—Ese no es un vikingo —declaró Pete.

—La cuestión es, ¿por qué no acude a la puerta? —dijo Jupiter.

—Tal vez no nos oye —sugirió Bob—. Está demasiado absorto en lo que hace ahí detrás.

—Quizá no quiere oírnos —objetó Pete—. Tal vez no quiera abrir la puerta. Puede que no esté en sus cabales.

—Quieres decir —Bob tragó saliva— que alguien puede estar volviéndose loco ahí dentro…

Jupiter habló con naturalidad.

—Sugiero que vayamos a la parte de atrás y averigüemos lo que hay en la habitación posterior.

Las ventanas de la parte de atrás estaban todas tapadas con tablas. No había manera de ver el interior.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Pete.

—Bien —Jupiter miró las ventanas con las maderas y la puerta posterior—. No tenemos otra salida que llamar a la puerta de atrás todo lo fuerte que podamos para ver si por fin responde.

Pete tragó saliva.

—¿Estás seguro de que queremos que abra?

—Estoy seguro —replicó el jefe del trío con firmeza—. Debemos asegurarnos de que no le ha ocurrido nada a Sam Ragnarson y averiguar dónde está.

Contra su voluntad, Pete empezó a aporrear la puerta con los otros dos. Nadie contestó.

Jupiter gritó:

—¿Está ahí Sam Ragnarson?

—¡Tenemos que hablarle de nuestras fotografías! —voceó Bob.

—Nosotros… —comenzó Pete.

La puerta posterior se abrió con un crujido y el hombre quedó enmarcado en ella mirándoles.

—¡Basta de timbres, golpes y gritos o haré que os azoten en el

palo mayor!

Era un hombre delgado con una voz aguda y chirriante, y un bigote blanco muy poblado. Sus ojos azul pálido les miraron bajo la visera de una gorra de marino con un galón dorado. Vestía un chaquetón azul marino muy ceñido, que le llegaba hasta las rodillas, con un cuello alto y tieso, y botones de latón relucientes. Pantalones azules estrechos, botas negras con lazos hasta el tobillo y guantes blancos. Sostenía en su mano un telescopio de latón.

—Queremos hablar con el señor Sam Ragnarson —dijo Jupiter en su tono más aristocrático.

—No está aquí.

El hombre dio media vuelta y se metió en la casa.

—¡Queremos saber si tiene otra camioneta blanca! —gritó Bob.

—Una blanca muy destartalada —insistió Pete. El hombre no se molestó en volverse.

—No.

—Es posible, buen hombre, que Sam Ragnarson haya robado unas fotografías muy valiosas. —El robusto jefe del equipo siempre empleaba sus modales más finos cuando un adulto se mostraba arrogante con ellos—. Si lo ha hecho, puede tener serios problemas.

—Debéis tener cuidado de a quién acusáis de un crimen, bucaneros. Sam Ragnarson es un vikingo auténtico. No se le puede molestar con naderías, ¿oís? ¡Y ahora largaos o haré que os pasen por debajo de la quilla!

Dicho esto, el desconocido les cerró la puerta en las narices.

—Está hecho una furia —dijo Pete mientras miraba la puerta cerrada.

—Sí —convino Jupiter—, y me pregunto por qué. Sólo le hicimos unas preguntas rutinarias.

—¿Así que, qué hacemos ahora, Primero? —preguntó Pete—. ¿Esperar a que llegue Sam Ragnarson? Puede que esté en su Peñón y no vuelva hasta dentro de muchas horas.

—Creo que es hora de que realicemos algunas investigaciones sobre los Ragnarson y el Peñón Ragnarson —dijo Jupiter—. Segundo, tú ve a la redacción del periódico local y a la Cámara de Comercio, y averigua todo lo que puedas sobre la familia Ragnarson.

—Yo iré al Museo de Historia e indagaré sobre los Ragnarson y

su Peñón —se ofreció Bob.

—Muy bien, entonces yo iré a la biblioteca —concluyó Jupiter —. Haya o no robado nuestros negativos Sam Ragnarson, lo cierto es que los quería y yo quiero saber por qué.

CAPÍTULO 7
UN FANTASMA VIVIENTE

Pete Crenshaw se frotó el cogote con un gemido al salir del edificio que albergaba al Noticiero de Rocky Beach, un periódico reducido publicado semanalmente. Había pasado toda la tarde en sus oficinas y él aborrecía el trabajar encerrado. Aspiró grandes bocanadas del aire vespertino del océano Pacífico y pedaleó lentamente hasta el Patio Salvaje contento de poder hacer un poco de ejercicio después de tanto leer y hablar con gente.

Tan sólo la bici de Jupe estaba delante de la puerta del taller. Pete gateó por el Túnel Dos hasta su oculto Puesto de Mando.

—¿No ha venido Bob todavía?

—Supongo que en el Museo de Historia habrá encontrado mucho más por leer que nosotros. ¿Qué averiguaste acerca de la familia Ragnarson?

—He descubierto que son muchos —repuso Pete—. George Ragnarson es el propietario de ese gran almacén de ferretería del pueblo, y el señor Karl Ragnarson, naturalmente, es el director de nuestro colegio. El doctor Ragnarson es un dentista del pueblo y el padre de Sam. Hay dos ingenieros que trabajan en Los Ángeles y un contable que lo hace en Ventura. Luego hay un montón que viven repartidos por todo el estado y vienen aquí a pasar una semana para reunirse y celebrar la batalla. He apuntado todas las direcciones de los que viven en Rocky Beach. Todos dicen que los Ragnarson son buena gente y de confianza. Es decir, todos menos Sam.

—¿Qué le pasa a Sam? —preguntó Jupiter al punto.

—Es la oveja negra de la familia. Le expulsaron de la escuela superior y se convirtió en un sinvergüenza Tiene treinta y dos años

y jamás ha tenido un empleo fijo. Sam siempre está ideando algún truco para hacer dinero. Ha estado dos veces en el reformatorio, y una vez casi va a la cárcel por una estafa de esas «hágase-rico-rápidamente». Por lo que dice todo el mundo, es un problema… si no algo peor. Siempre trata de ganar un duro sin dar golpe.

—En la biblioteca no averigüé mucho más de lo que el padre de Bob le contó —resumió Jupiter—. A Knut Ragnarson le fue tan bien vendiendo botas en 1849 que decidió traerse a su familia de Illinois. Tomó pasaje en el *Estrella de Panamá*. Se suponía que llegaría hasta Panamá. Allí los pasajeros cruzarían el istmo, entonces no existía el canal, y cogerían otro barco en el otro lado. Pero su capitán, un hombre llamado Henry Caulter, tenía otros planes. El *Estrella de Panamá* llevaba al Este un cargamento de oro. Habían monedas, pepitas y polvo de oro. Cuando el barco estuvo lejos de Rocky Beach, puso todo el oro en un bote, abrió las escotillas para que el barco se inundara y se hundiera, y huyó remando con su tripulación.

—¡Cielos, no era más que un ladrón y un asesino! ¿Cómo pensaba salirse, Primero? —preguntó Pete—. Quiero decir, ¿qué pensaba decir que había ocurrido?

—Supongo que su intención era declarar que el barco se hundió y que el oro se fue al fondo con él —replicó Jupiter—. Y casi lo consigue. Los pasajeros dormían y se ahogaron todos aquella noche, excepto Knut Ragnarson. Sobrevivió porque le gustaba dormir en cubierta. Y como Bob nos contó, pudo llegar hasta el Peñón Ragnarson en la tapa de una escotilla.

—Vaya, tuvo mucha suerte —comentó Pete.

Jupiter asintió.

—Tuvo suerte, y luego aún tuvo más. Esa isla no es más que una gran roca, sin árboles, alimentos, ni animales, ni agua, ni nada. De no haber encontrado la canoa chumasa en la que llegó hasta la costa, hubiera muerto en el Peñón. El capitán Coulter se aseguró bien al hundir el *Estrella de Panamá* lejos de las rutas marítimas acostumbradas.

—¿Qué fue del capitán Coulter y sus hombres? —quiso saber Pete.

—Lo ignoro, Segundo. No encontré nada sobre eso en la biblioteca. Pero sí averigüé que, hace treinta años, el nieto del viejo

Knut, que vive en el Norte, redescubrió la roca y decidió celebrar la buena fortuna de su abuelo con una reunión familiar y un simulacro de batalla cada cinco años. La canoa chumasa le dio la idea de la «lucha» entre indios y vikingos para reclamar el Peñón. En realidad los chumasa nunca guerrearon. A los Ragnarson les encantó la idea y lo vienen haciendo desde entonces.

La voz les sobresaltó.

—Vaya, ¡estoy hecho polvo!

Al volverse vieron a Bob que riendo subía por la trampa del Túnel Dos. Estaban tan enfrascados en la historia del *Estrella de Panamá* que no habían oído al responsable de los Informes e Investigaciones abrir la puerta de la trampilla.

—¡Cielo Santo, Archivos! —exclamó Pete una vez recuperado el aliento—. ¡No hagas esas cosas!

Bob acabó de subir y cerró la trampa.

—¿Has averiguado qué fue del capitán Coulter? —le preguntó Jupe.

—No —replicó Bob—. ¡Nadie le volvió a ver jamás, ni a él, ni a su tripulación, ni a su oro! Se esfumaron.

Bob les contó todo lo que había descubierto en el Museo Histórico. Que era esencialmente lo que Jupiter encontró en la biblioteca.

—Cuando Knut Ragnarson llegó a tierra —continuó Bob—, no había rastro del capitán ni del oro. Nadie le había visto llegar a la costa ni a él ni a su tripulación. Decidieron que habría esperado en el mar hasta ser recogido por otro barco. Imaginaron que pudo haberlo esperado en la pequeña isla y por eso la llaman también el Peñón de los Náufragos.

Jupiter escuchaba atentamente.

—¿Quieres decir que es posible que el capitán Coulter y Knut Ragnarson estuvieran en la isla al mismo tiempo?

—Eso es lo que pensó alguna gente entonces —dijo Bob.

—Entonces es posible que, si uno de ellos tuviera algún secreto, el otro lo descubriera —concluyó el Primer Investigador—. Buen trabajo, Archivos. ¿Sabes alguna cosa más?

—Pues sí. —Bob desdobló una hoja de papel tras sacarla de su bolsillo—. Descubrí también algo más. Me dejaron sacar una fotocopia.

Y les mostró una gran fotografía muy antigua de un hombre alto y erguido.

—Se llama daguerrotipo. Tienes que permanecer completamente inmóvil mucho rato mientras lo sacan.

Pero los otros dos no le escuchaban. Miraban como hipnotizados la fotocopia de la fotografía. Y al hombre alto, delgado con una casaca azul marino hasta la rodilla, de cuello alto y botones dorados. Tenía un bigote blanco retorcido y unos ojos azules bajo la visera de la gorra de marino con un galón dorado. Sus pantalones eran estrechos y calzaba botas con lazos. Guantes blancos. Y un telescopio de latón.

—Éste es el hombre que vimos… —comenzó a decir Pete.

—¡En casa de Sam Ragnarson! —concluyó Jupiter.

—¡Y es el capitán Henry Coulter del *Estrella de Panamá*! —añadió Bob.

—¿El-el capitán del-del *Estrella de Panamá*? —tartamudeó Pete. Jupiter miró a Bob.

—¿Estás seguro, Archivos? ¿De dónde es esa foto?

—De un libro que trata de los delitos sin resolver cometidos en California. En él aparece toda la historia del *Estrella de Panamá*. Ahí es donde averigüé que nadie volvió a ver jamás al capitán Coulter ni a su tripulación.

—¡Pero eso sucedió hace más de cien años! —dijo Pete con un hilo de voz—. El capitán tendría ahora por lo menos…

—Eso sucedió hace ciento cincuenta años, Segundo —calculó Jupiter—, así que el capitán Coulter tendría alrededor de los ciento ochenta. Los capitanes de barco no tenían menos de treinta años en aquellos tiempos.

—Entonces —dijo Pete—, ¡el que vimos no puede ser el capitán Coulter!

—Vivo, no —repuso Bob. Pete lanzó un gemido.

—No quiero oír el resto.

—Desde luego, vivo no —convino Jupiter pensativo—. Por consiguiente podemos sacar tres deducciones posibles: vimos a alguien que casualmente se parecía a ese retrato; a alguien que por alguna razón representa al capitán Coulter; o a un fantasma.

—¡Dije que no quería oír el resto! —repitió Pete.

Los otros dos hicieron caso omiso del nerviosismo del Segundo

Investigador.

—No puede ser alguien que se parezca a la fotografía por casualidad, Jupe —decidió Bob—. Nadie se viste así hoy en día. Además, era exactamente igual al retrato. Es demasiada coincidencia.

—Entonces iba caracterizado como el capitán —dijo Jupiter.

—O era un fantasma auténtico —añadió Bob, también preocupado.

—Tal vez Bob fotografió al fantasma —sugirió Pete— y por eso Sam Ragnarson quiere nuestros negativos. ¡El fantasma le capturó en el Peñón y ahora actúa bajo un encantamiento diabólico!

—Oh, vamos —exclamó Jupiter con impaciencia—. Los fantasmas no pueden retratarse. Y además, ni siquiera existen, de modo que debe ser alguien caracterizado como el capitán.

—Quizá no pueda retratarse a los fantasmas —murmuró Pete para sí—, pero son reales, aunque invisibles para nosotros.

—¿Por qué alguien iba a querer representar el papel del capitán del *Estrella de Panamá*, Jupe? —se preguntó Bob. Jupiter meneó la cabeza.

—No lo sé, Archivos. Pero, como tú bien dices, no puede ser una coincidencia.

—Puede que Sam Ragnarson no robase los negativos —dijo Bob —. Tal vez haya sido el hombre disfrazado de capitán Coulter.

—Pudo haber sido el mismo Sam disfrazado de capitán —indicó Jupiter—. Pero aún no sabemos lo suficiente para dar las respuestas acertadas. Debemos seguir investigando sobre Sam y los otros Ragnarson.

—¿Cómo, Jupe? —preguntó Bob.

—Mañana interrogaremos a los Ragnarson.

—¿Crees que traman algo entre todos, Jupe? —exclamó Bob.

—Todo lo que sabemos, Archivos, es que ese Sam nos amenazó por causa de las fotos, dos personas robaron nuestros negativos, y alguien intenta hacerse pasar por el capitán del *Estrella de Panamá*. No sé por qué, pero se me ocurre una cosa… tú dices que ni el capitán, ni su tripulación, ni el oro fueron encontrados jamás. ¡Quizás el oro del *Estrella de Panamá* sigue aún en el Peñón!

CAPÍTULO 8
ENTREVISTAS PENOSAS

Al día siguiente Bob se despertó tarde. Estaba más cansado de lo que imaginaba después de la persecución de un lado a otro de Rocky Beach. Cuando bajó a la cocina encontró una nota en el frigorífico.

> *¡Buenos días, perezoso!*
>
> *Ayer estuve hasta muy tarde en un incendio forestal que se declaró en las colinas y hoy tengo que salir temprano. Siento no haberte visto anoche. Cuando llegué, ya estabas acostado. Y no pude volver al periódico para recoger los duplicados de las fotos para vosotros, pero te prometo que las traeré esta noche.*
>
> *Con cariño,*
>
> *Papá*
>
> *PD. Mamá está en el supermercado. Me pide que te recuerde que hay que ir a la lavandería, regar el césped, etcétera…*

Bob puso los ojos en blanco. Dejó la nota, preparó su desayuno y luego fue realizando sus tareas una por una. No llegó a la chatarrería hasta las doce. Pete estaba sentado en la entrada del taller con aire aburrido.

—Hans ha tenido que ir al dentista, de modo que tío Titus necesita a Jupiter para que ayude a Conrad en el camión.

Hans y Conrad eran dos hermanos bávaros que ayudaban al tío de Jupe en la chatarrería.

—Podríamos empezar sin Jupe —consideró Bob.

—Ni siquiera sé lo que hay que preguntar —dijo Pete.

—Tal vez simplemente quiénes o qué hay en ese Peñón…

Pete frunció el entrecejo.

—Me parece oír una voz que dice que no sería correcto. Será mejor que esperemos a Jupe.

Efectuaron algunas chapuzas en el taller y en el interior del Puesto de Mando. Luego se tumbaron en su recóndita oficina con los ojos puestos en el reloj de la pared. Bob reparó en el montón de ejemplares del diario de la mañana que habían guardado porque publicaba la historia con sus nombres.

—Cielos —exclamó Bob—. Había olvidado por completo al señor Manning. Me pregunto si le habrán encontrado ya.

Pete meneó la cabeza.

—Mi padre dice que en ese lugar no tiene muchas posibilidades quien no sepa nadar.

Bob cogió el teléfono.

—Voy a llamar al comisario Reynolds para averiguarlo. Tal vez William Manning esté ya en su casa sano y salvo.

Tuvo que esperar a que el comisario Reynolds terminara de hablar por otra línea antes de oír la voz del policía.

—No, Bob, me temo que no hay muchas esperanzas. La Guardia Costera ha abandonado la búsqueda.

—Cielos, qué pena —dijo Bob con tristeza.

Pete había estado jugueteando con el periscopio mientras Bob hablaba por teléfono. Era un fragmento de tubería de estufa forrado de espejos, que podía elevarse a través del techo del Puesto de Mando y dominar el patio y sus alrededores.

Pete se enderezó con un sobresalto.

—Jupe ya ha vuelto con el camión. —Pete bajó el periscopio y los dos muchachos salieron al patio como una exhalación.

—¡Ayudadme a descargar! —jadeó el Primer Investigador.

Bob y Pete arrimaron el hombro y el camión quedó descargado en un abrir y cerrar de ojos. Tío Titus quedó atónito ante la rapidez con que sus tesoros salían del camión. Tío Titus recolectaba chatarra insólita y la de este viaje no era una excepción. Los muchachos bajaron ochenta y seis patas de piano, piezas de vías de «montañas rusas» arruinadas, treinta y una cabezas de maniquíes para pelucas, y nueve jaulas de hamsters.

Después de una pausa breve para tomar unas hamburguesas, Pete les condujo a la Casa Central y Almacén de George Ragnarson en el pueblo. Era un establecimiento enorme que ocupaba una manzana entera y tenía la misma relación con un almacén corriente de ferretería que la chatarrería de los Jones con las demás chatarrerías. George Ragnarson se encontraba en el almacén comprobando las existencias. Un hombre bajito, rechoncho y activo que no cesó de trabajar mientras hablaba.

—Bien, ¿en qué puedo serviros, muchachos?

Jupiter tomó la iniciativa.

—Nos interesa la historia del Peñón Ragnarson, señor. Estamos haciendo un trabajo histórico para el colegio y le agradeceríamos muchísimo que nos contara todo lo que ha descubierto usted allí recientemente.

—¿Descubierto? —George Ragnarson fue anotando las existencia en su bloc—. No hemos descubierto nada que yo sepa, excepto que nos hacemos viejos. Achaques y dolores después de toda esa comedia. Sin embargo, ahora quisiera estar allí con ellos. Pero el negocio es el negocio.

—Hemos oído decir que tal vez encontró usted alguna prueba de lo que le ocurrió al capitán Coulter —continuó Jupiter haciéndose el inocente.

—¿Quién? —George Ragnarson miró sus estantes y luego escribió en su bloc.

—El capitán del *Estrella de Panamá,* señor —dijo Bob.

—Ah, el barco en el que iba el viejo Knut. No, no sé nada de él.

—Quizá su sobrino Sam sepa algo —intervino Pete.

George Ragnarson dejó de escribir y se volvió hacia los muchachos con el ceño fruncido.

—Ese marginado no es sobrino mío. ¡Lamento decir que es mi primo y, si vosotros tenéis algo que ver con él, ni siquiera me interesa hablar con vosotros!

—No, señor —se apresuró a decir Jupiter—. Apenas le conocemos. Simplemente oímos decir que se ha estado comportando de un modo extraño en estos últimos tiempos. ¿Tiene algún problema que usted sepa?

—Problema es el nombre, apellido y apodo de Sam. ¿Cuándo no tiene problemas ese arrogante gorrón?

—Nosotros pensamos que podía tratarse de algo más concreto, señor. Quizá relacionado con la reunión.

George Ragnarson soltó un gruñido.

—Me sorprende que haya venido con vosotros. ¿Sabéis que trabajó para mí un verano y tuvo la cara de decir a todo el mundo que yo era un tacaño? ¡Yo! ¡Después de que le pagué y él se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo aquí en el almacén!

—¿Entonces no ha actuado de un modo extraño últimamente? —dijo Pete.

—¿No tiene ningún problema? —quiso saber Bob.

—Ha sido extraño toda la vida, y siempre tiene problemas —replicó George Ragnarson, pero añadió—: aunque ignoro en qué lío anda metido ahora.

Dieron las gracias al propietario del almacén y le dejaron refunfuñando entre dientes de Sam Ragnarson. Una vez en el exterior, Pete les condujo a la oficina del doctor Ragnarson, el padre de Sam. La clínica del doctor Ragnarson estaba situada en un edificio nuevo de tres plantas de ladrillos amarillos en una calle secundaria, arbolada y recoleta.

La recepcionista les saludó con una sonrisa.

—Bueno, los tres no podéis tener dolor de muelas. ¿Cuál de vosotros es?

—¡Yo no! —exclamó Pete.

—Ninguno de nosotros viene como paciente —le dijo Bob.

—Nos gustaría hablar con el doctor acerca de su hijo —explicó Jupiter—. Si puede concedernos unos minutos.

—¿De qué hijo se trata, muchachos?

—De Sam —replicó Pete.

Ella suspiró.

—Me lo temía. Por lo general siempre es Sam. Aguardad un momento.

La recepcionista pulsó varios botones, cogió el teléfono y habló por él. Momentos después un hombre alto y rubio con una corta bata blanca salió de las dependencias interiores. No parecía muy contento.

—¿Qué ha hecho ahora, muchachos?

Tenía el rostro curtido por el viento y sus cabellos rubios ligeramente largos le daban el aspecto de un auténtico navegante

vikingo.

—No sabemos que haya hecho nada, doctor Ragnarson —dijo Jupiter con aire solemne—. ¿Podría concedernos unos minutos para hacerle unas preguntas?

—¿No os conozco, muchachos? —Les miró a cada uno detenidamente con expresión intrigada. Luego su rostro se iluminó y chasqueó los dedos—. ¡Claro! ¡Vosotros sois los que nos hicisteis fotografías en el Peñón! ¿Qué tal salieron?

—Bastante bien —dijo Pete—. Es una de las cosas de las que queríamos hablarle.

—De acuerdo, adelante.

Les condujo a la típica clínica dental con el sillón reclinable para el paciente y el instrumental cromado. En el sillón había otro hombre rubio con un lienzo blanco que protegía sus ropas.

—Éste es mi hermano Karl, muchachos. Sabe tanto de Sam como yo, ¿no es cierto, Karl?

Los tres muchachos saludaron con una inclinación de cabeza al director de la escuela superior.

—Ya conocemos al señor Karl —dijo Bob—. Vamos a su escuela.

—También lo hizo Sam —declaró el señor Karl. Se llevó la mano a la mandíbula—. ¿Vamos a estar todo el día con esta muela, Ingmar? Me gustaría ir a comer al Peñón.

—Estos muchachos quieren hacemos algunas preguntas respecto a Sam —dijo el doctor Ragnarson—. Pero podemos hablar mientras trabajo, ¿eh? —El dentista se inclinó sobre el señor Karl y comenzó a hurgar en su boca—. ¿Por qué os interesa Sam, muchachos?

Jupiter le contó la historia de que debían realizar un trabajo sobre la familia Ragnarson y que habían oído que Sam se comportaba de un modo extraño últimamente y podía encontrarse en algún aprieto.

—Sam siempre hace cosas raras —observó el doctor Ragnarson —, pero hace años que no tiene problemas serios. ¿Verdad, Karl?

—Garrrggg-ruggg —fue lo que consiguió emitir puesto que tenía las manos, el espejo y la herramienta metálica dentro de su boca.

—Oh. Lo siento, Karl —dijo el dentista. El señor Karl miró a su hermano.

—No, desde la última vez que estuvo en el reformatorio. Es un poco granuja, pero por lo general se hace más daño a sí mismo que

a los demás.

—Sam es lo que llamamos un inconformista —continuó el doctor Ragnarson mientras sacaba una gran jeringuilla de Novocaína—, pero en realidad no es malo, ¿verdad, Karl?

—En eso puedo tener una opinión distinta. —El director del colegio miró con recelo la larga aguja de la jeringuilla—. Pero estoy de acuerdo en que probablemente sus ladridos son mucho peores que su mordedura.

—El señor George Ragnarson nos dio de él una opinión muy distinta —intervino Pete.

El doctor Ragnarson meneó la cabeza.

—George nunca perdonará a Sam por perseguir a su hijo y obligarle a subir a un árbol cuando ambos tenían diez años. Y, en cuanto a la historia de cuando trabajó para él, que estoy seguro os habrá contado, con el mísero salario que paga ese tacaño primo mío, yo también habría dormido todo lo posible.

Y, como para dar énfasis a sus palabras, de pronto el doctor inyectó la agua hipodérmica en la encía del señor Karl y presionó el émbolo.

—¡Aaaaaahhhhh! —gritó el señor Karl agarrándose con fuerza a los brazos del sillón. Luego añadió tembloroso—: George no es famoso precisamente por su generosidad.

—¿Por qué no están ustedes allí ahora? —preguntó Jupiter.

—Por una emergencia. Mientras estábamos allí, a Karl le dio un dolor de muelas.

Se oyeron voces en la sala de espera. Alguien discutía con la recepcionista. El señor Karl escuchó el ruido unos instantes y luego miró a los muchachos.

—¿Tenéis en mente algo concreto, muchachos? —preguntó el director del colegio con voz pastosa puesto que la Novocaína comenzaba a entumecer su boca.

—Oímos decir que en el Peñón estaban ocurriendo cosas extrañas —dijo Bob al azar.

—¿Dónde dia…? —comenzó el doctor Ragnarson. El joven de aspecto taciturno que irrumpió en la estancia era delgado y no mucho más alto que Pete. Llevaba unos tejanos raídos y una camiseta sucia. Iba descalzo y necesitaba un buen afeitado.

—Papá… —Al ver a los Tres Investigadores se detuvo con la

boca abierta—. ¿Qué hacen aquí? Apuesto a que acusaciones absurdas. Yo sólo quería comprar sus fotos. Si te han dicho otra cosa, mienten.

—¿Fotos? —repitió el doctor Ragnarson—. ¿Por qué quieres comprar sus fotografías, Sam?

El joven enrojeció.

—Yo-yo quería dar una sorpresa a todos, regalárselas como recuerdo.

Sin su disfraz de vikingo, su casco atado y la barba postiza, Sam Ragnarson parecía más joven y mucho más pequeño.

—¿Po qué iba a mentí lo muchacho, Zam? —farfulló el director de la escuela.

—¡Para decir que yo fui brusco con ellos y que les perseguía! —exclamó Sam—. No les hice nada, tío Karl. Yo sólo quería comprar las fotos para regalarlas a los demás. —Sonrió a su tío con zalamería.

—Si no hiciste nada —le indicó el doctor Ragnarson—, ¿cómo sabes que te acusan de algo?

Sam volvió a enrojecer.

—Yo… bueno… adivino lo que dirán unos chicos como ellos.

El doctor Ragnarson suspiró.

—Nunca supiste mentir, Sam. Ocurre que estos muchachos no han dicho nada contra ti. Me temo que tú mismo te has condenado con tus protestas.

Sam Ragnarson miró a los tres muchachos.

—Lez debez una dizculpa a loz mu… —intentó decir, heroicamente el señor Karl a través de sus labios dormidos.

El doctor Ragnarson sonrió y preparó el torno.

—Será mejor que no hables, Karl. Abre la boca que vamos a trabajar.

—No es necesario que se disculpe, señor —dijo Jupiter muy serio—. Y es posible que sea algo peor que un mentiroso. Ayer robaron nuestras fotografías dos hombres que iban en una vieja camioneta blanca. Echaron a Bob fuera de la calzada y le arrebataron los negativos.

—¡Yo no he robado nada! —replicó Sam Ragnarson furioso.

—¡Eras el único que deseaba las fotos! —dijo Bob.

—Y le corría mucha prisa —añadió Jupiter. Sam volvió a

enfurecerse.

—¡Sois unos mentirosos!

El doctor Ragnarson miró preocupado a los muchachos, y el señor Karl al torno que el dentista sostenía en su mano.

El dentista se encaró con su hijo.

—¿Estás seguro, Sam? Parece que tú querías esas fotos.

—¡Ni siquiera sé dónde viven!

Pete dijo:

—Pudo habernos seguido hasta casa esa noche.

—Yo le dije que las fotos eran para el periódico de mi padre —intervino Bob—. Y oyó su nombre. Pudo averiguar fácilmente dónde vivimos. Los ladrones esperaban delante de mi casa ayer por la mañana.

El doctor Ragnarson pareció aún más preocupado. El señor Karl se fue escurriendo cada vez más en el sillón con los ojos fijos en el torno.

—Yo no robé nada —repitió Sam—. ¿Cuándo os las robaron?

Los muchachos se lo dijeron y Sam se echó a reír con aspecto triunfante.

El doctor Ragnarson asintió.

—¡Entonces yo estaba en el Peñón! ¡Díselo, papá!

—Ayer Sam estuvo con nosotros en el Peñón, muchachos. Nos reunimos allí a eso de las once de la mañana.

—¡Puede que lo hicieran un par de amigos suyos! —insistió Pete.

—Vamos, muchachos, eso es ir demasiado lejos —objetó el dentista con el torno cerca de la boca del señor Karl.

—Zam parece inocente, muchachos —consiguió decir Karl desde el sillón—. ¿Vaz a acabar de arreglarme la muela o no?

—Tiene razón, señor —dijo Jupiter tranquilamente con su rostro redondo carente de expresión—. Lamentamos haber interrumpido su trabajo. Vamos, amigos, tendremos que buscar al ladrón en otra parte.

El doctor Ragnarson conectó el torno.

Jupiter empujó a Bob y a Pete delante de él para salir del consultorio. Una vez en el exterior Bob se volvió al macizo jefe del terceto.

—¿Por qué te has dado por vencido tan pronto, Jupe?

—¿Tú crees que él no robó las fotos, Primero? —dijo Pete.

—Es posible, Segundo —admitió Jupiter—, pero aún no estoy convencido. Lo que debemos averiguar es por qué Sam tiene tanto interés por esas fotos. Si Sam robó los negativos tiene que haber algo en ellos que él no desea que vea nadie más.

El Primer Investigador consultó su reloj.

—Son más de las cuatro. Propongo que vayamos a casa de Bob… Ahora su padre ya nos habrá traído nuestros duplicados.

Pete montó en su bici.

—¡Adelante, entonces! Cuanto antes agarremos a Sam Ragnarson, mejor.

Los tres amigos pedalearon en sus bicis por la tranquila calle en dirección a la casa de Bob. Pete delante, Jupiter detrás de él, y Bob cerrando la marcha. Siguieron pedaleando con firmeza por las calles del pueblo.

—¡Mirad eso! —gritó Bob.

Miraron hacia atrás. Sam Ragnarson acababa de aparecer en el cruce más próximo montado en su motocicleta. Les miraba furioso.

—¡Ya os enseñaré a meteros conmigo, pillastres! —les amenazó.

CAPÍTULO 9
LOS ENMASCARADOS

Los tres amigos pedalearon lo más aprisa que pudieron, pero la moto rugía tras ellos, les cortó el paso y lanzó a Bob y su bicicleta sobre el césped.

—¡Otra vez, no! —gimió Bob.

—¡Uno! —gritó Sam Ragnarson con el ceño fruncido.

Adelantó a Jupe y Pete y giró la moto en redondo para volver hacia los dos muchachos. Jupiter se apresuró a abandonar la calzada y se metió por una senda tortuosa entre eucaliptos muy altos para caer finalmente sobre un montón de hojas polvorientas.

—¡Dos! —exclamó Sam satisfecho.

Furioso, Pete detuvo su bici y se volvió para hacer frente a Sam mientras éste daba vuelta a la moto para retroceder una vez más. El Segundo Investigador cogió una rama de eucalipto que estaba en el suelo y aguardó detrás de su bicicleta a que Sam atacara. En el otro extremo de la manzana, el joven furioso vacilaba ante el grosor de la rama y la expresión resuelta de Pete.

—¿Qué te crees que vas a hacer con eso? —le gritó Sam desde lejos.

—Lo que pueda —replicó Pete.

Sam se echó a reír.

—Bueno, dos de tres no está mal. De ahora en adelante quedaros en vuestras casitas a jugar con vuestros juguetes, ¿entendido? O podéis meteros en un buen lío.

Con esta amenaza final, Sam dio media vuelta en su moto y salió disparado en dirección contraria. Pete dejó caer la rama para correr hacia sus compañeros. Bob cojeaba por el césped y Jupiter se

sacudía el polvo y las hojas de su persona y su maltrecha bicicleta.

—Has sido muy osado, Segundo —Jupiter estornudó debido al polvo y al fuerte olor medicinal de las hojas de eucalipto.

—Me ha puesto furioso —repuso Pete—. ¿Estáis bien, camaradas?

—Mi rueda delantera está algo torcida, pero puedo montar y ya la arreglaré en casa —dijo Bob—. Esta no es mi semana para montar en bici.

—Yo oleré a eucalipto una temporadita —observó Jupiter—, pero aparte de esto, creo que estoy ileso. Sugiero que continuemos hasta la casa de Bob y… ¡ooohhh!

¡El rechoncho Primer Investigador volvió a caer de bruces sobre el montón de hojas de eucalipto! Algo le había golpeado por detrás.

—¡Abajo! —gritó Pete a Bob y ambos se echaron al suelo.

—¡Es Sam otra vez! —exclamó Bob.

Jupiter luchó por ponerse en pie jadeante y resbalando sobre las hojas llenas de polvo. En cierto modo parecía una ballena encallada. Pete no pudo evitar el sonreír mientras levantaba la cabeza para mirar a un lado y a otro de la calle y ver a su atacante. Luego se puso en pie con expresión de disgusto.



—¡Era el repartidor de periódicos!

Todos vieron cómo se alejaba calle arriba con una sonrisa de disculpa.

Bob echó a correr.

—¡Es el periódico de mi padre! ¡Veamos si han publicado las fotos!

Cogió el periódico doblado, y tras abrirlo rápidamente lo extendió en el suelo. Jupiter y Pete le rodearon.

—¡Aquí está! —exclamó Bob.

Se inclinaron sobre el artículo de la reunión de los Ragnarson en el Peñón de los Náufragos. Haciendo caso omiso de la historia ahora ya familiar, los niños estudiaron las seis fotos que ilustraban el trabajo.

Examinaron las fotos de los falsos vikingos y los indios chumasa como si fueran ellos los que buscasen oro. Al fin Bob meneó la cabeza.

—No veo nada que pueda preocupar a Sam. Aquí sólo está toda la banda riendo y corriendo como locos.

—Nada —convino Pete—. A menos que le preocupen las gaviotas y esa foca gorda que aparece a la izquierda. Yo no recuerdo haber visto ninguna.

—La cámara a menudo capta objetos que en el momento pasan desapercibidos. Estamos tan absortos en algo en particular que no vemos lo que hay alrededor, pero la cámara sí —exclamó Jupiter pomposamente. Luego terminó con más humildad—: Pero yo tampoco veo nada. Sólo a los Ragnarson, el Peñón y mucho cielo y mar.

—Bueno —dijo Bob con decisión—. En el artículo aparecen únicamente seis fotos. Yo hice cuarenta y ocho, de manera que quizá Sam Ragnarson va detrás de alguna de las otras. Vamos a mi casa y revisémoslas todas cuando llegue mi padre.

Con la rueda delantera de Bob descentrada, y Jupiter sin parar de estornudar a causa del polvo y el olor a eucalipto que despedían sus ropas, el viaje hasta la casa de Bob fue lento. Miraron en todas direcciones por si veían a Sam Ragnarson, pero el airado joven no volvió a aparecer. Por fin llegaron a la casa de Bob.

Al entrar en ella, una potente voz gritó desde el centro de la calle:

—¿Qué es lo que están haciendo? ¡Apártense de mí!

—¡Es mi padre! —exclamó Bob.

Calle arriba, ante la avenida que llevaba a la casa de Bob, el señor Andrews estaba apoyado contra su automóvil ante el acoso de dos hombres enmascarados. Tenía en la mano un sobre grande de color amarillo y negro en el que se leía: fotos.

—¡Vamos! —exclamó Pete—. ¡Otra vez quieren robar las fotos!

El Segundo Investigador dejó la bici en el suelo y corrió hacia el señor Andrews y sus dos atacantes enmascarados. Bob se acercó también y Jupiter jadeaba en la retaguardia, mientras subían por la calle arbolada. Uno de los enmascarados les oyó llegar y miró rápidamente por encima de su hombro.

—¡Socorro! —gritó Pete mientras corría—. ¡Gritad socorro todos! ¡Socorro, camaradas!

—¡Socorro! —gritó Bob.

Al oír a los muchachos, el señor Andrews dejó de resistirse unos instantes. Uno de los hombres enmascarados le arrebató de las manos el sobre con las fotos, y ambos corrieron calle abajo hacia una destartalada camioneta blanca que aguardaba con el motor en marcha. Pete estaba tan cerca de ella como los atacantes. Corrió en diagonal y se abalanzó sobre el hombre que llevaba el sobre. Bob, que iba detrás del Segundo Investigador, cayó sobre ellos.

—¡Socorro! —gritaba Jupiter.

Puertas y ventanas se abrieron por toda la calle antes tranquila, y los vecinos comenzaron a salir. El enmascarado se zafó de Pete y Bob para meterse de un salto en la camioneta. Antes de que nadie pudiera hacer nada más, el vehículo, con gran chirrido de neumáticos, dobló la esquina y desapareció.

—¡Las fotos! —jadeó Jupiter.

Pete blandió en alto el sobre amarillo y negro triunfalmente.

—¡Esta vez no lo consiguieron!

Bob le dio una palmada en el hombro.

—¡Buen trabajo, Segundo!

—¿Estás bien, papá? —exclamó Bob mientras corría hacia su padre.

—Perfectamente —repuso el señor Andrews—. ¿Pero qué diantres es todo esto?

—Es lo que intentaba contarte ayer —replicó Bob exasperado—.

Van tras esas fotos que yo saqué en el Peñón Ragnarson.

El señor Andrews asintió pesaroso.

—Lamento no haberte creído hasta ahora, Bob.

—Oh, no importa, papá. Cuéntanos lo que ha pasado.

El señor Andrews trató de reconstruir los acontecimientos de la última media hora.

—Vi esa porquería de camioneta al llegar a casa, pero no sospeché nada. Traía los duplicados que os prometí y, al salir del coche con el sobre de las fotos, esos matones me agarraron.

—¿Vio alguien el número de la matrícula? —preguntó el señor Andrews.

—Cielos, no, papá —admitió Bob.

—Estaba cubierta de barro —informó Pete— y no pude verla bien. Pero observé una cosa: uno de esos tipos tenía una sirena tatuada en un brazo.

—Una buena pista, Segundo —le dijo Jupiter.

Los muchachos preguntaron a todos los vecinos si alguno había visto el número de la matrícula o algo especial en los hombres enmascarados. No habían visto nada. Sólo que uno era más alto que el otro, y que vestían tejanos viejos, camisas de cuadros y botas gruesas. Los pasamontañas cubrían sus rostros casi por completo de modo que nadie fue capaz de describirlos.

—Y a mí no me dijeron nada —continuó el señor Andrews—. Se limitaron a saltar de esa camioneta e intentar arrebatarme el sobre. Todo lo que pude ver era que tenían buenos músculos.

Los vecinos se fueron retirando poco a poco y los muchachos recogieron sus bicicletas y siguieron al señor Andrews hasta su casa. La señora Andrews les examinó por si tenían algún rasguño o magulladura, pero no encontró más que un ligero arañazo en el brazo de Pete. Cuando se lo hubo desinfectado, les declaró ilesos.

—Echemos un vistazo a esas copias —les apremió Jupe—, antes de que ocurra nada más.

Bob y Pete abrieron el sobre y esparcieron los cuarenta y ocho duplicados de las fotos por la mesa y las sillas de la sala de estar.

El señor Andrews entró en la estancia.

—Acabo de llamar a la policía y no tardará en venir. A menos que haya algo en ellas que deban ver, recogedlas por favor y buscad otro lugar para trabajar.

—Bien —dijo Jupe—. Las llevaremos al Puesto de Mando.

Los muchachos recogieron las fotos y montaron una vez más en sus bicicletas. Bob había olvidado que tenía la rueda torcida, pero encontró otra de repuesto en el garaje. Mientras la estaba cambiando, Jupiter parecía preocupado.

—¿Qué ocurre, Jupe? —le preguntó Pete.

—Algo no encaja —respondió el jefe del trío—. El único medio de que esos dos hombres enmascarados supieran que no habían conseguido todo lo que nosotros teníamos, al robar los cuarenta y ocho negativos, era haber visto el periódico de la tarde. Pero Sam Ragnarson estuvo con nosotros en la clínica de su padre y luego cuanto intentó asustarnos, de modo que, ¿cómo pudo ver el periódico a tiempo para enviar a sus secuaces aquí antes de que llegásemos nosotros?

—No pudo hacerlo —dijo Bob mientras ajustaba la rueda—. El periódico que vimos era de la primera edición. Hubiera tenido que ponerse en contacto con sus compinches y enviarlos a asaltar a papá después de intentar atropellarnos. Y, desde luego, no hubiera tenido tiempo suficiente.

—¿Y eso que significa, Primero? —preguntó Pete.

—¡Significa que Sam vio el periódico antes que nosotros o que hay alguien más que quiere esas fotos!

—Caramba, Jupe —dijo Bob—. ¿Para qué iba a quererlas nadie? Quiero decir que lo único que fotografié fueron escenas de la reunión en la isla.

—Sí, Archivos, ¿por qué? —Jupiter frunció el entrecejo. Luego su rostro se aclaró y su voz sonó con mayor firmeza—. La respuesta ha de estar en esas fotos. Todo lo que hemos de hacer es descubrirla.

Bob terminó de cambiar la rueda y montó en su bici de un salto.

—¡Entonces vamos a ver las fotos, camaradas!

Pedalearon rápidamente hasta el Patio Salvaje sin más incidentes. Cuando atravesaban la verja para dirigirse a su taller exterior, tía Matilda salió de su despacho y les gritó:

—Eh, pillastrones, aquí hay alguien que quiere hablar con vosotros. ¡Esta vez sí que os habéis metido en un buen lío!

CAPÍTULO 10
PÁNICO EN LA OSCURIDAD

El director de la escuela superior, Karl Ragnarson, salió del despacho detrás de tía Matilda.

—¿Qué es lo que habéis hecho ahora para que vuestro director venga a hablar con vosotros? —preguntó tía Matilda. Su tono era severo, pero había cierto brillo en sus ojos.

—Si no le importa, señora Jones, quisiera hablar con los muchachos en privado —dijo el señor Ragnarson.

—Claro que no me importa —repuso tía Matilda, que sonrió a los muchachos—. Pueden llevarle a ese taller en donde pasan tanto tiempo escondidos. ¡Y no permita que le ablanden con buenas palabras, deles su merecido!

Con una risita, regresó al despacho y cerró la puerta. Los muchachos condujeron a Karl Ragnarson a su taller al aire libre. El director tomó asiento en una antigua silla giratoria y les sonrió. Su sonrisa estaba aún algo torcida debido a su visita al dentista.

—Siento haberos alarmado, muchachos, pero no quiero que nadie sepa por qué estoy aquí, ni siquiera vuestra tía.

—¡Apuesto a que es por Sam, señor Karl! —exclamó Pete.

—Espero que no sea por él —replicó el director de la escuela—. ¡Pero debo confesaros que estoy preocupado después de lo que vosotros nos contasteis, porque han estado ocurriendo cosas extrañas en la isla!

—¿Qué cosas? —preguntó Jupiter con curiosidad.

—Bien, primero se oyeron ruidos extraños estas dos últimas noches, como aullidos de animales y risas locas de las que nadie se confiesa autor. Luego hubieron «fantasmas» y luces extrañas que

nadie sabe de dónde salen.

—¿Qué… qué clase de fantasmas? —preguntó Pete nervioso.

—Uno tiene aspecto de ahogado, todo cubierto de algas, y el otro de viejo capitán de marina con una casaca larga con botones de…

—Larga hasta la rodilla con botones dorados, pantalones ajustados, y una gorra pequeña con un galón dorado —concluyó Jupiter—. Incluso lleva un telescopio de latón, ¿acierto?

—¡Sí, exacto! —El señor Karl miró sorprendido al muchacho—. ¿Pero cómo lo sabes, Jupiter?

—Nosotros también hemos visto a ese fantasma —contestó Jupiter, y le habló al director del hombre que vieran en casa de Sam Ragnarson—. ¿Son esos todos los extraños sucesos, señor?

El director meneó la cabeza.

—Me temo que no. También han desaparecido cosas: una linterna, un cuchillo de caza, algunas mantas, una chaqueta vieja, un fogón de campamento, y bastante cantidad de comida e incluso cerveza. Claro que los ruidos y fantasmas no tienen por qué estar relacionados con esas desapariciones, pero es posible que lo estén.

—Y usted cree que Sam pudo haber robado esas cosas —dijo Bob.

—Robarlas y venderlas. —El señor Karl asintió—. Cuando fuisteis a ver a Ingmar, se me ocurrió que podríais haber fotografiado a Sam robando algo mientras todos estaban ocupados en posar para vuestra cámara.

Jupiter preguntó:

—¿Por qué ha venido a decirnos, esto, señor?

—Esos ruidos extraños y «fantasmas» han estado asustando a los niños e incluso a los adultos. Ahora muchas personas se niegan a pasar la noche en la isla como solían. Están destrozando la diversión de esta semana. De continuar así la reunión ya no volverá a celebrarse. Si es Sam el autor de los robos, quizá vosotros podríais detenerle antes de que siga adelante o cometa alguna tontería importante.

Miró a cada uno de los muchachos por turno con su media sonrisa.

—Y no he creído ni por un momento esa historia de que estáis realizando un trabajo para el periódico del colegio, ¿eh? Sé muy

bien que la señorita Ilanson, vuestra profesora de historia, no os encomienda semejantes deberes durante las vacaciones de verano.

Los tres muchachos se violentaron un poco.

—También he oído hablar de vuestra reputación como los Tres Investigadores —continuó el director—. El comisario Reynolds me ha hablado muy bien de vuestra habilidad para resolver casos que llevaban de cabeza a sus hombres. Comprendí que debéis estar investigando a Sam y por eso vine aquí.

—Eso es cierto, señor —replicó Jupiter—. Aquí tiene nuestra tarjeta. —Y tras sacar una tarjeta impresa del bolsillo de su camisa se la entregó al señor Karl. Decía así:

LOS TRES INVESTIGADORES

"Investigamos Todo"

? ? ?

Primer Investigador	Júpiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

El señor Karl asintió con una sonrisa.

—Me parece que sois exactamente lo que necesito. De hecho, digamos que os contrato para investigar los extraños sucesos del Peñón Ragnarson. Quizá debiera pagaros una pequeña retribución…, para que la cosa fuera oficial —añadió con aire solemne.

—¡Uau! —exclamó Pete—. ¿Se refiere a dinero constante y sonante?

—Gracias, pero no cobramos nada —explicó Jupiter. Pete y Bob le miraron con asombro—. Debido a un desafortunado requerimiento de la ley del Estado respecto a la edad, no podemos ser empleados como investigadores licenciados —admitió—, de

modo que, con sumo gusto, le ofrecemos nuestros servicios gratuitamente. Y ahora sugiero que examinemos las nuevas copias en el taller. Quizás el señor Karl pueda ver algo que a nosotros se nos ha pasado por alto.

El director les ayudó a esparcir los duplicados de las fotos sobre el banco de trabajo de Jupe. Las examinaron de cerca sin encontrar nada que resultara sospechoso.

—¿Cómo podemos asegurar cuál de estos vikingos es Sam? —preguntó Pete intrigado—. Quiero decir que yo todos los veo iguales.

El señor Karl respondió:

—Él es el único cuyo casco lleva protector para la nariz. Mira, ahí está Sam.

Resultó que habían dieciséis fotos en las que aparecía Sam Ragnarson. En la mayoría estaba haciendo el payaso como los demás, peleando con los chumasa sobre el Peñón, o de regreso para comer, haciendo muecas ante la cámara de Bob y, en general, participando del juego de la reunión. Pero dos eran distintas.

—Fueron tomadas una después de otra —recordó Bob.

En las dos instantáneas Sam aparecía solo detrás de los otros que comían en la colina. En la primera foto se hallaba inclinado sobre algo que no pudieron identificar. En la segunda, miraba hacia arriba sobresaltado con la mano extendida ante él como si en ella sostuviera algo.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Bob.

—De una cosa estoy seguro —indicó Pete—: ha visto la cámara de Bob apuntándole.

—Sí —convino Jupiter—, es evidente que en ese momento nos vio tomar la foto. La cuestión es: ¿qué hace agachado detrás de todos los demás?

—¿Acaso escondía algo? —sugirió el señor Karl.

—¿O enterrando lo que había robado? —insinuó Pete.

—¿O recogiendo alguna cosa? —preguntó Bob. Jupiter asintió con la cabeza.

—Cualquiera de estas respuestas es posible. Creo que nuestro próximo paso es ir a la isla. Podemos observar a los «fantasmas» y ruidos, y quizá descubrir por qué desaparecen las cosas, y por qué nuestras fotos son tan importantes para alguien.

—Eso no es problema, Jupiter —repuso el señor Karl—. Todos iremos allí esta noche, menos los que se marcharon por miedo.

—¿Pero no nos verá Sam? —objetó Pete—. Si es él quien causa tantos problemas y nos ve, esta noche no empleará sus trucos.

—Eso puede arreglarse —dijo el señor Karl—. La mayor parte de nuestros disfraces vikingos y chumasa están en la isla y tenemos varios amigos a quienes no conoce todo el mundo. Traeré sus disfraces y diré a todos que sois amigos míos. Podéis cenar con nosotros y pasar la noche allí.

—Entonces arreglado —replicó Jupiter—. Diremos a nuestros padres que pernoctaremos en la isla… Cogeremos nuestros transmisores portátiles, linternas y sacos de dormir y nos reuniremos con usted en el muelle…, digamos… dentro de una hora.

—Yo tendré los disfraces preparados. ¡Disponeros a pasar una noche movidita!

CAPÍTULO 11
UNA SILUETA EN LA NIEBLA

La motora se aproximó a tierra por las oscuras aguas de la pequeña cala. Una hoguera enorme y la luna radiante iluminaban la playa y las rocas. La gente al moverse alrededor del fuego creaba sombras fantásticas que daban la impresión de crecer y danzar en la noche. El reflejo de las llamas llegaba hasta el agua y guió a Karl Ragnarson y a los Tres Investigadores hasta el embarcadero de la ensenada. El director y Pete saltaron a tierra para arrastrar el bote hasta la arena seca.

—¿Eres tú, Karl? —dijo la voz de Ingmar Ragnarson desde la parte alta de la playa donde se celebraba la reunión.

—Sí, Ingmar. Traigo algunos invitados.

—Bien, bien. ¡Siempre hay sitio para más vikingos e indios! —exclamó el dentista vestido de vikingo.

Los tres muchachos y el señor Karl se encaminaron al primer corro iluminado por el fuego. El director del colegio vestía camisa y pantalón de ante, abalorios y la pintura de guerra negra propia de un guerrero chumasa. Bob y Pete llevaban túnicas de piel sintética, cascos y barbas de vikingo. También escudos y armas… Bob, una espada larga de dos filos; Pete, un hacha de guerra. Jupiter cerraba la marcha vistiendo el voluminoso traje y la máscara de madera pintada de un hechicero chumasa. El Primer Investigador no se sentía a gusto con aquel disfraz.

—Me siento —murmuró malhumorado— como una montaña andante.

—No tenían ningún disfraz de vikingo que te fuera bien, Jupe —dijo Pete con una sonrisa—. Tal vez si no comieras tantas galletas

de chocolate…

—Tienes un aspecto imponente, Jupiter —le animó el señor Karl—. El hechicero es el miembro más importante de una expedición chumasa.

—Siempre quisiste ser mago, Primero —añadió Bob disimulando una sonrisa mientras Jupiter iba tras ellos con aire pomposo dentro de aquel atuendo de enormes proporciones y la máscara grotesca.

—La magia que tengo en mente en estos momentos es haceros desaparecer a vosotros dos, comediantes —les amenazó el peso pesado—. Pues tampoco estáis muy monos que digamos con esas pieles comidas por la polilla y esas latas.

Bob y Pete tras mirarse mutuamente se echaron a reír. Los dos Ragnarson rieron también, e incluso Jupiter tuvo que hacerlo detrás de aquella máscara de madera monumental. Llegaron a la hoguera principal donde el doctor Ragnarson les presentó como amigos de Karl llegados para engrosar las filas de los celebrantes. Fueron aplaudidos por las quince personas aproximadamente que rodeaban el fuego y de inmediato les fueron entregados platos de papel con riñones a la parrilla, mazorcas de maíz, judías cocidas y ensalada.

—Buscad a Sam —susurró Bob.

—Y observad cualquier acción sospechosa —añadió Jupiter arreglándoselas como pudo para introducir la carne y las judías a través de la abertura correspondiente a la boca de la máscara de madera.

Sentados en círculo alrededor del fuego observaron tranquilamente a los demás. Con sus trajes de chumasa o vikingo comían lo que habían guisado sobre un montón de brasas junto a la hoguera. Se habían montado hileras de tiendas al borde del acantilado donde terminaba el gran círculo de luz.

—¿Alguien ve a Sam Ragnarson? —susurró Pete.

—Aún no —dijo Bob—, pero sí veo al propietario del almacén de ferretería. George Ragnarson se hallaba sentado al otro extremo del corro ante un gran plato de comida con sus ropas de costumbre.

—Es el único que no lleva disfraz —observó Jupiter.

Todos los presentes comían y charlaban amistosamente contando anécdotas entre risas. Algunos tocaban sus guitarras y acordeones y alguien se puso a cantar. Luego todos le acompañaron… antiguas canciones escandinavas y americanas. Los

niños intervenían cuando conocían la letra, y cuando no, tarareaban con tanta fuerza como los demás.

Mientras participaban de la alegre reunión, Bob susurró de pronto:

—¡Ahí está!

Jupiter, Pete y el señor Karl miraron.

—Sí, es Sam —susurró el director del colegio.

—Me pregunto dónde habrá estado —dijo Jupiter.

—Parece venir del lugar donde están las tiendas —observó Bob.

Con el traje de vikingo que llevaba puesto el día que acosó a los muchachos en el muelle, Sam se había unido al grupo y al parecer cantaba a voz en grito como todos. La música continuó incluso después de que todos terminaran de comer y arrojaran sus platos de papel y cubiertos de plástico en los bidones colocados alrededor de la playa. A medida que la noche refrescaba, comenzó a levantarse una niebla sobre el mar, y la mayoría regresaron al continente, incluyendo a George Ragnarson. Los muchachos siguieron cantando sin apartar los ojos de Sam Ragnarson.

—No hace más que comer y cantar —observó Pete.

—Desde luego come mucho —replicó Bob.

—Puede que os equivoquéis con respecto a Sam, muchachos —dijo el señor Karl—. Quizás el responsable de lo que ocurre sea otra persona, u otra cosa.

—Podría ser otra persona —convino Jupiter—, pero tendría que estar en esta isla.

—¿Qué quiere decir, u otra… cosa, señor Karl? —preguntó Pete.

—Quiero decir —replicó el señor Karl— que los ruidos y «fantasmas» pudieran tener una explicación lógica… efectos de luz y sonido, y la desaparición de objetos serían meras coincidencias…, un montón de cosas que se pierden al mismo tiempo, debido al desorden que hay aquí.

Jupiter meneó la cabeza con máscara incluida.

—Serían demasiadas coincidencias. No, estoy convencido de que se trata de toda una serie de acontecimientos…

—¡Jupe! —Era Pete. El Segundo Investigador miraba fijamente el lugar que ocupara Sam Ragnarson ante el fuego.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Bob.

Ahora quedaban sólo cuatro personas alrededor de la hoguera, y

Sam no era ninguna de ellas. Jupiter se levantó lo más deprisa que se lo permitieron su máscara y su abultado traje de hechicero chumasa.

—Deprisa, camaradas —les apremió con la voz velada por la máscara, que se le había ladeado—. ¡Pero primero, enderezadme esta ridiculez!

Bob y Pete le ajustaron la máscara sin dejar de sonreír. Luego, los tres muchachos abandonaron el corro y se metieron entre los jirones de niebla que flotaban a la luz de la luna. Pasaron muy deprisa por las hileras de tiendas, para salir al paisaje desierto de la isla. Observaron la silueta de una figura vestida de vikingo que se movía muy deprisa entre la niebla que empezaba a espesar.

—Es él —susurró Pete—. Lleva el mismo disfraz de hace dos días.

Confundida entre la niebla, la figura siniestra les condujo hacia el extremo oeste de la isla, donde la propia peña gigantesca se elevaba hacia el cielo bajo la luz de la luna como un enorme animal. En aquel extremo de la isla no había nada más que el gran peñasco cuya base cubrían espesos arbustos.

—¿Adónde irá? —preguntó Bob.

—Sea a donde sea —repuso Jupiter muy serio— va deprisa y directo.

Ellos avanzaron con la misma rapidez y todo lo cerca que se atrevieron, detrás de la figura semioculta por la niebla, preparados para ocultarse en el momento en que se volviera, pero no lo hizo ni una sola vez. Siguió adelante hacia el gran peñasco y…

—¡Ha desaparecido! —exclamó Pete.

¡Ante ellos, en el lugar donde momentos antes corriera Sam Ragnarson con su grueso disfraz de piel y casco gastado, ya no había más que un remolino de niebla!

—¡Se ha esfumado! —exclamó Bob.

—No es posible —declaró Jupiter mirando a su alrededor a través de la niebla flotante iluminada por la Luna en aquella isla sin árboles.

—Entonces, ¿a dónde ha ido, Primero? —quiso saber Pete.

—Seguro que no ha trepado por ese peñasco —observó Bob.

—Puede que lo haya pasado volando —sugirió Pete con sarcasmo.

—La gente no vuela, Segundo, ni se esfuma —insistió Jupiter—. Debe de haber algún lugar por aquí donde se ha escondido, y luego ha debido echar a correr cuando no podíamos verle.

Jupiter se quitó la pesada máscara de madera y se inclinó sobre él suelo caminando en círculo por el lugar donde Sam Ragnarson había desaparecido. Los otros siguieron su ejemplo y examinaron pequeñas zonas a ambos lados de Jupiter. La luz de la Luna iba y venía alternativamente según los jirones de niebla.

Fue Pete quien encontró el retal de piel.

—¿Esto puede ser algo, Primero?

Pete había estado examinando un arbusto espeso de hoja perenne de algo más de un metro de altura. Era uno de los enebros que crecían alrededor de la cara este del peñasco.

Jupiter rebuscó debajo de su disfraz y sacó una linterna diminuta con la que iluminó el arbusto. Encontró varias ramas rotas cerca del jirón de piel, y detrás un espacio entre el arbusto y el peñasco… ¡un espacio que torcía a la izquierda como una especie de túnel natural!

—¡Desde luego parece un trozo de túnica de vikingo! —exclamó Jupiter mientras examinaba la piel de imitación—. Está cosida a un trozo de tela. Yo diría que tiene que ser de una de las túnicas de los vikingos. Y Sam puede haber escapado fácilmente por detrás de estos arbustos.

Con Jupiter a la cabeza, los muchachos avanzaron por el estrecho pasadizo oculto por los espesos arbustos de enebro, bajo la cara más empinada del peñasco. La roca se curvaba hacia el sur. A menos de veinte metros de donde encontraron el jirón de piel, los arbustos terminaban y los muchachos se encontraron de nuevo en la niebla bajo la luz de la luna. El rumor de la rompiente se oía muy cerca.

—Caramba, no estaba muy lejos —comentó Pete.

—Lo suficientemente lejos para llegar corriendo hasta aquí, donde no podíamos verle debido a la curva que describe el peñasco —dijo el Primer Investigador—. Así es cómo se ha esfumado.

—¿Pero a dónde ha ido? —se preguntó Pete mientras miraba a su alrededor.

Se hallaban en un páramo rocoso cubierto de aulagas entre el lado sur del peñasco y los bajos acantilados contra los que se

estrellaba el mar abierto.

El terreno sin vegetación estaba cortado por pequeños barrancos.

—Hay muchas hondonadas y barrancos —observó Bob—. Puede estar escondido en cualquiera.

—¿Pero por qué, Jupe? —repitió Pete intrigado—. No parecía llevar nada que hubiera robado junto al fuego.

—Esa es la cuestión, Segundo —asintió Jupiter—. Y está por aquí. ¿Hasta dónde puede llegar en esta parte de la isla? Debemos dispersarnos y explorar. Utilizad vuestras linternas lo menos posible. No queremos que nos vea.

—Jupe tiene razón —declaró Bob—. Le hemos acorralado.

Se separaron como vieron hacer a los policías en una antigua película de Sherlock Holmes, cuando registran el pantano en busca del perro de los Baskerville. La niebla flotaba sobre la isla, unas veces más espesa, otras menos, oscureciendo de vez en cuando la luz de la luna. Registraron las depresiones y barrancos hasta donde la isla terminaba en una cala oculta en su extremo Oeste, protegida del mar abierto por una lengua de terreno en su parte sur y una estribación del propio peñasco por el norte.

—Le hemos perdido —dijo Pete.

—Desde luego, eso parece —añadió Jupiter contrariado.

Llevó a sus amigos hasta la lengua de terreno, pero allí no había nadie escondido.

—¿Qué hacemos ahora, Primero? —preguntó Bob mientras miraba la cala desierta entre la niebla.

—Regresar al sitio donde Sam Ragnarson desapareció y ver si podemos encontrar alguna otra pista que se nos haya pasado por alto. Y, de no encontrarla —el Primer Investigador prosiguió detrás de su máscara—, volveremos a la hoguera para ver si los Ragnarson han descubierto algo.

Y, tras dirigir una última mirada al paisaje escasamente iluminado, dieron media vuelta para volver sobre sus pasos… y se quedaron de piedra.

¡Abajo en la playa en el extremo de la pequeña cala había una figura acurrucada que iluminaba el mar con una linterna potente!

Conteniendo la respiración, los tres muchachos observaron el haz de luz que iba y venía a través de la niebla como un dedo largo

que buscara algo. Se había levantado una ligera brisa que rasgaba la niebla aunque luego volvía a espesarse. El haz de luz de la linterna continuaba viéndose en el otro extremo de la cala escondida.

—¡Jupiter! —señaló Bob.

En el mar, iluminado por el haz de la poderosa linterna, una nave surcaba las olas en la noche oscura. Como un fantasma, desaparecía bajo la niebla, para volver a aparecer cuando el viento la levantaba. Raídas velas grises llenas de agujeros pendían del único mástil. Sudarios grises cubrían la cubierta como si fuesen musgo. El velero aparecía y desaparecía bajo el haz de luz como una nave fantasma.

—¿Qu-qué es eso? —tartamudeó Bob.

—Es… es… —Jupiter no se pronunciaba.



Y mientras la contemplaban, la nave fantasma con sus velas grises y rasgadas y su cubierta llena de musgo, desapareció ante sus ojos. ¡Estaba allí alzándose pálida sobre una ola, para luego hundirse y desaparecer!

La linterna se apagó.

—Vamos, muchachos… —Pete comenzó a bajar por las rocas en dirección a la arena de la cala.

Un sonido grave como un aullido les llegó a través de la noche. Era una voz amenazadora.

—¡Deteneos, bellacos!

Los tres muchachos, sobresaltados, miraron hacia arriba.

La silueta semioculta por la niebla del capitán Coulter del *Estrella de Panamá* les miraba desde el acantilado que dominaba la cala. Con su casaca larga de botones de latón, su gorra con galón dorado y sus pantalones estrechos, alzó el brazo y señaló con un dedo huesudo.

—¡Ladrones! ¡Invasores! —siseó.

Un machete largo y afilado apareció en su mano huesuda mientras avanzaba hacia ellos entre jirones de niebla.

—¡Corred, camaradas! —gritó Pete.

Ni siquiera Jupiter necesitó una segunda invitación.

CAPÍTULO 12
SAM REAPARECE

Los Tres Investigadores huyeron de la estrecha franja de terreno y rodearon el Peñón a toda velocidad para que su fantasmal perseguidor no les alcanzara. En su loca carrera hacia la seguridad del campamento, al otro extremo de la isla, Pete perdió su casco y Jupiter la máscara. Únicamente Bob conservó su casco de vikingo. Al aproximarse al fuego, el señor Karl y el doctor Ingmar salieron a su encuentro alarmados.

—¡Muchachos! —exclamó el director—. ¿Dónde habéis estado? ¡Os hemos buscado por todas partes!

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el doctor Ragnarson.

—Es… estuvimos… siguiendo… a Sam —dijo Pete jadeante.

—Se escabulló —Jupiter trató de recobrar el aliento—, mientras nadie le miraba… y…

—¡Luego vimos un barco! —exclamó Bob.

—Y un fan-fantasma —tartamudeó Pete.

—Y alguien que hacía señales con una linterna —añadió Jupiter. El señor Karl alzó el brazo.

—Calma, muchachos. Comenzad desde el principio, cuando abandonasteis el campamento.

—Verá, señor —dijo el Primer Investigador que aún respiraba con dificultad—, vimos que Sam había desaparecido del campamento cuando no mirábamos, de modo que fuimos tras él y le vimos dirigirse al otro extremo de la isla donde está el peñasco. —El macizo Primer Investigador relató su aventura en el lado opuesto de la pequeña isla.

—¡Otra vez igual! —exclamó el señor Karl.

—Sí —dijo el doctor Ragnarson—, excepto el barco «fantasma».

—Cierto —añadió el señor Karl—. Probablemente el Holandés Errante.

—¿Qué es el Holandés Errante? —preguntó Pete.

—El Holandés Errante —explicó Jupiter con aire pomposo— es una leyenda, Segundo. Un capitán de barco que había cometido alguna mala acción fue condenado a navegar siempre sin parar ni tocar puerto, hasta que una mujer diera la vida por él. Incluso hicieron una ópera de esta historia.

—Y una película —intervino Bob—. La vi hace mucho tiempo.

Pete tragó saliva.

—¿Queréis decir que es un barco fantasma?

—Karl hablaba en broma, Pete —dijo el doctor Ragnarson—. Y en vez de bromas y leyendas quizá fuese mejor que fuésemos a echar una ojeada a lo que vieron realmente los muchachos, Karl.

—Llevadnos allí, chicos —les pidió el director.

—Segundo, Archivos, vosotros abrid la marcha —dijo Jupiter.

—Claro —repuso Pete nervioso—. ¡Adelante, Archivos!

Bob miró a los otros dos, pero echó a andar con valentía.

La brisa del mar había disipado ya casi toda la niebla, y a la luz de la luna no tardaron en llegar al lugar donde desapareciera Sam Ragnarson, en la base de la roca gigantesca. Bob explicó que habían encontrado un jirón de piel y que siguieron el pasadizo entre los arbustos y la roca, hasta llegar al páramo desierto que había detrás.

—Estábamos seguros de que Sam no había regresado al campamento y por eso seguimos buscando por todos esos pequeños barrancos y hondonadas, pero sin encontrar nada —explicó Jupiter.

—Hasta que vimos la luz de una linterna en la cala y el barco en el mar… —dijo Bob.

—¡Y el fantasma del capitán Coulter prácticamente encima de nosotros! —concluyó Pete con un estremecimiento.

—Está bien, muchachos —les dijo el señor Karl—. Seguid adelante y haced lo que hicisteis antes.

Avanzaron iluminados por la luna. El viento enviaba rociadas de espuma contra los acantilados del sur. Al llegar al promontorio y la pequeña cala escondida, no vieron nada que se moviera. El mar sin niebla estaba despejado ante la cala y no se veía barco alguno.

—Ni una luz siquiera —dijo el doctor Ragnarson haciendo visera

sobre sus ojos para escudriñar el mar—. Ahí no hay ningún barco, muchachos.

Bajaron por las rocas hasta la playa estrecha de la calita. Jupiter miró a su alrededor.

—Estaba aquí mismo —exclamó Jupiter—. Le vimos aquí acurrucado iluminando el mar con una linterna muy potente.

—¡Mirad esto! —gritó Pete.

El Segundo Investigador se agachó para coger una linterna grande de seis pilas.

El señor Karl la examinó.

—Esta es la linterna que desapareció de una de nuestras tiendas. Mirad, tiene grabado el nombre de Marcus Ragnarson.

—¡De modo que alguien la robó! —exclamó Bob.

—Eso parece —dijo Jupiter con solemnidad—; y quien quiera que sea, debe tener algo que ver con la nave que vimos en el mar.

—¿Tú crees que hacía señales, Primero? —preguntó Bob.

—Sí, o guiaba al barco hacia la cala —replicó Jupiter.

—¿Y qué me decís del fantasma del viejo capitán, muchachos? —dijo el doctor Ragnarson.

—Lo vimos ahí arriba en el promontorio cerca de la roca —señaló Bob—. No sabemos si tenía relación con lo que estaba ocurriendo en la playa.

—Bueno, lo cierto es que ese fantasma no quería vernos en esta cala —dijo Pete.

Jupiter asintió.

—Creo que en eso tienes razón, Segundo. Fantasma, o no, el capitán Coulter no quiso que averiguásemos quién era la persona que manejaba la linterna. Puesto que la primera vez que vimos al misterioso capitán fue en casa de Sam Ragnarson, parece existir cierta relación entre él y Sam.

—¿Tú crees que era Sam el que estaba aquí con la linterna, Jupiter? —dijo el señor Karl.

—Es posible, señor.

—Eso significaría que tiene algo que ver con el barco que visteis —añadió el doctor Ragnarson intranquilo—. Lo cual quiere decir que Sam se dedica al contrabando o algo peor.

—Eso me temo, señor —asintió Jupiter.

—¿Alguna sugerencia? —le preguntó el doctor Ragnarson.

Jupiter contempló despacio la diminuta cala iluminada por la luna y luego hacia el promontorio ahora despejado.

—El fantasma nos asustó —dijo el Primer Investigador—, pero creo que nosotros también le asustamos a él. No creo que esta noche suceda nada más. Sugiero que sigamos buscando a Sam, doctor Ragnarson. Quizá pueda contarnos algo más.

Desde los acantilados de la playa sur regresaron lentamente alumbrándose con sus linternas. Pasaron el gran peñón y salieron en el centro de la isla sin encontrar nada, para continuar hasta el extremo este donde estaban unas pocas personas reunidas alrededor del fuego.

—¡Miren! —exclamó Bob.

Sam Ragnarson, todavía vestido de vikingo pero ahora sin casco, se hallaba tranquilamente sentado asando setas en las brasas con otras dos parejas. Al ver a los muchachos sonrió abiertamente y les hizo señas burlescas para que se aproximaran.

Pete y Jupe llevaban la cabeza descubierta por haber perdido el casco y la careta al escapar del fantasma.

—Vaya, si son los Tres Chivatos —dijo Sam con sarcasmo—. Supe que erais vosotros en cuanto os vi bajar de la lancha con tío Karl. Vuestro amigo el gordito es difícil de disfrazar.

Jupiter iba a abrir la boca para replicar cuando Bob preguntó:

—¿Y qué más sabe? ¡Tal vez sabe también quién anda por ahí disfrazado de capitán Coulter del *Estrella de Panamá*!

—¿Capitán de qué? —preguntó el joven.

—¡Ya sabe quién es el capitán Coulter! —insistió Pete—. ¡Le vimos en su casa! ¡Incluso hablamos con él!

Jupiter dijo:

—Indudablemente conoce al capitán y al barco del que escapó su antepasado refugiándose en este Peñón. Por eso se celebra esta reunión.

—No sé de qué estás hablando. Yo vine aquí a tomar unas cervezas con mis primos.

—Sam no ha prestado nunca mucha atención a los libros y a la historia, muchachos —dijo el doctor Ragnarson en tono seco.

—Pero nosotros vimos al capitán en casa de Sam —declaró Bob.

Sam les miró con el ceño fruncido.

—¿Y puede saberse qué hacíais en mi casa?

—Queríamos preguntarle por nuestras fotografías robadas —replicó Jupiter—. Usted era el único que las quería.

—A otro con ese cuento —replicó Sam con un gruñido.

—¿Y qué me dice de un hombre haciendo señales con una linterna hacia el mar en esa calita pequeña del otro extremo de la isla? —preguntó Pete.

—Nunca he estado en esa parte de la isla.

—¿Dónde está su linterna? —preguntó Bob de pronto.

—Aquí. —Sam sacó una linterna grande de debajo de su túnica de piel. Era casi idéntica a la que encontraron en la cala.

—¿Qué sabe de un barco que pasó cerca de la isla hace un rato? —insistió Jupiter.

—Yo no vi ningún barco.

El doctor Ragnarson observó a su hijo a la luz de la hoguera. Las dos parejas que quedaban en la isla se habían ido a sus tiendas. Sólo Sam, los muchachos y los dos Ragnarson mayores permanecían junto al fuego.

—Creo que Sam es inocente, muchachos —dijo el dentista—. Debe de haber alguna otra explicación para todo lo que está ocurriendo.

—Lo supongo —declaró el señor Karl—. ¿Qué decís vosotros?

—Que eso parece, señor —asintió Jupiter.

—Es la primera cosa inteligente que oigo decir a estos chicos —exclamó Sam Ragnarson mientras se ponía en pie—. Voy a dormir un poco, papá. A menos que tampoco se me permita.

El joven se dirigió hacia las tiendas de campaña. Jupiter le miraba pensativo. El doctor Ragnarson alcanzó a su hijo y le habló muy serio en voz baja. El señor Karl les estuvo observando hasta que ambos desaparecieron en la oscuridad lejos del círculo de luz.

—¿Y ahora qué, Jupiter? —preguntó el director de la escuela superior.

—Lo mejor será dormir —decidió Jupiter—. Los Tres Investigadores montaremos guardia durante la noche por si ocurre algo más. Por la mañana podemos registrar la cala y el otro extremo de la isla a conciencia. Los fantasmas y personas con linternas no se esfuman en el aire.

—Yo vigilaré con vosotros —se ofreció el señor Karl—. Si queréis, puedo hacer la primera guardia.

—Eso será estupendo, señor —convino Jupe—. Eso significa que somos cuatro, de manera que nos tocan dos horas a cada uno. Tenemos nuestros transceptores portátiles. Usted puede coger el de Bob hasta que le releve a la una.

Los Ragnarson destinaron a los muchachos la tienda de una de las familias que se negaron a pasar la noche allí, por las cosas tan raras que estaban ocurriendo. Los Tres Investigadores comentaron los sucesos de la noche durante mucho rato, sin llegar a ninguna conclusión. Al fin se dispusieron a dormir con el fragor de la rompiente en sus oídos.

El señor Karl se quedó de guardia hasta la una, hora en que Bob le relevaría. El joven de los Informes e Investigaciones, tras dar las buenas noches al director del colegio, se acurrucó junto a las brasas aún candentes de la hoguera. Contemplaba los tizones rojos escuchando el viento y las olas.

¡De repente, un aullido aterrador rasgó la noche!

CAPÍTULO 13
UN DESCUBRIMIENTO SORPRENDENTE

Bob se quedó helado delante del fuego.

El aullido se repitió. Salvaje, potente y aterrador como el grito de un lobo. Bob susurró con urgencia por su transmisor-receptor.

—¡Jupe! ¡Pete! ¡Despertad! ¡Se oyó el aullido una vez más! ¡El grito de un hombre-lobo!

Bob se estremeció y arrojó leña sobre las ascuas. Sus ojos penetraban la oscuridad más allá de la hoguera.

—¿Qu-qué es eso?

Pete se aproximó al fuego reavivado envuelto en una manta para defenderse del frío de la noche.

—No… no lo sé —confesó Bob.

Apareció el señor Karl poniéndose su camisa de piel chumasa con un rifle en la mano. Miró a su alrededor.

—¡Es el aullido del lobo que oímos estas dos últimas noches! ¿Podéis decirme de dónde viene?

Como si la extraña criatura hubiera oído al director del colegio, el aullido resonó otra vez por encima del viento y de las olas. Escalofriante y amenazador.

Bob, Pete y el señor Karl se volvieron hacia la roca gigantesca del extremo oeste de la pequeña isla.

—¡Allí hay alguien! —exclamó Bob añadiendo más leña al fuego que ahora iluminaba la noche—. Siempre se oye en el mismo sitio.

—¡Sí! —exclamó el señor Karl.

—Donde vimos el fantasma —musitó Pete.

Jupiter y el doctor Ragnarson estaban de pie detrás de Pete y el señor Karl. El dentista llevaba el chandal que usaba para dormir y

también un rifle.

—Los fantasmas de los capitanes de marina no aúllan como lobos, Segundo —dijo el Primer Investigador—. Y debo indicar que no hay lobos salvajes en esta isla ni en ninguna parte del Sur de California.

El aullido amenazador se repitió de nuevo.

—Oír es creer —bromeó Pete poco convencido.

—Parece como si estuviera cerca del Peñón —dijo el doctor Ragnarson. Jupiter asintió.

—Desde luego parece que viene de allí.

—¿Estás seguro de que no hay lobos en el Peñón, Jupiter? —dijo el doctor Ragnarson—. ¿Un superviviente solitario que haya quedado atrapado aquí?

Jupiter meneó la cabeza.

—No, señor. Jamás hubo lobos en esta región.

—Lobos de verdad, no —intervino Pete—. ¿Pero quién nos dice que no se trata de otro fantasma como el capitán Coulter?

—Estoy de acuerdo en una cosa, Segundo. Tengo la fuerte sospecha de que fantasmas y lobo son un producto de la misma causa. —El Primer Investigador se volvió al doctor Ragnarson—. ¿Puedo preguntar dónde está su hijo, señor?

—Pues la última vez que lo vi estaba… —dijo el doctor Ragnarson.

—Estoy aquí, gordito.

Iluminado por la luz de las llamas, Sam Ragnarson apareció sonriente detrás de su padre. Las otras dos parejas de Ragnarson que no se habían marchado salieron ahora de sus tiendas. Se estremecieron cuando el aullido sonó otra vez.

—Jamás oí cosa igual —declaró una de las mujeres—, pero ya tengo bastante. Sea lo que sea yo no quiero tener nada que ver.

—Abandonaremos esta isla ahora mismo —decidió su marido.

—Estoy de acuerdo, recojamos nuestras cosas y marchemos —dijo la otra esposa.

Jupiter levantó el brazo.

—Escúchenme todos, quienquiera que lance esos aullidos lo hace para asustarles y hacerles salir de la isla.

—Bien, pues lo ha conseguido —repuso uno de los hombres—. Nosotros vinimos aquí a divertirnos un poco, no para ser víctimas

de esas tácticas terroristas.

—Si nos quedamos todos hasta mañana —les instó Jupiter—, estoy convencido de que no ocurrirá nada, y mañana averiguaremos lo que produce ese sonido y lo que es ese fantasma en realidad.

Sam dijo:

—Bueno, yo no estoy dispuesto a esperar. Para mí ya es hora de salir de esta roca.

Jupiter le dirigió una mirada de sorpresa. El señor Karl se puso del lado de Jupiter.

—Sugiero que vayamos todos a ver cuál es la causa de ese ruido. ¡Jupiter tiene razón, en esta isla no hay lobos!

—A menos que alguien trajera uno —sugirió Sam.

—¡Aguarde un momento! —exclamó Jupiter—. Piense en los aullidos. ¡Siempre vienen del mismo sitio! ¡No se mueve! ¡Un lobo auténtico se movería! Un lobo de verdad buscaría comida y vendría hacia el campamento.

—Entonces puede que no sea un lobo de verdad —dijo Sam—. Tal vez se trate de otra cosa.

—Está decidido —dijo una de las esposas—. Nos iremos ahora mismo.

—De acuerdo —se avino el señor Karl—. Los muchachos y yo iremos a investigar. Por lo menos esperad a que regresemos. El doctor Ragnarson va armado. Se quedará con vosotros hasta que volvamos.

—Si volvéis —replicó Sam.

Las dos parejas no dijeron nada. El señor Karl y los muchachos cogieron sus linternas, y los cuatro emprendieron de nuevo el camino hacia la gigantesca roca. El viento soplaba con fuerza por la estrecha y pequeña isla, y ellos avanzaron en la noche oscura en silencio, con excepción del batir de las olas contra las rocas en la costa sur.

Avanzaban con cautela mientras los aullidos continuaban rasgando la noche. Jupiter iluminaba su reloj de vez en cuando.

—Suenan cada dos minutos —observó el Primer Investigador—. Es demasiado regular. Ningún animal aúlla una intermitencia tan exacta.

Caminaron por el páramo con las linternas encendidas. El aullido se oyó de nuevo.

—¡Es por aquí!

Bob señaló en dirección del extremo norte de la gran peña. Otro aullido hendió el aire.

—¡Sue-suena más cerca! —dijo Pete. El señor Karl preparó su rifle.

¡El aullido sonó una vez más… casi delante de ellos! Se quedaron inmóviles mirando hacia la oscuridad.

Se hallaban en el extremo norte del gran peñasco. Debajo ellos había una playa pequeña y estrecha que miraba hacia el continente, a unas diez millas de distancia.

El aullido parecía venir de la playa. Pero no podían precisar exactamente de dónde.

—Dispersémonos —propuso Jupiter—. Es la única manera de localizarlo.

Nerviosos, se fueron separando en espera de que aullido sonara otra vez. Transcurrieron dos minutos. ¡Esta vez estaba casi encima de ellos!

—¡Allí! —señaló el señor Karl.

—¡A-aquí! —gritó Pete.

Pete estaba en el centro de la playa debajo de la cara frontal del peñón. Se agachó para recoger una grabadora en miniatura.

—Es una grabación —exclamó Jupiter—. Suena cada dos minutos y encuentra eco en la roca gigante. Aquí tiene a su lobo, señor.

El señor Karl asintió.

—Sam tiene una grabadora como ésta.

—Mucha gente las tiene —indicó Jupiter—. Eso no es una prueba.

—Quizá no, pero es suficiente para enfrentarle con ella… —dijo el director de la escuela.

Regresaron apresuradamente por el estrecho promontorio de la islita. El doctor Ragnarson estaba solo, sentado ante el fuego.

—Se han marchado —dijo el dentista—. No quisieron esperar.

—¡Una cinta grabada, Ingmar! —exclamó el señor Karl—. Nada de hombres-lobo, ni siquiera un lobo corriente. Un truco para asustar a la gente y hacer que se fuesen de la isla, tal como Jupiter sospechaba.

—Pero ¿por qué, Karl? ¿Qué puede querer nadie de esta roca

abandonada de la mano de Dios?

—Eso es lo que debemos averiguar —observó Jupiter mirando en derredor—. ¿Dónde está Sam?

—Se fue con los otros —replicó el doctor Ragnarson.

—¿Que se ha ido? —se extrañó Bob—. ¡Entonces quizá no sea él quien quiere echarnos de la isla! Tal vez…

—¡Camaradas! —gritó Pete—. ¡En el agua!

¡Donde el resplandor del fuego apenas alcanzaba el agua de la cala, tres ojos anaranjados les miraban fijamente!

CAPÍTULO 14
UNA PEQUEÑA NEFASTA

—¿Qué-qué es eso? —gimió Pete.

Los ojos parecieron moverse y luego convertirse en tiras de un color naranja fosforescente. ¡Apareció una espalda, dos brazos!

—¡Es una persona! —exclamó el señor Karl.

El director del colegio y el doctor Ragnarson corrieron a la playa y se metieron en el agua. Los muchachos les vieron inclinarse ante una figura que flotaba en el agua. Luego se enderezaron y salieron del mar con una pesada chaqueta de lona masculina.

—No es más que una chaqueta —dijo el señor Karl—, pero miradla.

La pesada chaqueta estaba rota… con desgarrones por todas partes y acuchillada. Estaba hecha jirones con agujeros y manchas oscuras por todas partes. El señor Karl se la entregó a Bob.

—¡Guau!, ¿quién habrá hecho esto? —se preguntó Bob.

—Esas manchas oscuras parecen de sangre —declaró Pete—. Apuesto a que fue un tiburón. Y grande además. Sólo un gran tiburón blanco puede haber hecho este destrozo.

—¿Quieres decir que un tiburón devoró lo que iba dentro de la chaqueta? —Bob se estremeció.

—Eso me temo —dijo el doctor Ragnarson.

Bob dio vueltas a la chaqueta entre sus manos mientras la examinaba.

Descorrió la cremallera de un bolsillo y sacó un objeto plateado.

—Es un encendedor. Con un emblema automovilístico.

—William Manning —declaró Jupiter— era representante de coches.

—¿Manning? —dijo el doctor Ragnarson.

—El propietario de la lancha que encontramos —Pete tragó saliva—. La policía…, no le ha encontrado.

—Ésta podía ser su chaqueta, Jupe —convino Bob tristemente.

—Recuerdo que la señora Manning dijo que su esposo llevaba un radiotransmisor en el bolsillo de su chaqueta. —Jupe registró los bolsillos sin encontrar nada más—. Mañana le enseñaremos esta chaqueta a la policía —decidió.

—¿Por qué no esta noche, Jupe? —preguntó Bob.

—Me temo que ya no hay prisa.

El señor Karl intervino.

—De todas maneras, los demás se han llevado todas las lanchas excepto la mía, y con Ingmar ya somos demasiados para arriesgarnos a realizar la travesía de noche. Será mejor que nos quedemos hasta mañana.

—Y, puesto que Sam se ha ido —añadió Jupiter—, creo que debemos quedamos para aseguramos de que no ocurre nada más. Sugiero que continuemos las guardias. Ahora nos toca a Pete y a mí.



—El resto podemos dormir un poco —dijo el doctor Ragnarson con un bostezo.

Regresaron a las tiendas. Cuando Jupiter se preparaba para instalarse junto al fuego para montar la guardia, Bob frunció el entrecejo.

—Si Sam no es quien hace esos ruidos extraños, ¿quién será, Jupe?

—¿Quién más hay en la isla? —preguntó Pete—. ¡Nosotros…, y el señor Karl y el doctor Ragnarson!

—Sí —replicó Jupiter—. Sólo nosotros y los dos Ragnarson.

Los tres muchachos se miraron y Jupiter, tras recoger su transceptor portátil, salió de la frialdad de la noche para acercarse al fuego mortecino. Pete tiritaba cuando fue a relevar a Jupiter a las cinco de la mañana.

Pete despertó a Jupiter y a Bob a las siete.

—El fuego está bien encendido y yo estoy muerto de hambre —dijo el Segundo Investigador—. ¿Qué hay para desayunar?

Los dos muchachos se taparon las cabezas con sus sacos de dormir con un gemido.

Bob, al recordar en seguida dónde estaban, volvió a asomar la cabeza.

—Eh, ¿ha ocurrido algo más durante la noche?

—Nada en absoluto —declaró Pete—. Como a mí me gusta.

—Lo que ha ocurrido —murmuró Jupiter desde el interior del saco de dormir— es que me quedé helado hasta los huesos y he pasado dos horas tratando de entrar en calor y no he podido dormir. Ahora largaros y dejadme morir en paz.

—Pensaba que querías llevar esa chaqueta a la policía esta mañana —exclamó Bob, mientras salía de su saco de dormir y se calzaba las botas.

—Y tal vez averigüemos si Sam Ragnarson conserva en su poder su grabadora —añadió Pete.

Con un gemido ahogado, Jupiter emergió de su saco como una ballena surge del mar. Una vez en pie, bostezó, se desperezó y se frotó las manos.

—¡De acuerdo! ¡Pero —sonrió—, primero desayunemos!

—Ahora piensas con la cabeza —repuso Pete. Salieron de la tienda presurosos para sentarse alrededor del fuego. La mañana era

cálida. Una ligera niebla volvía a flotar sobre la isla, pero el sol iba adquiriendo fuerza rápidamente. El señor Karl se reunió con ellos junto al fuego.

—Bien, ¿qué vais a tomar, muchachos? ¿Salchichas? ¿Huevos? ¿Perros calientes? ¿Cacao? ¿Leche? ¿Tortitas?

Todos votaron por salchichas, tortitas y cacao, y el director del colegio colocó una sartén ennegrecida sobre las ascuas.

—¿Ha ocurrido algo más esta noche? —preguntó el señor Karl, mientras colocaba ristras de salchichas en la sartén.

—No, señor —dijo Pete.

—Porque Sam no estaba en la isla —añadió una nueva voz. El doctor Ragnarson no parecía muy contento cuando se sentó taciturno ante el fuego para calentarse las manos.

—Ésta es una posible explicación —replicó Jupiter—, aunque no la única, señor. Anoche estábamos todos en la isla y, después de que descubrimos el truco de la grabadora, dudo de que nadie se atreviera a asustarnos otra vez la misma noche.

—Sin embargo —añadió el dentista—, cuando Sam no está en la isla no ocurre nada.

—¿Está seguro de eso? —preguntó Jupiter con calma.

Los dos hombres meditaron unos instantes.

—Bien, yo estoy seguro de que estaba en la isla siempre que alguien veía a los fantasmas u oía al lobo —contestó el señor Karl.

—Pero desaparecieron cosas no estando él aquí —reconoció el doctor Ragnarson.

—Lo cual no significa nada, porque no sabemos cuándo fueron robadas —replicó el señor Karl mientras echaba manteca en una sartén más grande para freír las tortitas.

Jupiter asintió con la cabeza y todos permanecieron silenciosos alrededor de la hoguera mientras el señor Karl preparaba las tortas.

—¿Qué pensáis hacer ahora, muchachos? —preguntó el director.

—Regresaremos al continente para continuar investigando las acciones de Sam —repuso Jupiter—. ¿Le importaría llevar a la policía la chaqueta que encontramos en el mar? Yo quiero informar personalmente a la señora Manning y tengo poco tiempo. Necesito examinar de nuevo esas fotografías lo antes posible.

—Pues claro —replicó el señor Karl—. Es trágico que algunas personas desprecien el peligro del mar.

El doctor Ragnarson preguntó:

—Entonces, ¿tú crees que Sam puede estar complicado en esto?

El Primer Investigador meneó la cabeza.

—No lo sé, señor, pero estoy convencido de que quiere que todos abandonen la isla.

—Entonces, ¿por qué se marchó anoche él también? —preguntó Bob.

—También me sorprendió a mí, Archivos, cuando anunció que se iba —confesó Jupiter—. Podría significar que algo ha cambiado.

Cuando las tortas y las salchichas estuvieron a punto, todos comieron con apetito después de aquella larga noche en la isla. Todos, excepto el doctor Ingmar Ragnarson quien, preocupado por su hijo, se limitó a mordisquear su comida. Después, apagaron el fuego con agua del mar y arena, y subieron a la motora del señor Karl.

—Lo dejaremos todo aquí —decidió el director—. Quizá la gente quiera volver cuando vosotros descubráis lo que ha estado ocurriendo.

La niebla matinal se había disipado y el día era claro y radiante. El viento ya no soplaba, pero las olas eran aún muy altas y la lancha, muy cargada, avanzaba lentamente hacia tierra.

Al llegar al puerto, el doctor Ragnarson señaló el muelle público donde se alineaban las motoras.

—Ahí está la lancha de Sam. Por lo menos no ha regresado a la isla a escondidas.

Los dos Ragnarson amarraron la lancha y los muchachos recogieron sus bicicletas en el aparcamiento del muelle.

—¿Qué hacemos ahora, Jupe? —dijo Pete.

—Tú y Bob id a casa de Sam —Jupiter les dio instrucciones—. Vigilad todos sus movimientos. Si sale, seguidle.

—¿Y si no estuviera allí? —quiso saber Bob.

—Esperadle.

—¿Y qué vas a hacer tú, Primero? —preguntó Pete.

—Iré a ver a la señora Manning y me reuniré con vosotros en casa de Sam en cuanto pueda.

Bob y Pete se encaminaron a la casa de Sam Ragnarson en tanto que Jupiter buscaba la dirección de la señora Manning en el listín telefónico. Estaba en el otro extremo del pueblo, arriba en la

montaña. La de Sam, en la playa. El macizo jefe de los Investigadores gimió interiormente… iba a ser un camino largo y duro.

Y lo fue.

Jadeante y sudoroso, el peso-pesado pedaleó despacio por el estrecho desfiladero de la montaña hasta llegar a la laberíntica casa estilo ranchero situada al pie de una montaña. La mansión estaba rodeada de árboles y césped, producto de un riego constante. En el momento preciso en que Jupiter ganaba la última subida, un hombre en motocicleta salía silenciosamente por la empinada avenida de los Manning.

¡Era Sam!

CAPÍTULO 15
BOB Y PETE ENCUENTRAN UNA RESPUESTA

Desde la esquina, Bob observó la calle en primera línea de mar. La destartalada casa de Sam Ragnarson aparecía silenciosa bajo el sol. Nadie transitaba por la desierta calle.

—Acerquémonos —dijo Pete.

Encadenaron sus bicis a una verja y se deslizaron por la calle vacía hasta la casa medio oculta por la densa jungla de las descuidadas plantas.

—¡El garaje está abierto! —exclamó Pete.

Junto al costado de la casa, avanzaron cautelosamente por entre la maleza hasta el garaje. Una de las puertas estaba abierta de par en par y, desde la esquina de la casa, pudieron ver el interior. La camioneta marrón seguía allí, pero no la motocicleta.

—Debe de haber ido a alguna parte en moto —decidió Pete.

—¡Entonces registraremos la casa! —exclamó Bob—. ¡Y apuesto a que encontramos al capitán Coulter!

—Si dentro hay un fantasma, yo no quiero saber nada —dijo Pete—. Te esperaré aquí.

—No, no es un fantasma, Pete. ¡Es un disfraz! —repuso Bob—. Tengo la corazonada de que el fantasma era Sam disfrazado.

Pete le miró sorprendido.

—¿Quieres decir que era Sam el que encontramos aquí la primera vez que vinimos?

—Estoy casi seguro, y creo que Jupe también —repuso Bob—. Lo que necesitamos son pruebas. Si registramos la casa tal vez las encontremos.

Pete no estaba muy convencido.

—Jupe dijo que vigilásemos y esperásemos a que Sam regresara.

—Pero ésta es nuestra oportunidad para descubrir algo por nuestra cuenta —insistió Bob—. Jupe no puede decirnos siempre lo que hemos de hacer. Los detectives tienen que pensar por sí mismos.

—Bueno… —Pete vacilaba—, echaré un vistazo ahora mismo.

—Vamos, entraremos por delante.

Con cautela se deslizaron junto a la casa hasta el porche en ruinas. Subieron los escalones sin hacer ruido y atisbaron a través de las sucias ventanas. Ahora las cortinas estaban descorridas. No vieron a nadie. Nada se movía en el interior. Pete probó de abrir la ventana, pero estaba cerrada.

—Tal vez encontremos alguna abierta —sugirió Pete—. Sam no parece de esos tipos que se acuerdan de cerrar todas las ventanas.

—¿Por qué no miramos si está abierta la puerta? —preguntó Bob antes de girar el pomo.

¡Estaba abierta! Pete suspiró.

—Así es menos divertido —se lamentó el Segundo Investigador.

En el interior, el suelo de la sala de estar estaba cubierto de envases de comidas preparadas, latas de refrescos, y polvo; ropas sucias desparramadas por el suelo y el mobiliario roto o destartalado. Los únicos cajones, el de una mesa y un aparador, estaban abiertos y llenos de basura.

Lo único que quedó bien claro, tras su visita a la sala de estar, fue que Sam era un patán.

El comedor estaba completamente vacío.

Había únicamente dos dormitorios. Uno de ellos estaba lleno de neumáticos de automóvil usados, fundas y otros objetos diversos que podían ser vendidos. Carritos de supermercado, accesorios para puertas y también puertas viejas.

—Apuesto a que lo roba para venderlo —dijo Pete.

—Es posible, Segundo —convino Bob—. Pero no veo nada que indique lo que está haciendo en el Peñón de los Náufragos.

En el segundo dormitorio, había una cama sin hacer que olía como si no hubiesen cambiado las sábanas durante meses, un escritorio y un armario.

—Aquí no hay nada —dijo Pete tras mirar su interior. La última

habitación era la cocina, donde vieran al «capitán Coulter» en su última visita. Estaba sucia y desordenada, con unos estantes casi vacíos y una nevera antigua.

—Vaya —exclamó Bob decepcionado—. Ni una pista por ninguna parte.

—Todavía no hemos registrado el garaje —dijo Pete.

—¡Tienes razón!

Volvieron corriendo al garaje con sus rendijas y tablas rotas. Una vez dentro, Pete señaló una mancha de aceite que indicaba el lugar donde estuvo la motocicleta. Bob asintió. Luego ambos vieron una puerta al fondo.

—Parece un cuarto trastero —declaró Bob.

La puerta estaba cerrada, aunque no con llave, y daba a un cuartucho estrecho atiborrado de cañas de pescar, tablas de surf, piezas de bicicleta y de patines e incluso algo que parecía una parte de un planeador. Un ventanuco iluminaba apenas el interior. Al fondo había un banco de trabajo.

—¡Ahí está el disfraz de vikingo de Sam! —exclamó Pete.

La túnica de piel colgaba de un clavo en la pared. El casco, sandalias y tiras de cuero estaban amontonadas encima del banco. El escudo, la espada y una bolsa de lona, en el suelo. Pete abrió la bolsa y miró a Bob.

—¡Aquí está nuestro fantasma, Informes!

Dentro de la bolsa de lona estaba la gorra con visera y el galón dorado del capitán, la casaca larga con botones dorados, los pantalones estrechos, las botas anticuadas y el telescopio. El sable no estaba allí. Habían también ropa de marinero y algas, el otro fantasma que vieron los Ragnarson.

—¡Bingo! —exclamó Pete.

—¡De manera que Sam es el «fantasma» tal como yo imaginaba! —dijo Bob con orgullo—. ¡La primera vez que estuvimos aquí era él disfrazado!

—Cambió la voz y actuó como un anciano auténtico —dijo Pete —. ¡De todas formas nosotros ignorábamos entonces cómo era Sam en realidad!

—Sí —convino Bob—. Debimos sorprenderle cuando estaba ensayando su actuación como fantasma. Adoptaba distintas posturas mientras se veía reflejado en el cristal de la ventana de la cocina.

—Mira si encuentras algo más, Archivos.

Pete registró el revoltijo que cubría el suelo del cuarto trastero, mientras Bob examinaba el banco de trabajo. Pete se agachó para registrar los rincones, y Bob trepó a los altillos. Fue Bob quien descubrió una caja oculta en uno de ellos. Saltó al suelo y la abrió delante de Pete.

—¿Qué es eso?

—Creo que aquí está toda la historia —repuso Bob—. La historia de por qué Sam quiere que todo el mundo abandone el Peñón de los Náufragos.

Pete se acercó a mirar. Dentro de la caja vio cinco monedas grandes…

Cinco monedas de oro brillante. Y algunas piedras del mismo color. Bob cogió una de las monedas.

—Fechada en 1847 —leyó Bob—. Y apuesto a que esto son pepitas de oro.

Los dos muchachos se miraron.

—¡El oro que desapareció del *Estrella de Panamá*! —Pete silbó lentamente.

—Sam lo encontró en la isla —dijo Bob.

—¡Y quiere que todos se marchen para buscar el resto! —comprendió Pete.

De repente se oyó el ruido de una motocicleta. Los muchachos se miraron mutuamente como petrificados.

CAPÍTULO 16
UNA VISITA INTERESANTE

Ante la casa de la señora Manning, Jupiter ocultó rápidamente su bicicleta entre los matorrales de la cuneta mientras Sam Ragnarson salía por la avenida.

Una vez en la carretera, puso el motor en marcha y pasó junto a Jupiter como una exhalación, sin verle siquiera. El ruido del motor de la moto se fue apagando en la distancia y volvió a reinar el silencio.

Jupiter salió despacio de su escondite y empujó su bici por la empinada avenida de la casa.

Dejó la bici apoyada contra la pared de la casa y fue a llamar a la puerta principal. Un hombre alto de aspecto serio y vestido de oscuro y con corbata acudió a abrirle.

—¿Podría hablar con la señora Manning, por favor? —preguntó Jupiter.

—Está en la cocina preparando café. Puedes pasar y esperar conmigo.

El hombre se sentó en la sala de estar y le dirigió una sonrisa triste. Miraba su reloj como si llevase esperando mucho tiempo.

—¿Vino ese hombre a ver a la señora Manning también? —preguntó Jupiter.

—¿Qué hombre?

—Sam Ragnarson. Le acabo de ver salir.

—Yo no he visto a nadie aquí.

Jupiter se sentó y contempló admirado los muebles caros y las pinturas modernas que adornaban las paredes. Por las ventanas se veían las montañas y, en el fondo de la sala de estar, se veía una

panorámica del mar lejano. Encima de una mesa vio la fotografía enmarcada de un hombre bajo, robusto y de mediana edad bajo un gran letrero: «Manning Motors, Jaguar y Dacota».

—Perdona, Esteban, pero… ¡Oh!

La señora Manning irrumpió en la sala de estar secándose las manos en su delantal. Aquella mujer esbelta y pelirroja llevaba un sencillo vestido negro y estaba pálida y macilenta. Sus fatigados ojos azules se posaron en Jupiter.

—Yo te conozco jovencito, ¿verdad?

—Sí señora, del muelle. Mis amigos y yo encontramos la lancha de su esposo.

Ella le miró inexpresiva, como si no deseara recordar el día que hallaron la laucha vacía. Luego suspiró con tristeza.

—Claro. Tú eres…

—Jupiter Jones, señora.

—Sí. —Asintió con la cabeza como si su nombre fuese importante. Luego se volvió hacia el hombre serio—. Esteban, éste es uno de los muchachos que encontraron la lancha de William. —Volvióse de nuevo a Jupiter—. Esteban es el hermano de mi marido. Os está tan agradecido como yo. No os he dado las gracias por traer la lancha. De no haberlo hecho, nunca hubiera sabido… lo que le había ocurrido al pobre Bill.

De pronto Jupiter comprendió que no deseaba dar cuenta a la señora Manning de lo que habían encontrado, pero dijo con valentía:

—Um, mis amigos y yo estuvimos anoche en la isla y descubrimos algo que pudo pertenecer a su esposo.

La señora Manning dirigió sus ojos hacia el rostro del muchacho.

—Se trata de una chaqueta de lona muy pesada —continuó el Primer Investigador— con tiras reflectantes en las mangas y un encendedor con la marca Jaguar en uno de los bolsillos.

—¡Es de Bill! —exclamó la señora Manning—. ¿Puedo verla?

—Lo siento —replicó Jupiter—. Ahora está en la comisaría. Estoy seguro de que se la enseñarán.

—¿Estaba… bien? —preguntó la mujer con temor—. Quiero decir si la chaqueta de Bill estaba entera…

El muchacho bajó la vista.

—En realidad está hecha trizas y cubierta de manchas oscuras.

El rostro de la señora Manning se ensombreció.

—¿Qué…?

—Tiburones —dijo Esteban Manning muy serio—. Dios mío. Me figuro que ahora ya no caben dudas. Por lo menos lo sabemos.

La señora Manning se echó a llorar. Sentada en un largo diván blanco sollozaba enjugándose los ojos con un pañuelito. Esteban Manning se acercó a ella y puso la mano en su brazo.

—Lo siento, Phyllis. Iré a comisaría, identificaré la chaqueta, y volveré esta noche. Por lo menos esto convencerá a la compañía aseguradora de que Bill ha muerto y pagará su seguro de vida. ¿Estás bien?

La mujer asintió entre sollozos y sus cabellos rojos reflejaron el sol de la mañana que entraba en la sala de estar.

—Bill fue muy bueno al dejarte tan bien provista con ese seguro —decía Esteban Manning—. Debemos estarle agradecidos.

El hermano saludó a Jupiter con una inclinación de cabeza y se marchó. El Primer Investigador le oyó poner el coche en marcha y luego alejarse por la avenida.

—Eh, ¿señora Manning? —dijo.

La esbelta viuda continuaba sollozando quedamente y Jupiter se puso en pie y carraspeó.

—Er… ¿podría hablar un momento con usted, señora Manning?

La mujer pelirroja suspiró profundamente. Tras enjugarse los ojos dedicó a Jupiter una ligera sonrisa.

—Lo siento, Jupiter. Las noticias me han trastornado. Sin embargo, la vida continúa, ¿no es cierto? ¿De qué querías hablarme?

—Cuando llegué vi salir a un hombre de la casa en moto. ¿Puede decirme qué estaba haciendo aquí?

—¿Un hombre? ¿En moto? Yo no he oído ninguna moto. —Meneó la cabeza—. No tengo idea de qué me hablas, Jupiter. Yo no he visto a ningún hombre.

—Se llama Sam Ragnarson —continuó Jupiter—. ¿Significa algo para usted?

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Nada en absoluto.

—¿Quizá su esposo le conociera? —insistió Jupiter.

Ella frunció el entrecejo y se pasó la mano por los ojos.

—No creo. Bill nunca mencionó a ningún Ragnarson.

—¿Y usted no acaba de hablar con un motorista?

—No, ni siquiera sabía que estaba aquí. ¿Qué crees que estaría haciendo? ¿Qué querría? Pudo haber venido a hablar con Esteban.

Jupiter meneó la cabeza.

—No, señora. Por lo menos su cuñado me dijo que no le había visto.

—Entonces no tengo la menor idea de lo que podía hacer aquí.

Jupiter la dejó sentada en el diván mirándose las manos. El Primer Investigador salió de la casa para recoger su bicicleta.

Una vez estuvo fuera del radio de visión de la sala de estar, llevó su bici con cuidado hasta el garaje, en la parte de atrás de la casa. Era un garaje enorme, capaz para tres coches por lo menos. Mientras caminaba iba examinando el suelo. No encontró nada hasta llegar a los escalones de la parte de atrás.

Los escalones daban a la cocina. ¡En el suelo, junto a un parterre de flores al lado de los escalones vio la marca inconfundible del neumático de una moto! En los mismos escalones, cerca de la puerta de la cocina, habían terrones de tierra como la del parterre todavía húmedos. Sam Ragnarson había llegado hasta la puerta de la cocina y la señora Manning estaba en la cocina cuando Jupiter llegó. La pregunta era: ¿Estuvieron ambos en la cocina al mismo tiempo? ¿Y qué había sido del café que a Phyllis Manning le había llevado tanto tiempo preparar?



Tan absorto estaba en sus pensamientos que Jupiter no oyó a los dos hombres hasta que los tuvo encima.

Dos hombres con los rostros cubiertos por pasamontañas. ¡Uno con una sirena tatuada en el antebrazo! Jupiter trató de correr, pero fueron demasiado rápidos. Lo atraparon y una mano dura y sucia le tapó la boca.

CAPÍTULO 17
EXTRAÑO COMPORTAMIENTO

Bob y Pete oyeron detenerse la motocicleta delante del garaje.

—¡La ventana! —susurró Pete.

Tantearon la única ventana estrecha del trastero. Se movía. Con cuidado la subieron. ¡Chirrió fuertemente!

Los muchachos contuvieron el aliento.

Por suerte, el ruido del motor de la moto se fue alejando, hasta detenerse, pero no oyeron pasos que se acercaran. Momentos después los dos muchachos se deslizaban por el ventanuco para esconderse en el jardín selvático desde donde les era posible vigilar la casa y el garaje.

—Qué suerte que Jupe no haya venido con nosotros —susurró Pete desde su escondite—. Él no hubiera pasado por esa ventana.

—Chisss —le advirtió Bob con una sonrisa mientras le señalaba el garaje. Sam Ragnarson, descalzo y vistiendo unos tejanos a los que había cortado las perneras, así como una camiseta vieja, acababa de salir del garaje silbando alegremente y ahora guardaba su moto dentro. Luego abrió las dos puertas del garaje de par en par. Bob y Pete le vieron subir a la camioneta marrón, ponerla en marcha y abandonar el garaje marcha atrás.

—¡Se marcha! —susurró Pete contrariado.

—¡Intentaremos seguirle! —Bob hizo ademán de incorporarse.

—¡Espera! —Pete le sujetó por un brazo.

La camioneta se detuvo en la avenida. Sam se apeó de un salto, corrió hasta el garaje y abrió la cartera que colgaba del sillín de su moto. De ella sacó una botella que puso en el suelo junto a la camioneta sin dejar de silbar. Luego subió a la parte posterior de la

camioneta, retiró una lona grande y volvió a saltar a tierra con una garrafa de plástico vacía de cinco litros y un embudo.

Desde su escondite, Bob y Pete observaron cómo destapaba la botella, colocaba el embudo en el cuello de la garrafa y vertía el contenido de la botella. Muy satisfecho consigo mismo, propinó un puntapié a la botella vacía para lanzarla entre los arbustos, tapó la garrafa y volvió a ponerla debajo de la lona. Pensó unos instantes y después volvió al garaje.

—Va a algún sitio con esa garrafa —exclamó Pete entre la maleza.

—Y nosotros tenemos que seguirle. Pero ¿cómo?

—Uno de nosotros podría meterse en la parte de atrás de la camioneta —sugirió Pete.

—¡Debajo de la lona!

Pete se mordió el labio.

—Pero él puede volver en cualquier momento y pescarnos.

—Uno puede vigilar, mientras el otro se esconde debajo de la lona.

—Eso significa que sólo uno de nosotros puede esconderse en la camioneta.

—De todas maneras alguien tiene que esperar a Jupe, o ir a buscarle —repuso Bob.

—¡Chisss!

Sam volvió a salir del garaje muy sonriente. Esta vez llevaba la caja de madera que habían encontrado con las monedas. Puso la caja en la cabina y se detuvo a pensar una vez más. Pareció asentir y dio la vuelta al vehículo para dirigirse a la puerta posterior de la casa. Estaba cerrada. Buscó en sus bolsillos sin encontrar nada. Murmurando entre dientes, se encaminó a la puerta principal.

—¡Ahora es nuestra oportunidad! —exclamó Pete.

—Yo me meteré debajo de la lona —dijo Bob—. Soy más menudo.

Pete tuvo que acceder.

—De acuerdo; yo esperaré aquí un rato y, si Jupe no aparece, iré a buscarle. Deprisa. ¡Si agito los brazos es que Sam se acerca!

Bob salió a gatas de la espesa vegetación y corrió hacia la parte de atrás de la camioneta marrón. Pete vigilaba la esquina de la casa. Bob subió al vehículo y se ocultó rápidamente bajo la pesada lona y

la estiró sobre él hasta dejarla bien lisa.

Segundos después, Sam salía por la puerta de atrás y montaba en la camioneta. Tosió al meterse en la cabina sin siquiera volverse a mirar la lona. Hizo marcha atrás por la avenida y se marchó. Pete le estuvo observando nervioso hasta que dobló la esquina y desapareció. Tras esperar un poco por si venía Jupiter, montó en su bicicleta, dejando la de Bob encadenada a la verja de la playa, y se fue en busca de una cabina telefónica.

Tal vez Jupiter hubiese terminado pronto en casa de la señora Manning y hubiera ido al Puesto de Mando en busca de mejor equipo antes de reunirse con ellos. Bob y Pete llevaban sus transmisores portátiles, pero Pete deseaba tener también sus balizas emisoras de emergencia por si acaso Bob quedaba atrapado, o incluso era detenido. Quizás Jupe tuvo la misma idea.

Nadie contestó en el Puesto de Mando. Pete buscó la dirección de la señora Manning en la guía telefónica.

El Segundo Investigador pedaleó todo lo deprisa que pudo montaña arriba, hasta el cañón donde estaba situada la casa de los Manning. No tardó en abandonar el pueblo y llegar a la carretera empinada que se adentraba en las montañas. De pie sobre los pedales ascendió por las pronunciadas curvas hasta llegar a la avenida de la mansión Manning.

Miró a su alrededor por si veía la bici de Jupiter, pero no vio nada. La propia señora Manning acudió a su llamada.

—¡Oh, tú eres otro de esos muchachos!

—Sí, señora —reconoció Pete—. ¿Está Jupiter aquí?

—Estuvo aquí, sí. Fue tan amable al venirme a decir personalmente lo de Bill… de su chaqueta. Tengo una deuda muy grande con vosotros. Ya lo creo, de no haber sido…

Pete la interrumpió.

—¿Está aquí ahora?

—Pues no… er… ¿cómo te llamas?

—Pete —repuso el Segundo Investigador—. ¿Hace mucho rato que se marchó Jupe?

La señora Manning miró el reloj de pie que había a la entrada del vestíbulo.

—Pues una hora por lo menos. ¿Ocurre algo malo?

—No lo sé, señora —replicó Pete intranquilo—. ¿Dijo adónde se

dirigía?

—No, me temo que no.

—¿Ocurrió alguna cosa mientras estuvo aquí? ¿Algo extraño o fuera de lo normal?

—No, que yo recuerde.

Pete le dio las gracias y fue a recoger su bicicleta que dejara a un costado de la casa. ¿Qué le habría ocurrido a Jupiter? Examinó el terreno de aquella zona, pero no encontró más que la marca de un neumático de motocicleta junto a un parterre bajo los escalones de la parte de atrás, pero ¿qué podía significar? No vio ni una huella de neumáticos de bicicleta.

¿Dónde estaba el Primer Investigador? ¿Por qué no había ido a la casa de Sam como habían quedado? No era propio de él desaparecer sin avisar. Y habían transcurrido dos horas enteras sin que nadie le hubiera visto. Preocupado, el Segundo Investigador bajó despacio la avenida empujando su bicicleta hasta llegar a la carretera.

Entonces vio el signo de interrogación.

¡Estaba en un poste telefónico al lado derecho de la carretera! Un interrogante trazado a toda prisa con tiza blanca.

Tiempo atrás, los Tres Investigadores habían ideado este sistema para dejar una pista a los demás cuando los otros sistemas de comunicación no eran posibles. El interrogante era el símbolo de los Tres Investigadores y cada uno utilizaba un color distinto. El de Jupe era el blanco.

¡Jupe había dejado el signo de interrogación en el poste de teléfonos!

Pete dio la vuelta al poste. ¡Vio unas huellas profundas de neumáticos pertenecientes a una camioneta pequeña y la señal estrecha dejada por una bicicleta!

CAPÍTULO 18
LAS PISTAS COINCIDEN

Bajo la lona, Bob se agarraba con fuerza al costado de la camioneta mientras derrapaba en las esquinas con chirrido de neumáticos. Sam no cesaba de tocar el claxon y de reír como un poseso. Por lo visto, lo que iba a hacer le complacía en gran manera.

La camioneta se detuvo y Sam se apeó para hablar con alguien. Bob levantó el borde de la lona para ver, pero la persona con quien Sam estaba hablando quedaba fuera de su radio de visión. ¡Lo único que vio fue el edificio donde el doctor Ragnarson tenía su oficina!

Sam puso el vehículo de nuevo en marcha y, cuando la tambaleante furgoneta se detuvo por fin de nuevo, Bob pudo oler el salitre del mar y oír los ruidos del muelle. Luego, Sam subió a la parte posterior de la camioneta. ¡Iba en busca de la garrafa que estaba debajo de la lona al lado de Bob!

El menor de los Tres Investigadores se hizo todavía más pequeño y se apartó cuanto pudo de la garrafa sin moverse demasiado para no delatarse. ¡Si por lo menos Sam no levantara toda la lona!

Bob contuvo la respiración. ¡Una mano buscó bajo la lona la garrafa, pero no dio con ella y se retiró!

Bob apenas se atrevía a respirar.

¡La mano apareció otra vez y por error cogió una pala! Bob pudo oír como Sam maldecía entre dientes mientras arrojaba la pala contra el suelo. ¡En cualquier instante podía levantar toda la lona para encontrar la garrafa! La mano apareció una vez más. Tomando aliento, Bob empujó la garrafa con el pie hasta que estuvo a unos centímetros de la mano de Sam. ¡Al fin la tocó!

Sam lanzó un gruñido, agarró la garrafa y luego Bob le oyó

saltar de la camioneta. Escuchó sus pasos en el cemento y cómo resonaban luego sobre las tablas de madera de algún embarcadero.

Se asomó con cautela. Pudo ver los edificios que rodeaban el puerto y oír el tráfico de la autopista de la costa. Rodó bajo la lona para mirar a un lado y a otro de la camioneta. En el embarcadero, donde estaban atracadas todas las lanchas de los Ragnarson, Sam estaba inclinado sobre la del señor Karl.

Bob se apresuró a saltar de la camioneta y se acurrucó detrás de la rueda posterior. En el embarcadero, Sam se había dirigido a otra lancha. Tenía la garrafa de plástico a sus pies.

Bob miró a su alrededor en busca de un escondite mejor. Enfrente del primer embarcadero había un restaurante al aire libre. Bob se dirigió rápidamente a una de las mesas y se sentó detrás de una palmera que había en una maceta y desde allí observó cómo Sam iba de una lancha a otra por el muelle.

De pronto Sam saltó a su propia embarcación, la apartó un poco y puso el motor en marcha. Bob se puso en pie contrariado al ver que Sam se alejaba del embarcadero muelle abajo. Luego vio que la lancha daba la vuelta y se dirigía a otro embarcadero más grande al otro extremo del puerto. Bob corrió por el paso de peatones hacia el lejano embarcadero.

Pete descendió en su bici por la serpenteante carretera del desfiladero en dirección a Rocky Beach, mientras buscaba en el suelo, árboles y arbustos alguna señal más del paso de Jupiter. Llegó a una bifurcación. ¿Qué camino tomaría?

Un pedazo de corcho redondo pintado de color naranja estaba caído en la carretera que conducía al pueblo. ¡Tenía dibujado un interrogante con tiza blanca! Pete sonrió. ¡Jupe siempre encontraba un medio para dejar un rastro!

Pete buscó otras señales por la carretera. No encontró nada hasta llegar a otro cruce de caminos. Una vez más, un pedazo redondo de corcho naranja con un signo de interrogación le indicó qué camino debía seguir.

Pete pedaleó más deprisa hasta la siguiente bifurcación. Buscó el corcho naranja. No encontró ninguno.

¡Ni nada que tuviera pintado un signo de interrogación blanco!

Pete sabía que Jupe le hubiera marcado el camino de haber podido. Debían haberle vigilado cuando la furgoneta dobló en este cruce. Lo que Pete debía hacer era escoger un camino y seguirlo hasta encontrar una señal y llegar a su fin. De no encontrar señal alguna regresaría y tomaría el otro.

Eligió primero el de la derecha, porque hasta entonces la dirección siempre fue hacia el pueblo y el mar. Medio kilómetro más adelante, descubrió un pedazo de madera casi en el centro de la carretera. Un trozo de madera oscura y rota con un signo de interrogación blanco. ¡Pete había elegido el camino correcto!

Le condujo hasta el puerto. La carretera de la costa se extendía alrededor del muelle y sus numerosos embarcaderos. ¿Estaría Jupe entre todas aquellas lanchas? Por unos instantes, Pete no supo qué hacer a continuación. Reflexionó intensamente. Los corchos redondos color naranja… se sujetaban a las redes de pescar para mantenerlas a flote cerca de la superficie del agua.

Quizá Jupe se hallaba en la camioneta de un pescador que se dirigía a su barca. De modo que lo que Pete debía hacer a continuación era registrar los embarcaderos.

Pedaleó despacio por el paseo de peatones que rodeaba el puerto.

Descubrió otro interrogante diminuto garrapateado en otro poste telefónico, situado en el punto donde un desvío abandonaba la carretera de la costa para entrar en la zona de aparcamiento de un muelle comercial con edificios. Pete encadenó su bici en un aparcamiento para bicicletas que había encima del puerto y bajó andando al aparcamiento.

El último interrogante trazado con tiza blanca estaba en el neumático de una camioneta blanca y destartalada cuya matrícula de California empezaba por 56. ¡La de los hombres que habían atacado a Bob y a su padre para robar las fotografías!

Pete miró a su alrededor. El único sitio apropiado para esconderse era uno de los edificios del muelle comercial.

Corrió por el aparcamiento hasta el embarcadero y luego miró con atención cada uno de los edificios. Eran almacenes y depósitos de mercancías para los pescadores industriales. Bidones y redes se amontonaban por todas partes. No se veía a nadie. Pero aquella tarde muchos de los trabajadores del muelle se habían marchado

por el fin de semana. Atisbó por las sucias ventanas, por si veía algún rastro de Jupiter. Examinó las puertas cerradas y las paredes en busca de un signo de interrogación. Nada.

Al final del muelle había una embarcación de pesca de arrastre de un solo mástil amarrada junto al último edificio, con redes colgadas de la botavara. ¡Redes con corchos redondos color naranja!

Alguien se movió en la sombra entre las altas paredes de los últimos edificios de dos plantas. Volvió a moverse furtivamente.

Pete se acercó. La figura estaba acurrucada como si se escondiera. Al oír a Pete se volvió.

—¡Pete!

—¡Bob!

Los dos Investigadores corrieron a su mutuo encuentro.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Pete en un susurro—. Se supone que vigilas a Sam Ragnarson.

—Y le he vigilado. Vino a este último edificio y estuvo un rato dentro. ¡Luego volvió a su lancha y salió del puerto! No pude seguirle —explicó Bob—. ¿Y qué haces tu aquí? ¿Dónde está Jupe?

Pete le contó su visita a la señora Manning, la desaparición de Jupiter y los signos de interrogación.

—Estoy seguro de que está en un apuro —concluyó Pete—. O de lo contrario no hubiera ido dejando interrogantes por los postes telefónicos.

Bob asintió.

—Tiene que estar por aquí. ¿Pero dónde?

Los dos muchachos miraron la hilera de edificios silenciosos en el extremo del muelle. ¡Parecía como si el macizo Primer Investigador se hubiese esfumado!

CAPÍTULO 19
¡PRISIONERO!

Jupiter miró fijamente a los dos hombres enmascarados que tenía ante sí. Atado a una silla en una habitación pequeña con una sola ventana, oía las olas batiendo contra los cascos y olía a pescado y a brea.

—Les aconsejo que me suelten antes de que se vean en un buen lío —les amenazó el Primer Investigador.

—Eres un bocazas —dijo el hombre del pasamontañas marrón.

—Unos mocosos metiendo las narices en lo que no les importa —exclamó el más bajo con la sirena tatuada en el antebrazo.

—Les aseguro que mis compañeros me encontrarán —les advirtió Jupiter—. Y traerán a la policía. El secuestro es un delito muy serio.

—Un auténtico bocazas, Walt —repitió el alto.

—Si quieres volver a ver a tus amigos, chico —le dijo el del tatuaje—, será mejor que nos digas donde están todas las copias de las fotos que sacaste.

—Me temo que han llegado con un día de retraso —replicó Jupiter—. El señor Andrews las publicó ayer en su periódico.

—¿Te apetece un filete de cerdo, Ted? —se burló Walt—. Nosotros te diremos cuándo es demasiado tarde. No estamos hablando de esas fotografías.

Ted se plantó delante de Jupiter con aire amenazador.

—Queremos las otras copias, gordito… ¡y ahora!

—¿Qué estaban haciendo ustedes en el Peñón de los Náufragos con Sam Ragnarson? —preguntó Jupiter al azar—. ¿Contrabando?

—¿Quién es Sam Ragnarson?

—¿Qué te hace pensar que nosotros estemos haciendo algo en el Peñón de los Náufragos?

—Nosotros, chico, no nos hemos acercado jamás a esa roca.

—Es demasiado peligroso, ¿verdad, Ted?

—Seguro.

—¡Nosotros les vimos allí anoche! —inventó Jupiter.

Los dos hombres con pasamontañas le observaron en silencio. El rumor de las olas contra el malecón se oía con fuerza.

—Algunas veces los muchachos son demasiado listos para su propio bien, ¿sabes de qué hablo, Ted?

—Demasiado listos —repitió el más alto.

—Pueden encontrarles flotando en el puerto.

—Si es que llegan a encontrarlos.

En su silla, Jupiter tragó saliva interiormente, pero mantuvo su rostro inexpresivo.

—No pueden asustarme —dijo con calma—. ¡Mientras quieran las fotografías no pueden hacerme daño hasta que las consigan!

—No estés tan seguro, chico —gruñó Walt.

—Sois tres —dijo Ted—. Si los otros dos te encuentran flotando boca abajo en el muelle, tus camaradas nos darían las fotos en seguida.

Jupiter palideció, pero se mantuvo firme. Le hicieran lo que le hicieran aquellos enmascarados, el demostrar miedo o pánico no iba a ayudarle. Este pensamiento le hizo sentir enojo, incluso furor.

—¿Qué es lo que hicimos? ¿Fotografiar la operación de contrabando? —exclamó el Primer Investigador—. ¿Se trata de oro? ¿Entrada ilegal de extranjeros? ¿Drogas?

—¿Contrabando? —repitió Ted—. Este mocoso cree que somos contrabandistas.

—Este chico es un cerebro parlante —dijo Walt.

—Realmente listo —convino Ted.

—Si somos contrabandistas, somos muy peligrosos. ¿No es cierto, chico? —dijo Walt—. Será mejor que nos digas dónde están esas fotos.

—Entréganos las copias y podrás irte a tu casa sano y salvo —le ofreció Ted— hasta el último de tus kilos —añadió con sarcasmo.

—Telefonea a tus amigos y diles que traigan las copias aquí —le ordenó Walt.

—Ahora mismo, chico.

—Mientras todavía puedas hacerlo.

—¿Quieres irte a casa, no?

Jupiter asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Les llamaré.

—Ahora hablas con sensatez —dijo Ted.

—Y nada de trucos, chico —le advirtió Walt—. Tenemos la tarjeta que estaba en tu bolsillo y sabemos el número de teléfono. Juega limpio.

Ted salió de la pequeña habitación para regresar con un teléfono. Lo conectó a un enchufe cerca de Jupiter y estudiando laboriosamente la tarjeta de los Tres Investigadores, marcó el número del Puesto de Mando. Luego acercó el auricular a la cabeza de Jupiter.

—Diles que se te ha ocurrido una idea —dijo Ted—. Que quieres examinar todas las fotos aquí y ahora para asegurarte de que tienes razón. Diles que se den prisa.

—Y hazte un favor —le advirtió Walt—. Nada de trucos.

Jupiter asintió. Era posible que Pete o Bob hubiesen ido a esperar al Puesto de Mando por si llamaba. De encontrarles, utilizaría un mensaje cifrado para advertirles que le habían hecho prisionero.

El teléfono sonó… y sonó. No contestaron.

Ted puso el auricular encima de la horquilla.

—Esperaremos, y luego volveremos a intentarlo.

Se oyó llamar en la puerta de abajo. Los dos enmascarados se quedaron de piedra.

—Será mejor que eches un vistazo —le dijo Ted.

Walt, el más bajito, salió de la habitación tras quitarse la máscara. Jupiter le oyó bajar la escalera. Luego silencio. Walt gritó:

—¡Eh, Ted, es el nuevo director de la lonja de pescado! Baja.

—Pórtate bien —advirtió Ted a Jupiter.

Jupiter oyó cómo cerraba la puerta con llave. Forcejeó con las ligaduras que sujetaban sus pies y manos a la silla. Parecieron aflojarse ligeramente, pero no pudo soltarse. Desesperado, miró a su alrededor en busca de algo que pudiera ayudarle a liberarse. No había nada. La ventana estaba entreabierta, pero aunque Jupiter se acercase a ella a saltos con la silla, estaba demasiado alta para

poder alcanzarla.

Estaba seguro de que Pete o Bob habrían ido a buscarle y descubierto el rastro de signos de interrogación. El primero, en el poste telefónico cerca de la avenida de los Manning le resultó muy fácil. Jupe estaba de cara a los malhechores y de espaldas al poste mientras cargaban su bici en la camioneta. Con las manos a la espalda Jupiter trazó el interrogante. Pero después no le fue tan sencillo dejar un rastro.

Pudo únicamente garabatear los signos en los flotadores de corcho y en un pedazo de madera, y arrojarlos en los momentos en que Walt, que iba en la parte posterior de la camioneta con él, miraba hacia adelante. La última señal fue la más sencilla, pues le hicieron sentar en el suelo apoyado contra la rueda de la camioneta, mientras Ted se aseguraba de que nadie les veía y Walt aguardaba la señal para llevarle al edificio del extremo del muelle.

Con un poco de suerte, Bob o Pete habrían seguido el rastro. Pero, si no se desataba, no podría ponerse en contacto con ellos. Se debatió otra vez para aflojar las cuerdas que le sujetaban a la silla. Luego volvió a sentarse jadeante y decepcionado mientras sus ojos seguían buscando algo que pudiera ayudarle.



Sólo vio su bicicleta.

Estuvo contemplando la cartera que colgaba del sillín durante cierto tiempo. A menos que sus cancerberos enmascarados lo hubiesen descubierto, ¡su transmisor portátil estaba allí! Lo puso allí aquella mañana después de regresar del Peñón de los Náufragos.

Con un supremo esfuerzo, el robusto detective se puso en pie atado a la silla. Tenía las piernas demasiado sujetas para poder andar, pero fue dando saltos hasta la bicicleta. Cayó de rodillas y empujó la cartera con su nariz.

¡Su emisor receptor seguía allí!

Desabrochó la hebilla con los dientes, levantó la solapa y luego, sosteniéndola con la cabeza, sacó el aparato con la boca. Se le escurría… De repente cayó al suelo con un golpe seco.

Jupiter contuvo el aliento.

Escuchó en silencio el batir de las olas en el embarcadero y el rumor de voces lejanas.

Nadie acudió.

Se tumbó de costado, empujó el transmisor hasta la pared y pulsó el botón de transmisión con la nariz.

—¡Amigos! —dijo con voz gangosa—. ¡Bob! ¡Pete! ¿Estáis ahí? Vamos, contestad, Segundo, Archivos…

CAPÍTULO 20
UN RESCATE MUY ARRIESGADO

—¡Bob! ¡Pete! ¿Estáis ahí? Adelante, Segundo, Archivos…

Bob y Pete estaban acurrucados detrás de unas cajas de embalaje junto al edificio de dos plantas situado al extremo del muelle. Acababan de ver a un hombre llamar a la puerta y entrar. Ahora la voz familiar parecía surgir del mismo embarcadero.

—¡Es Jupe! —exclamó Pete.

—¡Mi transceptor! —exclamó Bob mientras lo sacaba de su bolsillo.

Rápidamente presionó el pulsador del diminuto aparato obra de Jupiter.

—¡Primero! ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

La voz de Jupiter les llegó a través del aparatito como si se apretara la nariz.

—¿Archivos? Estoy en un edificio al final del muelle comercial del puerto. Los mismos hombres que se llevaron tus negativos me secuestraron al salir de casa de la señora Manning. ¿Dónde estáis vosotros?

—¡Aquí afuera! —replicó Pete nervioso por el micrófono—. ¡Seguí tu rastro!

—Y yo seguí… —comenzó Bob.

La voz de Jupiter le interrumpió.

—Tenéis que sacarme de aquí. Ahora estoy solo. Están hablando de negocios con el director del mercado de pescado y estarán entretenidos un rato, ¡pero tenéis que daros prisa!

Bob dijo:

—Dinos exactamente dónde estás, Jupe.

—Es una habitación pequeña del segundo piso del último edificio del muelle. Estoy atado a una silla. Sólo hay una ventana entreabierta, pero está demasiado alta para alcanzarla.

—¿Qué ves por esa ventana?

—Nada más que cielo, Archivos.

—¿Qué oyes?

—Las olas que baten contra el malecón y, de vez en cuando, algo pesado que golpea contra el edificio.

Pete señaló a Bob el barco de pesca que golpeaba contra el embarcadero debajo del edificio.

—¿No ves nada más por esa ventana, Primero? —le dijo Pete a través de la radio.

Hubo un silencio. Luego la voz de Jupiter dijo despacio:

—Una nubecilla casi redonda.

Pete y Bob también veían la nube diminuta desplazándose hacia el oeste. Corrieron a la parte de atrás del edificio que daba al extremo oeste del muelle, y tras dar la vuelta, miraron hacia lo alto. La única ventana de la pared oeste del edificio estaba allá arriba mirando al mar. En aquella parte había un mínimo espacio entre el edificio y el agua para poder pasar andando.

—Bien, Jupiter, creo que hemos localizado tu ventana —le informó Pete—. ¿Qué puedes hacer para salir?

—Nada —dijo Jupiter por el aparato—. Estoy atado a una silla y no puedo romper las ligaduras.

Bob y Pete se acurrucaron junto al edificio silencioso para pensar. El barco arrastrero crujía contra el embarcadero. Lanchas, esquiadores acuáticos y tablas de *windsurf* cruzaban las aguas del puerto más allá del muelle.

—Jupe no puede salir —le dijo Pete a Bob—, de manera que tendremos que subir nosotros.

Bob alzó la vista hacia el ventanuco de la segunda planta.

—¿Cómo?

Pete reflexionó. Caminó lentamente por detrás del edificio de dos pisos y miró la cubierta de la trainera que se mecía sobre las olas del puerto.

—¡Eh! ¡Hay una cuerda en cubierta! Creo que podremos atarla a la botavara para acercarla a la ventana de manera que uno de nosotros pueda subir.

Bob miró la botavara de la embarcación y luego al ventanuco.

—¿Quién de nosotros? Como si no lo supiera. —Hizo una mueca.

—¡Es tu día de suerte! —Pete se burló—. Tendrá que ser el más menudo y de menos peso, Archivos. ¡No sabemos cuánto peso podrán soportar la cuerda y la botavara, y Jupe estará en el otro extremo cuando bajes!

Los dos muchachos saltaron a la cubierta del pesquero y Pete cogió uno de los extremos de la larga cuerda enrollada. La ató alrededor de la cintura de Bob y le explicó su plan.

—Subes por las redes hasta la botavara y entonces yo tiraré de ella con la otra cuerda hasta situarla delante de la ventana. Entras por ella, y yo te iré descolgando con la cuerda. Cortas las ligaduras de Jupiter y luego yo os izaré de uno en uno. Luego os agarráis a la botavara otra vez, yo la hago girar, y los dos bajáis por la red.

Bob no estaba convencido.

—No sé, Segundo, pero me da la impresión que hay muchas cosas que pueden salir mal.

—Lo único malo que puede pasar es que nos sorprendan esos dos tipos que atraparon a Jupe, de modo que démonos prisa. Aquí tienes mi cortaplumas para que sueltes a Jupe. Cuando estéis preparados para salir del almacén tirad de la cuerda.

Con la cuerda atada a su cintura, Bob se dispuso a trepar por la red. Fue más sencillo de lo que esperaba… la red hacía las veces de escalera de cuerda. Al llegar al extremo de la larga botavara que formaba ángulo con el mástil, Pete tiró de otra cuerda para hacerla girar hasta que Bob pudiera alcanzar la ventana. El muchacho de los Informes e Investigaciones se montó en el alféizar.

En la cubierta de la barca de pesca, Pete mantuvo la cuerda tirante mientras observaba cómo Bob se deslizaba al interior. Luego, el Segundo Investigador fue soltando cuerda despacio hasta que Bob desapareció en la habitación.

Jupiter alzó la cabeza al descender Bob por la cuerda desde la ventana. En cuanto hubo tocado el suelo, se desató y corrió hacia Jupiter.

—¡Deprisa! —le dijo Jupe—. ¡Volverán de un momento a otro!

Unos cuantos cortes con el cortaplumas segaron las cuerdas que sujetaban a Jupiter.

Bob y él corrieron hacia la ventana arrastrando la silla. Primero Bob se subió en ella y se montó en el alféizar.

Jupiter lo hizo a continuación. Una vez de pie encima de la silla se agarró a la mano de Bob, y entre jadeos y resoplidos al fin consiguió izarse hasta la ventana. Pasar a través del estrecho ventanuco fue toda una hazaña para el rechoncho Primer Investigador. Al fin logró salir al otro lado como el corcho de una botella, y se agarró a la red del extremo de la botavara. Una vez se hubieron cogido bien a la red, Pete tiró con fuerza de la cuerda de la botavara para hacerla girar y apartarla de la ventana.

Pero no había calculado el peso extra de Jupiter. Y, cuando la botavara se separó de la ventana, la cuerda se rompió entre sus manos y la botavara quedó balanceándose encima del agua y se detuvo en seco al llegar al extremo de su arco.

Jupiter y Bob se vieron despedidos por el aire y fueron a caer al agua con gran chapoteo.

Ambos salieron a la superficie resoplando como marsopas.

—¡Arrójanos un cabo! —exclamó Jupiter sin aliento.

Sobre la cubierta de la trainera, Pete se reía como una hiena. Oyó un grito airado a su espalda y, al girar en redondo, vio a los dos hombres enmascarados que iban hacia él.

—¡Nadad hasta la playa! —gritó Pete y se lanzó al agua para reunirse con sus amigos.

Los tres muchachos fueron nadando hasta la playa del puerto al final del muelle. No tardaron en tocar fondo y salieron del mar, mojados y manchados de barro. Primero se mezclaron entre los bañistas y luego entre los transeúntes del paseo.

—Por aquí no nos seguirán —dijo Pete—. Por lo menos con esos pasamontañas.

—¡Cojamos el autobús y salgamos de aquí! —les apremió Jupiter.

—¿Y mi bicicleta? —preguntó Pete.

—Más tarde recogeremos todas las bicis —decidió Jupiter.

En el autobús, los Tres Investigadores se sentaron en la parte posterior con las ropas chorreando. Los demás pasajeros les miraban extrañados, pero ellos estaban demasiado absortos en comparar sus

descubrimientos, para que les importase. Bob y Pete explicaron a Jupiter lo que habían encontrado en el garaje de Sam Ragnarson y lo que Sam había hecho en el puerto.

—De modo que Sam era el fantasma del capitán Coulter, el del marinero ahogado y probablemente el lobo también, y todo porque encontró parte del oro del *Estrella de Panamá* en el peñón de los náufragos —concluyó Bob de una sentada.

—Y esos tipos de los pasamontañas deben ser sus compinches —añadió Pete.

—¡Por eso vino a reunirse con ellos! —intervino Bob—. Apuesto a que uno de ellos iba en el barco anoche, el otro le hacía señales desde la playa con la linterna y Sam trató de asustamos disfrazado como el capitán Coulter. ¡El barco vino para llevarse el oro!

—Es posible, Archivos —murmuró Jupiter—, pero no veo por qué Sam habría de necesitar que ellos le ayudasen a llevarse el oro.

—Entonces, ¿qué es lo que hacen aquí y por qué Sam habló con ellos hoy en el muelle? —quiso saber Pete.

—Desde luego parece que trabajan juntos —admitió Jupiter—. Sam debió oirme en casa de la señora Manning y los envió para que me secuestraran.

—¿Sam estuvo en casa de la señora Manning? —preguntó Bob.

—Sí. Probablemente se enteraría por su padre que yo iba a visitarla y llegó allí antes que yo en su moto.

Pete estaba intrigado.

—¿Por qué iba a molestarse en subir hasta allí?

Jupiter se encogió de hombros.

—Quizá su propósito era no perdernos de vista. De todas formas, yo le pregunté a la señora Manning si había hablado con él pero ni ella ni su cuñado le habían visto. Me figuro que Sam debía de haberse escondido en el exterior. No, esperad. Las huellas de los neumáticos de su moto estaban marcadas junto a la puerta de la cocina. Me imagino que no se escondía. De manera que, ¿cómo es que no le vio nadie…?

El Primer Investigador se detuvo confundido.

—Algo no encaja —exclamó al final—. ¡Volvamos al Puesto de Mando y meditemos sobre este caso a conciencia!

CAPÍTULO 21
EL JUEGO DE SAM

En su Puesto de Mando oculto en un remolque, los tres muchachos esparcieron las cuarenta y ocho copias duplicadas por encima del escritorio, las mesas y el archivador. Pete y Bob localizaron rápidamente las de Sam Ragnarson.

—Ahí está —dijo Pete señalándole— agachado detrás de los demás. Apuesto a que buscaba esas monedas y pepitas de oro.

—Me vio sacar las fotos y por eso quería recuperarlas —dijo Bob.

Jupiter paseó despacio por la estancia mientras examinaba las fotos una por una en tanto que los Tres Investigadores reconstruían el caso.

—Sí, ésas deben ser las fotos que Sam quería —convino el jefe del equipo—. No se ve bien qué está haciendo, pero él no lo sabe, y no quiso correr el riesgo de que se vieran las monedas. Quiso echar a todo el mundo de la isla para buscar más oro. Por eso puso la grabación de aullidos de lobo y se disfrazó de fantasma.

Jupiter continuaba pasando la mirada de una foto.

—Y esos dos hombres de los pasamontañas trabajan para él. Robaron nuestros negativos y luego intentaron apoderarse de los duplicados de las fotos —resumió Bob—. Sam les envió para que te raptasen y fue a hablar con ellos para preguntarles si ya tenían las copias, no quiere que nadie sepa dónde encontró el oro.

—Quizá ya lo ha encontrado todo —dijo Pete—. Lo tiene escondido en la isla y esos dos tunantes utilizarán esa barca de pesca para llevarlo a lugar seguro.

—Eso es lo que iban a hacer anoche en la niebla —comprendió

Bob—, pero nosotros les asustamos. ¡Apuesto a que decidieron intentarlo anoche debido a la niebla, aunque aún no se habían marchado todos de la isla!

—Sí —Jupiter asintió pensativo—. Esa es una explicación lógica. Pero volvemos al mismo problema. ¿Para qué necesita Sam a esos dos hombres? ¿Por qué no quedarse todo el oro para él? Podría esconderlo en la isla e ir sacándolo poco a poco mientras nadie descubriera que lo tenía.

—Quizá los necesitase porque pensó que nosotros habíamos descubierto su juego en las fotografías —sugirió Pete—, y quiso llevarse deprisa todo el oro.

—Es posible, Segundo —convino Jupiter con el entrecejo fruncido—. Sin embargo, no comprendo cómo Sam pudo enviarlos ayer para que asaltaran al señor Andrews, antes de haber visto siquiera las seis fotos que aparecieron en el periódico. Y recordad que incluso el doctor Ragnarson dijo que Sam estaba en la isla el miércoles cuando le arrebataron los negativos a Bob.

—Pero si Sam no envió a esos dos tipos para que se apoderasen de las fotos, ¿quién fue? —se preguntó Bob.

—Además —les hizo ver Pete—, Bob acaba de ver a Sam hablando con ellos en el muelle.

—Cierto —admitió Jupiter—. Tienen que trabajar juntos.

—¿Por qué no se lo decimos al doctor Ragnarson y el señor Karl? —propuso Bob—. ¿Y quizá también a la policía?

Jupiter se pellizcó el labio inferior…, signo inequívoco de que reflexionaba intensamente. Miró las hileras de fotos.

—No tenemos prueba alguna de que Sam tenga el oro, sin presentar las monedas. Y no estoy muy seguro de que lo que hace aquí sea buscar ese oro. Además, el único delito que se ha cometido es un secuestro, y no podemos cargárselo a Sam sin pruebas. No, creo que debemos coger a Sam con las manos en la masa, antes de acudir a la policía. Y el lugar para hacerlo es el Peñón de los Náufragos. Volveremos allí con el doctor Ragnarson y el señor Karl. Propongo que nos vayamos a casa a ponernos ropa seca y a decir a nuestro padres que probablemente volveremos a pasar la noche allí.

Salieron a gatas por el Túnel Dos y Bob y Pete se fueron a sus casas haciendo *footing*. Eran más de las cinco cuando Bob llegó a la suya. Su padre estaba en la sala de estar.

—¿Alguna cosa más acerca de esos dos hombres que quisieron robar tus fotos, Bob?

—Nosotros creemos que trabajan para Sam Ragnarson, papá. Él encontró el oro del *Estrella de Panamá* y no quiere que nadie más lo sepa.

—¡Y tú sacaste fotos del oro!

—Eso es lo que nosotros pensamos. O algo por el estilo. —Bob subió corriendo a su habitación para recoger su chaqueta y volvió a bajar en seguida.

—Papá, dile a mamá que no vendré a cenar, que volvemos otra vez al Peñón Ragnarson. Es posible que pasemos allí toda la noche.

—De acuerdo, Bob.

Bajo el cálido sol de la tarde, Bob regresó apresuradamente al Patio Salvaje y llegó al mismo tiempo que Pete. Jupiter les esperaba muy excitado.

—¡Deprisa, chicos, Hans ya está en el camión! ¡Tenemos que ir al puerto en seguida y llegar a la isla antes de que oscurezca del todo!

—Cielos, Jupe —exclamó Pete—. ¿Qué ha ocurrido?

—No estoy seguro, Segundo —replicó el jefe del grupo a toda prisa—, pero he vuelto a estudiar las fotografías y, si estoy en lo cierto, en el Peñón de los Náufragos ocurre algo mucho más peligroso de lo que imaginábamos.

—¿Pero por qué tanta prisa, Primero? —preguntó Bob mientras corrían hasta el lugar donde Hans les esperaba en el camión de la chatarrería.

—Porque Sam ya está allí, y después de oscurecer podría ser demasiado tarde.

—¿Y el doctor Ragnarson y el señor Karl? —preguntó Bob.

—Ya están en el puerto —repuso Jupiter—. Les telefoneé después de que os marchasteis. Ellos y todos los que aún desean ir a la isla están dispuestos a partir a las seis.

—¿Y nuestros disfraces? —dijo Pete.

—Ahora ya no son precisos —replicó Jupiter pensativo—. Sam sabe quiénes somos y lo que hacemos.

Subieron a la parte posterior del camión y Hans les condujo hasta el puerto. El traqueteo de los gastados amortiguadores del camión no les permitió conversar durante el trayecto, pero Bob y

Pete se preguntaron qué escondería Jupiter en la manga esta vez. Llegaron en seguida a la autopista de la costa y pasaron junto al muelle donde Jupiter estuvo prisionero.

—Mi bici sigue ahí —observó Pete, contento, y señaló el lugar donde la dejara atada con su candado.

—Hay dos bicis, Pete —observó Bob.

Pete vio la bici que estaba al lado de la suya.

—¡Es la de Jupe! —exclamó.

—Hans, déjanos aquí, por favor —gritó Jupiter. Después de aparcar examinaron la bicicleta de Jupiter. Al parecer estaba intacta y la habían sujetado a la de Pete con las correas de la cartera del sillín.

—¡Esos dos enmascarados han tenido miedo de que volviésemos con la policía! —exclamó Jupiter—. De manera que han traído mis cosas aquí y las han dejado con tu bici. Es una suerte que no la hayan robado antes de que llegásemos.

—¿Cómo vamos a probar ahora que te secuestraron? —quiso saber Bob.

—No podemos —dijo Jupiter contrariado—. Por eso lo han hecho. Sin prueba, la policía podría pensar que lo hemos inventado.

Cargaron las bicicletas en el camión y Hans les condujo hasta el muelle público donde estaban amarradas todas las lanchas de los Ragnarson. Algunos de los propietarios estaban esperando de pie alrededor de sus embarcaciones. El señor Karl y el doctor Ragnarson salieron a su encuentro.

—¡Todas las lanchas están averiadas! —exclamó el director del colegio—. ¡No conseguimos ponerlas en marcha!

—¡Es un sabotaje! —dijo el doctor Ragnarson.

CAPÍTULO 22
DE VUELTA A LA ISLA

—¡Eso es lo que Sam estuvo haciendo! —gritó Bob y les contó lo de la garrafa de plástico de cinco litros con el producto químico—. ¡Debió verter algo en los depósitos de gasolina que ha estropeado los motores! Hizo creer a los mirones que estaba poniendo gasolina.

—Entonces está solo en la isla —dedujo Pete.

—¿No tienen otras lanchas, señor? —preguntó Bob al señor Karl.

—¡Sam las ha averiado todas! —repuso el director furioso—. No entiendo lo que está haciendo mi sobrino ni por qué.

—Es el fantasma, el lobo y todo lo demás —declaró Pete.

—¡Porque encontró el oro escondido! —explicó Bob.

—¿Oro? —dijo el señor Karl.

—Sí, señor —repuso Jupiter—. Cuando su antecesor Knut Ragnarson escapó del hundimiento del *Estrella de Panamá* y llegó a la isla, el capitán, la tripulación y el cargamento de oro habían estado también allí…, por lo menos por breve tiempo. Ahora sabemos que por lo menos parte del oro quedó en la isla, quizá todo, y Sam lo descubrió cuando fue allí para esta reunión. No quería compartirlo con ninguno de ustedes, de modo que trató de asustarles para que se fueran de la isla.

—Y anoche estuvo a punto de conseguirlo —continuó Bob—. Les ahuyentó a todos, excepto a ustedes dos y a nosotros. Hoy ha decidido sabotear todas las lanchas para que no fuera nadie.

—Excepto, quizá, esos dos pescadores —dijo Pete.

—¡Alquilaremos una barca! —exclamó el señor Karl.

—No será necesario —replicó Jupiter—. Si mis suposiciones son correctas, Sam está allí con dos hombres peligrosos que robaron

nuestros negativos y me secuestraron. —Y Jupiter les hizo un breve resumen de los dos hombres enmascarados que atacaron a los muchachos y el secuestro—. Me temo que Sam esté complicado en algo más que la búsqueda del oro y no es consciente de que esos dos son auténticos ladrones y secuestradores. Aunque Sam haya hecho algo malo, creo que también puede correr un gran peligro. Debemos avisar al comisario Reynolds y que la policía nos lleve allí inmediatamente.

—Vamos a hablar con el comisario —dijo el doctor Ragnarson.

—Mi coche es el más cercano —repuso el señor Karl.

Los muchachos enviaron a Hans a casa y los cinco se amontonaron en el automóvil del director para dirigirse sin dilación a la comisaría. El doctor Ragnarson dijo al sargento lo que querían, y el propio comisario Reynolds salió para hacerles pasar a su despacho. Jupiter le expuso el caso con brevedad.

—Ignoro cómo se ha mezclado con esos dos hombres que atacaron a los muchachos y secuestraron a Jupiter —dijo el doctor Ragnarson—, pero, por lo que nos han dicho, Sam puede estar en un aprieto esta vez, comisario. ¡Vayamos allí lo antes posible!

El comisario se puso en pie.

—Lamento decir que eso parece, Ingmar. Por la descripción de los muchachos, esos dos son Ted y Walt Gruber, un par de pescadores de la localidad que ya han tenido problemas con la ley. La lancha de la policía nos estará esperando en el puerto. Vamos.

El señor Karl les volvió a llevar al puerto y el comisario Reynolds llegó en seguida con tres agentes de policía. Subieron todos a bordo de la lancha patrullera de la policía, y zarparon en seguida. Eran ya más de las siete y el sol estaba muy bajo en el horizonte. Jupiter permaneció en la proa de la lancha con los ojos fijos en la silueta del Peñón de los Náufragos.

—Sólo espero que lleguemos a tiempo, comisario —murmuró el Primer Investigador.

—¿Por qué crees que Sam corre peligro, Jupiter? —preguntó el doctor Ragnarson.

—Es una corazonada, señor —replicó el jefe del terceto—. Pero, por si acierto, debemos llegar a la isla antes de que anochezca del todo.

El policía miró hacia el sol.

—Va a ser muy justo, Jupiter. Me temo que no llegaremos antes de que se ponga el sol.

—Ése sería el momento preciso —declaró Jupiter—. Lo mejor sería que hubiera oscurecido cuando lleguemos, para no ser vistos. Pero, si hace mucho rato que ya ha anochecido, podría ser demasiado tarde. Y cuando nos acerquemos a la isla, comisario, sugiero que paren los motores lo más lejos posible y que desembarquemos sin luces.

—Advertiré a la tripulación —dijo el comisario Reynolds.

El jefe de policía acertó… las primeras sombras se extendían sobre el Peñón de los Náufragos cuando arribaron con la lancha patrullera. Pararon los motores para entrar silenciosamente en la cala. Las tiendas de campaña de los Ragnarson seguían dominando el acantilado sobre la playa.

La lancha de la patrulla tuvo que echar ancla en el centro de la cala oscura, y los muchachos, los dos Ragnarson, el comisario y sus agentes, remaron hasta la playa en el bote salvavidas y dos lanchas de goma. Subieron las embarcaciones a la playa desierta sin hacer ruido.

—Miren —susurró Pete.

—Es la lancha de Sam —dijo el doctor Ragnarson.

La pequeña motora estaba en la arena con el motor fuera borda levantado. Era la única embarcación que había en la cala.

—No veo ninguna lancha más, Jupiter —dijo el comisario Reynolds con calma mientras se volvía para mirar el mar.

—No, señor, todavía no. —El Primer Investigador miró a su alrededor mientras la noche iba cayendo sobre la isla—. Si he adivinado lo que Sam está haciendo aquí con esos dos pescadores, creo que lo mejor será registrar el otro extremo de la isla cerca del propio peñón.



—Muy bien, Jupiter —repuso el comisario Reynolds—. Sugiero que nos dispersemos para cubrir toda la isla.

El jefe de policía dio las órdenes pertinentes a sus hombres. Bob iba por la parte norte y el señor Karl por el borde de los acantilados de la parte sur. El resto se desplegó por el centro, y los policías estaban entre ellos para poder acudir en ayuda de quien pudiera necesitarla. Todos avanzaron despacio por el islote en dirección a la gran roca del extremo oeste.

Al llegar a los arbustos de enebro que rodeaban la base del peñón todos se desviaron hacia el sur para atravesar la estrecha franja de terreno que separaba el peñón del mar abierto. Fue Pete quien tropezó con una pequeña caja de madera caída sobre el suelo desigual. De ella salieron desparramadas monedas y pepitas de oro.

—Sam tiene que estar por aquí —dijo el Segundo Investigador en voz baja—. Se le debe haber caído la caja.

Pero aparte de la caja, no había rastro de Sam Ragnarson.

—Será mejor que continuemos buscándole —dijo el comisario Reynolds.

—Creo, comisario —sugirió Jupiter en voz baja—, ¡que yo tengo un sistema mejor para encontrarle!

CAPÍTULO 23
Jupiter DESCUBRE UN FRAUDE

—¿Qué sistema? —preguntó el jefe de policía.

—Si me sigue, comisario —repuso Jupiter—, creo que podré mostrárselo. Que todos guarden silencio y no enciendan las linternas.

El Primer Investigador abrió la marcha por el estrecho sendero, sobre la diminuta cala del extremo de la isla. Los demás le siguieron en silencio. No había niebla, pero la Luna aún no había salido y todos tenían que andar con precaución.

—Aquí es donde vimos al fantasma —susurró Pete.

—Pero si no hay ningún fantasma —le recordó Bob al Segundo Investigador—. Era Sam disfrazado de capitán Coulter.

—No ceses de recordármelo —dijo Pete.

Jupiter se llevó un dedo a los labios y se agachó para estudiar la gran roca que descendía por el lado más alejado de la cala, el promontorio y la propia cala.

—¿Qué es lo que esperas, Jupiter? —susurró el comisario Reynolds.

—Pues verá usted señor —comenzó Jupiter en voz muy baja—. Yo creo…

Abajo en la playa de la diminuta cala una luz empezó a parpadear en dirección al mar.

—¿Es Sam? —susurró el comisario Reynolds.

Antes de que Jupiter pudiera responder, se oyó el ronco susurro de Pete casi demasiado alto.

—¡Amigos! ¡Mirad!

En el mar habían aparecido las luces de situación de un barco

que se movía rápidamente en dirección a la isla. Cuando estuvo en la entrada de la cala echó el ancha. Una luz brillante desde su cabina iluminó toda la cala.

—¡Es el barco fantasma! —exclamó Bob por lo bajo. Era la embarcación de un solo mástil con las velas grises y rasgadas que vieran en la niebla. Ahora pudieron ver que las «velas» no eran otra cosa que redes colgadas de la botavara, y que «la nave fantasma» era el mismo pesquero de arrastre que estaba atracado junto al edificio donde Jupiter estuvo prisionero. Había dos hombres a bordo.

—Son los hermanos Gruber, no hay duda —dijo el comisario Reynolds—. ¿Estás seguro de que fueron ellos los que te secuestraron, Jupiter?

—Se parecen —decidió Jupiter—. Uno alto, el otro bajo y rechoncho, pero siempre que les vi llevaban la cara cubierta.

Mientras todos observaban desde lo alto del acantilado, la pareja hizo descender un bote de goma por un costado del barco pesquero. El hombre más alto se dirigió en él remando hasta la playa. Saltó a tierra y lo subió a la arena de la cala, y luego se quedó allí parado como si esperase algo.

—¿Qué esperará? —preguntó el señor Karl.

—Seguramente a Sam —repuso con tristeza el doctor Ragnarson. Jupiter no dijo nada, pero se llevó el dedo a los labios.

El pescador solitario en la playa miraba su reloj. Jupiter se volvió hacia la roca.

—Ahí están —dijo en voz baja con aire de triunfo. Los otros se volvieron.

Dos hombres acababan de aparecer como si surgiesen de la misma base del peñasco.

Uno era Sam Ragnarson.

El otro era un hombre bajito y rechoncho de mediana edad que llevaba pantalones claros y un anorak.

—¡La chaqueta! —susurró el señor Karl—. ¡Parece la misma que desapareció de nuestras tiendas!

El hombre rechoncho empujaba a Sam delante de él por la pendiente y, mientras atravesaban la playa de la cala donde les aguardaba el pescador alto junto al bote de goma, Sam se tambaleaba y arrastraba los pies como si no quisiera llegar al bote

de goma. Algo brilló en la mano del hombre rechoncho.

—Es un cuchillo —dijo el doctor Ragnarson alarmado—. Tiene a Sam prisionero.

El comisario Reynolds se incorporó.

—¡Alto! ¡Policía! ¡Quedan todos arrestados! ¡Suelte ese cuchillo y no se muevan!

La policía dirigió sus linternas y sus pistolas hacia el hombre obeso, Sam, y el hombre alto del bote. Uno de los policías había ido hasta la punta del promontorio y apuntaba con su pistola y su linterna al hombre bajito.

—¡El brazo! —exclamó Pete—. El brazo del hombre bajo. ¡Tiene una sirena tatuada!

—Entonces fueron los hermanos Gruber los que me secuestraron —declaró Jupiter muy serio.

Por unos instantes, el hombre de la navaja y los dos pescadores parecieron cegados por las linternas de los policías cuya luz iba dirigida directamente a sus ojos. Luego el hombre obeso dejó caer el cuchillo y levantó los brazos.

Todos bajaron a la playa… excepto el policía que estaba a la entrada del diminuto puerto… y Sam se enjugó la frente. Avergonzado, agachó la cabeza ante su padre y los Tres Investigadores.

—Jamás pensé que me alegrarla tanto de veros —confesó el joven—. ¿Cómo lo habéis descubierto?

—Sí, Jupiter. —El comisario Reynolds también quería saberlo—. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es este hombre?

El comisario señalaba al hombre obeso de los pantalones claros y la chaqueta robada que miraba a Jupiter fijamente.

—Le presento al señor William Manning, comisario —repuso Jupiter—. ¡El comunicado de su trágica muerte fue un poco prematuro!

—¿Manning? —repitió el comisario.

—Sí, señor —dijo Jupe—. El hombre que suponíamos que se había ahogado. Me temo que fue tan sólo un truco para defraudar a la compañía de seguros. Su plan consistía en «morir» en un «accidente» de pesca, y luego esconderse en la isla. Sus amigos pescadores le recogerían después para ayudarle a salir del país. Su «viuda» cobraría su seguro de vida, supongo que descubrirá que

estaba asegurado por una cantidad importante, e iría a reunirse con él al país donde se hubiera escondido.

William Manning soltó un juramento en la misma cara del jefe de policía y los Tres Investigadores, pero Jupiter continuó impertérrito.

—Desgraciadamente, los Ragnarson llegaron a la isla poco después de que lo hiciese el señor Manning, que no pudo arriesgarse a ser visto cuando le recogieran. Hasta la noche pasada cuando la mayoría de los Ragnarson habían abandonado el islote y había niebla espesa. Pensó que la niebla le cubriría, pero nosotros lo estropeamos.

—¡No puedes probar nada de eso, mocoso! —exclamó William Manning—. Sufrí un accidente y perdí la memoria. ¡Acabo de despertarme!

Jupiter se echó a reír.

—¡Cualquier niño de mi colegio sería capaz de inventar una historia mejor que ésa!

El vendedor de automóviles arrugó el entrecejo.

—Tiene usted muchas cosas que explicar, señor Manning —dijo el comisario Reynolds.

—En realidad, su plan era muy bueno —comentó Jupiter—. Creo que hubiera tenido éxito de no ser por los Ragnarson.

—¡Y los Tres Investigadores! —añadió el comisario Reynolds con una sonrisa.

CAPÍTULO 24
UNA VISITA AL SEÑOR SEBASTIÁN

—Jupiter, ¿cuándo sospechaste por primera vez que William Manning podía no estar en el fondo del mar? —preguntó Héctor Sebastián.

Había transcurrido una semana y los Tres Investigadores se hallaban cómodamente instalados en los butacones de cuero que era la adquisición más reciente del señor Sebastián para su enorme sala de estar. El exdetective privado de cabellos grises y figura esbelta, acababa de leer las notas de Bob sobre el Misterio del Peñón de los Náufragos. Estaba comentando el caso con los tres amigos en su casa situada en las colinas de Malibú… un antiguo restaurante con una espléndida vista del océano que poco a poco iba convirtiendo en un retiro confortable. Allí, a pocos kilómetros de Rocky Beach, era donde el señor Sebastián escribía las novelas y obras de teatro que le estaban haciendo famoso.

—En realidad no fue hasta que vi a Sam Ragnarson en casa de la señora Manning y ella negó haberle visto —declaró Jupiter—. Cuanto más lo pensaba, más difícil resultaba de creer. Pero, incluso antes, ya me había preguntado si alguien más, aparte de Sam, quería nuestras fotos. Cuando el señor Andrews fue asaltado, Sam no tuvo tiempo de ver las fotos en el diario de la tarde y luego avisar a los dos enmascarados. Empecé a pensar que el interés de Sam por ocultar la existencia del oro no justificaba todo su interés por las fotos. De manera que, cuando Bob y Pete abandonaron el Puesto de Mando para cambiarse de ropa y avisar que íbamos a pasar nuestra segunda noche en la isla, yo examiné todas las fotografías otra vez. —Sacó cuatro fotos de un sobre de papel

manila y las puso delante del señor Sebastián—. Si las observa detenidamente, verá un rostro en la base del peñasco cuando los Ragnarson se alejan después de la batalla.

El señor Sebastián se inclinó para verlas más de cerca, luego cogió una lupa y las examinó una por una.

—A simple vista no se ve, a menos que se estudien con gran detenimiento, ¡pero hay un rostro muy sorprendido que asoma por entre los arbustos!

—Exacto —dijo Jupiter—. Y de repente me asaltó la idea: ¿Y si el señor Manning estaba vivo en la isla? ¿Y si se había dado cuenta de que Bob hacía la foto? ¿Y si él no podía consentir que alguien, una compañía de seguros, por ejemplo, viera esas fotos y supiera que estaba vivo? Eso explicaría muchas cosas de las que habían ocurrido.

Pete lanzó un gemido.

—Sigo sin entender qué es un seguro de vida.

—Es una protección para la familia de una persona en caso de que ésta fallezca —explicó Héctor Sebastián—. Pagas una cantidad pequeña cada mes por el seguro. Entonces, si mueres joven, la compañía pagará una fuerte suma a tu familia…, mucho más dinero del que tú has pagado. Pagan lo que tú hayas acordado.

—En el caso del señor Manning eran 500.000 dólares —intervino Bob.

—¡Uau! —exclamó Pete—. Es una especie de juego, ¿no? Únicamente que para ganar te tienes que morir.

—Es una manera muy cruda de exponerlo —dijo el señor Sebastián—, pero sí, puede decirse que ambas partes juegan. La compañía de seguros apuesta por que no morirás joven, puesto que muy pocas personas lo hacen, y así tú seguirás pagando mes tras mes. Tú te aseguras para que, si mueres joven, tu familia no se quede sin un céntimo. El señor Manning quiso tener el dinero sin morirse. Supongo que tendría problemas económicos.

—Sí —contestó Jupe—. Él y su esposa gastaban mucho y la venta de automóviles ha descendido notablemente durante estos últimos años. Y su plan parecía tan sencillo. Simular el accidente con un poco de sangre en la lancha y en su gorra, y lanzar por la borda una chaqueta desgarrada y también sucia de sangre. Luego se ocultaría en la isla hasta la noche cuando los Gruber irían a

recogerle.

—Pero la reunión de los Ragnarson y vuestras fotos lo estropearon —concluyó Pete sonriente.

—Manning vio a Bob tomar las fotos —dijo Jupe—, así que llamó a los hermanos Gruber por el radiotransmisor a bordo de su barco de pesca, y les dijo que se apoderaran de nuestras fotos. Y también que no podía salir de allí mientras estuvieran los Ragnarson en la isla. No tenía planeado el acampar en el Peñón, de modo que tuvo que empezar a robar comida y ropas en las tiendas de campaña para sobrevivir.

—¿Por qué tardaron tanto los Gruber en recogerle? —preguntó el señor Sebastián.

—Las dos primeras noches fueron claras y despejadas —repuso Pete—, y no querían arriesgarse a ser vistos por los Ragnarson.

—Pero la tercera noche —prosiguió Bob—, había niebla y la mayoría de los Ragnarson se habían marchado ahuyentados por Sam. De modo, que Manning se arriesgó e hizo señales a sus amigos con una linterna. Fue un error. Nosotros le vimos y Sam también.

—Ah, sí, esto nos lleva hasta Sam —dijo el escritor de misterios —. ¿Tomaba él parte en el fraude contra la compañía de seguros?

—No —contestó Jupiter—, por lo menos, no exactamente. Al principio él sólo quería asustar a todo el mundo para que se marcharan de la isla y así poder cavar tranquilo en busca del oro. Así que se disfrazó de fantasma y puso la cinta grabada con el aullido del lobo. Pero, cuando vio a William Manning en la isla, comprendió quién era. Sam decidió que podía conseguir más dinero del chantaje que del oro. Volvió al continente y fue a ver a la señora Manning antes de que yo llegase. La señora Manning se vio obligada a acceder a sus exigencias, y él se puso a trabajar con los Gruber para asegurarse de que el señor Manning era recogido sin ser visto. Por eso saboteó todas las lanchas de los Ragnarson. Luego volvió al Peñón con los Gruber.

—Ese joven codicioso cometió una imprudencia temeraria —comentó el señor Sebastián.

—¡Ya lo creo! —exclamó Pete—. Porque Manning y esos tipos no necesitaban una sanguijuela como Sam a su lado. Se lo llevarían de la isla a la fuerza, y apuesto cualquier cosa que lo iban a echar como carnaza a los tiburones.

—No me extraña que se alegrase tanto al veros llegar —dijo Héctor Sebastián—. ¿Y dónde está ahora el buscador de oro?

Jupiter sonrió.

—Encerrado en su casa. El juez le ha puesto a prueba por ayudar a los Manning y le ha prohibido volver al Peñón de los Náufragos.

—Y los otros Ragnarson llevan días cavando allí —añadió Pete riendo—. Y no recibirá nada de lo que encuentren. Debe estar echando chispas.

—No es que hayan encontrado mucho oro —intervino Bob—. Unas pocas monedas más.

—Así que el capitán Coulter y su tripulación asesina estuvieron realmente en la isla y dejaron parte del oro —concluyó el señor Sebastián—. Pero su suerte y la del resto del oro, sigue siendo el secreto del Peñón de los Náufragos.

Los Tres Investigadores asintieron con la cabeza.

—¿Y cuál ha sido la suerte de los Manning y los Gruber?

—Pues la que han publicado los periódicos —replicó Jupe—. Fueron arrestados bajo varios cargos… fraude, asalto, conspiración, e incluso secuestro. Sus abogados van a tener trabajo durante mucho tiempo. La única persona que ha salido bien librada en ese grupo es el hermano del señor Manning. Él no sabía nada del plan y creyó realmente que William Manning había muerto. Está más enfadado con los Manning que la propia compañía de seguros.

—De modo que una vez más ganan los buenos —dijo el escritor, antes de añadir con un brillo malicioso en sus ojos—. ¿Cómo os recompensó Karl Ragnarson a los tres por haber resuelto el caso? Recuerdo que tú declinaste noblemente su ofrecimiento de pagar vuestros honorarios, Jupiter.

El Primer Investigador enrojeció ligeramente.

—Sí, señor, recuerda usted bien. Uh, la verdad es que el señor Karl quedó muy complacido por la resolución del caso. Su hermano olvidó sus preocupaciones, la reunión pudo continuar sin más tropiezos y su sobrino Sam salió ileso.

—Entonces, ¿cuál es el problema, Jupe? —preguntó el señor Sebastián.

—El señor Karl consideró justo que aceptásemos una muestra de su reconocimiento, puesto que no estábamos dispuestos a aceptar dinero. —Jupiter rebuscó en la mochila que estaba junto a su

butaca mientras Bob y Pete intercambiaban una mirada divertida.

—Y aquí está. —Jupiter sacó de la mochila la máscara de hechicero humana que había formado parte de su disfraz en la isla… la pesada máscara de madera que le había irritado constantemente. Pete y Bob se desternillaban de risa, e incluso el señor Sebastián tuvo que taparse la boca para ocultar una sonrisa.

—Siento que Don no esté aquí para verla —observó el escritor. Se refería a Hoang Van Don, su criado y cocinero vietnamita.

—Sí, pero ¿dónde está hoy Don? —preguntó Bob.

El señor Sebastián puso la misma expresión que el gato que acaba de comerse al canario.

—Don ha tenido que marcharse unas horas por algo sorprendente, como pronto veréis. Antes de marcharse, nos preparó una opípara merienda francesa, pero me hizo prometer que no empezaríamos a comer hasta las dos, para lo cual faltan sólo cinco minutos. Seguidme… es hora de comer. Fueron todos a la cocina para volver con cestas que contenían panecillos franceses alargados, queso, patés caseros y pasteles exóticos. Pete apenas podía contenerse, y los ojos de Jupiter no se apartaban de los pasteles.

—Comed, muchachos —les invitó el señor Sebastián—, y ahora dispongámonos a ver el acontecimiento importante.

El escritor de novelas de misterio conectó la televisión mientras los muchachos empezaban a comer. La pantalla se iluminó y allí, al lado de un hombre vestido con el delantal y gorro de cocinero, estaba Hoang Van Don, sonriendo de oreja a oreja.

—Don escribió al *gourmet* Guru diciéndole lo mucho que le admira y éste es el resultado —informó Héctor Sebastián a los muchachos—. Éste es el momento cumbre de Don.

Mientras comían y observaban, Don estuvo trabajando como ayudante del chef de TV durante toda una media hora, mondando, picando y revolviendo. Al final del programa, los Tres Investigadores aplaudieron con el público. En la pantalla, el orondo y sonriente chef también aplaudió a Don.

—Aquí le tienen ustedes… Hoang Van Don, que hace tan sólo un año que guisa. Vaya, dentro de pocos años servirá banquetes a los famosos.

Don resplandecía.

—Ya sirvo a famosos. Mi amo es el señor Héctor Sebastián.

El señor Sebastián pareció contento.

—El escritor de novelas de misterio, naturalmente —dijo el chef.

—¡Y también a los Tres Investigadores! —anunció Don, satisfecho.

Jupiter se quedó de una pieza… con un bollo a medio camino de sus mandíbulas…, y miró fijamente la pantalla. Bob y Pete ni respiraban.

—Ah, sí —continuó el chef— los tres intrépidos muchachos que la semana pasada desbarataron un importante fraude contra una compañía de seguros en la localidad de Rocky Beach.

—¡Detectives muy… muy famosos! Jupiter Jones. Bob Andrews y Peter Crenshaw. Estoy orgulloso de cocinar pala ellos.

Jupiter, Bob y Pete miraron hipnotizados la pantalla donde eran anunciados a los millones de televidentes de toda la nación.

—Ahora sois realmente famosos, muchachos —les dijo el escritor con una sonrisa.

Los Tres Investigadores tragaron saliva y luego sonrieron de oreja a oreja.

FIN